

Margaret Killjoy

TIERRA DE ESPECTROS



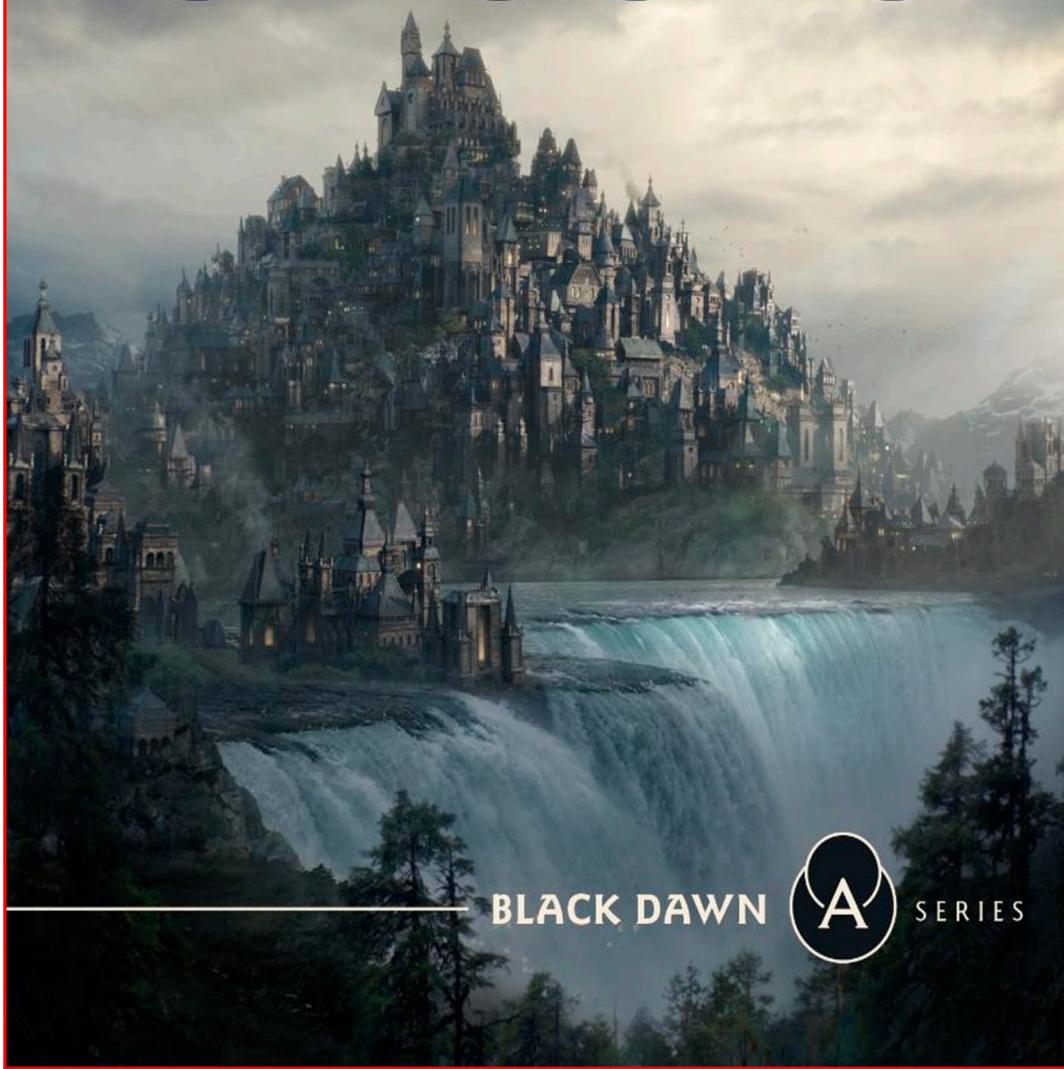
Somos anarquistas y somos inmortales. Somos de la tierra de los espíritus y seremos eternos. Lucharemos hasta la muerte y nuestros huesos continuarán la lucha tras nosotros. Los hombres y mujeres libres nunca se rinden. ¡Seamos sombras hoy! ¡Seamos espectros!

A *Country Of Ghosts* pone en contacto a un personaje de una potencia imperial colonizadora con una sociedad anarquista en un mundo alternativo del siglo XIX, y a partir de ahí, el/la autor/a explora con elocuencia cómo una sociedad utópica puede organizarse de una manera radicalmente diferente a la nuestra.

Descendiente de las utopías libertarias, la novela es una excelente ciencia ficción social, que refleja varias formas diferentes en que las personas podrían abordar la vida en una sociedad anarquista.

Margaret Killjoy

A COUNTRY OF GHOSTS



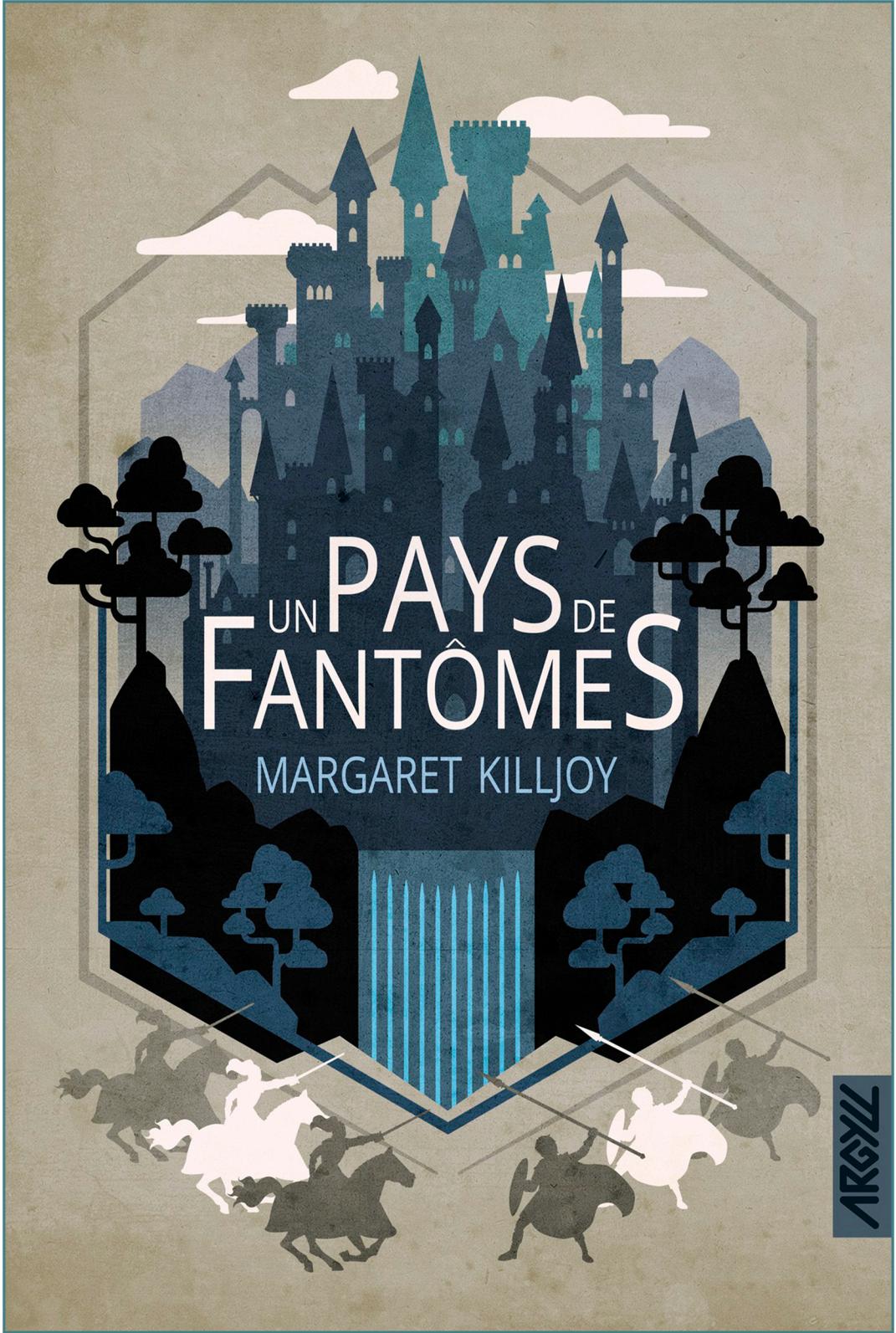
BLACK DAWN



SERIES

Margaret Killjoy

TIERRA DE ESPECTROS



UN PAYS DE FANTÔMES

MARGARET KILLJOY

ARGILL

Título original: A Country of Ghosts

Publicación original: 2014

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Todas las notas son del traductor

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prefacio

- I. El hombre bajo el sombrero
- II. Durante un conflicto
- III. Al día siguiente
- IV. Menos de cuatro
- V. Una veintena de bandidos
- VI. La luna en cuarto creciente
- VII. Me despertaron los gritos
- VIII. Los disparos cercanos
- IX. Por la mañana
- X. Una hora antes del anochecer
- XI. Estábamos solos en las gradas
- XII. ¿Es doloroso?
- XIII. El Keleni fluye hacia el suroeste
- XIV. La cámara del Consejo
- XV. Estas son buenas noticias
- XVI. Sentí la ciudad
- XVII. Levantamos el campamento
- XVIII. Abrí los ojos a un mundo sin forma
- XIX. Somos anarquistas y somos inmortales
- XX. Han pasado seis meses

Agradecimientos

Acerca de la autora

Para kate

*Todo este asunto de la utopía
fue idea suya al principio.*

PREFACIO

“Somos anarquistas y somos inmortales”.

En sí mismo, todo podría caber en una sola línea.

Si tengo que hablarles de mi propia experiencia del anarquismo, de mi trayectoria como anarquista, tendría que empezar explicándoles hasta qué punto esto es íntimo. Me hice anarquista como uno se enamora. Para mí se trataba de descubrir cómo quería *SER* en el mundo. No hay nada más profundo, más personal que esta utopía y por eso siempre me ha resultado difícil transcribirla. Si alguna vez has estado enamorado, debes saber de lo que estoy hablando. Es una sensación efervescente donde todo se mezcla, el conocimiento y la fe, los sueños, las fantasías, la relación con la vida y la muerte, con el viento y el fuego y con las estrellas.

Se necesitarían siglos y palabras que aún no existen para esbozar siquiera sus inicios.

Afortunadamente, los humanos somos seres que cuentan historias. Incluso diría que no somos mucho más que eso. Contar historias es nuestra forma de darnos sentido a nosotros mismos y al universo que nos rodea, de estructurar nuestra relación con la realidad, de pensar en nuestra propia temporalidad y cómo encaja en la de nuestros pares. A través de ello, a través de la resonancia, a veces podemos dar a luz un pedacito de nuestra propia historia en lo más profundo de imaginaciones que no nos pertenecen y dejar brevemente de ser “yo” para convertirnos en “NOSOTROS”. No es casualidad que haya empezado hablándote de amor. El amor es siempre una historia y creo que esta historia que me pidieron presentarles es ante todo una historia de amor.

Nunca había leído a Margaret Killjoy antes de leer *Tierra de espectros*. Sin embargo, había escuchado porque me gustan la mayoría de las cosas con las que juegan los humanos y tengo debilidad por el sonido vanguardista que vindica la bandera negra. Su banda Feminazgûl, que mezcla feminismo con dobles pedales, antifascismo con acordeón, fue uno de mis descubrimientos de música negra más bonitos de los últimos años (y si te gusta la buena música antifa negra, y no conoces Feminazgûl, corre a escucharlas ahora mismo). Obviamente esperaba que su literatura se pareciera un poco a su música. Parece una catedral, sin duda, pero como una iglesia que las sufragistas hubieran

I llenado de viejos burgueses victorianos, antes de prenderle fuego mientras cantasen poesía sáfica. No hace falta decir que no me decepcionó.

En su versión americana, este libro tiene como prefacio una profesión de fe que presenta la colección a la que pertenece *A Country of Ghosts, An Anarchist Imagination*. Termina con estas líneas. “Nuestra intención no es, por supuesto, establecer planes que deban seguirse al pie de la letra. No ofrecemos ninguna receta para la sociedad futura. Más bien, la utopía es un recipiente que podemos utilizar para explorar nuestros deseos revolucionarios, para mostrar las ideas que podríamos poner en práctica, para dar una idea de aquello por lo que estamos luchando”. Me he tomado la molestia de traducir este pasaje porque me parece que para el público en general, aquellos que no están acostumbrados a leer ficción anarquista confesa, esto sienta ciertas bases. Con una sencillez difícil de esperar de un movimiento político-filosófico con una historia compleja y atormentada, y con una humildad que puede sorprender cuando se trata de personas que abiertamente aspiran a cambiar el mundo. También me tomé la molestia de traducir estas líneas porque me parece que sintetizan de manera parcial pero comprensible el propio “proyecto” anarquista.

Desde que nacimos, se nos ha explicado que la anarquía designa este infierno mad-maxiano que inevitablemente se produce cuando nada se interpone entre el “hombre” y la “naturaleza” *homo homini lupus est, abyssus abyssum*

*invocat*¹ etc., etc., etc. En resumen, la anarquía sería la encarnación del caos primordial, contra el cual evidentemente estaríamos protegidos por el mal menor del Estado y su misión civilizadora. Ahora bien, el caos no es anarquía. El caos es el estado constante del universo en el que vivimos, cuya mecánica implacable nunca ha dejado de demostrar un dinamismo perpetuo. Las reglas definitivas inventadas por nuestros imperios seculares y sus habitantes nunca han impedido que esos mismos imperios regresen a la nada. El universo es una tormenta y persistimos en pensar como el roble. El proyecto anarquista es aprender a pensar con cañas.

En lugar de buscar bloquear nuestro entorno –una empresa vana si alguna vez las hubo– a través de instituciones que esperamos que sean duraderas frente a lo eterno, el proyecto anarquista busca, por el contrario, abrazar la naturaleza cambiante de lo que nos rodea. Lo que es cierto hoy puede que ya no lo sea en el futuro. Lo que ha sido cierto durante cien años puede que ya no lo sea mañana. Esto no significa que nada sea cierto, sólo que la verdad es algo circunstancial. Es cuando las verdades cambian pero la sociedad no cuando ocurren las mayores tragedias. El roble se rompe y la gente muere. El tamaño del roble determina las dimensiones del desastre. La

1 *El hombre es un lobo para el hombre*, define la filosofía de Thomas Hobbes; *El abismo invoca al abismo* es una frase parte de un salmo de David (Salmos 41/42, 8).

incapacidad de nuestra especie para implementar cambios significativos para detener el calentamiento global, porque nuestro funcionamiento económico nos lo impide, será probablemente el último ejemplo de esta rigidez mortal. La ficción anarquista pretende resaltar esta realidad. El propósito de la ficción anarquista es mostrar que, además, este terrible desperdicio, este monolito que se nos presenta como la única realidad posible, no es más que una ficción entre otras. La ficción anarquista pretende, finalmente, proponer alternativas, un futuro deseable, una utopía. Hacer evidente que lo que la propaganda del capital y del Estado quieren hacer pasar como un sueño inaccesible e irrazonable, no es en realidad gran cosa. Una tierra común. Un lenguaje común. Recursos comunes. Y una narrativa común, por supuesto.

En *Tierra de espectros*, el territorio de Hron encarna el espacio en el que se ancla esta utopía. Como dije al principio de este prefacio, me parece que escribir esto es difícil. Por un lado, porque la palabra utopía, como la palabra anarquía, ha perdido en gran medida su significado y hoy la encontramos principalmente en boca de quienes la consideran un insulto. La mayoría de las veces se trata de señalar la ingenuidad que consistiría en no conformarse con “lo menos malo” que sería el ciclo interminable de fosas comunes. Por otro lado, porque, como nos recuerdan los creadores de *The Anarchist Imagination*, los anarquistas mismos no son prescriptores. Nuestro papel no es dictar,

imponer, gobernar –dejamos estos horrores a los autoproclamados realistas–, lo que queremos es proponer, discutir e inventar. Mostrar que otra vida es posible y que es posible vivirla, pero –y este es el objetivo mismo de *Tierra de espectros*– a condición de arrancarla por la fuerza. Parte de la trágica belleza del anarquismo reside aquí: todavía tenemos que aprender a vivir dentro de un marco que nos legaron aquellos que aprendieron a morir.

No es casualidad que la poco conocida historia del anarquismo sea una sucesión de esperanzas insensatas y masacres. Tampoco es casualidad que hoy tengamos que cavar mucho para vislumbrarlo. A esto se enfrenta otra ficción, una que conocemos demasiado bien: la ficción de los cultistas del roble. Dije más arriba que somos seres con historias. Los masacradores necesitan contar sus historias tanto como los demás. En *Tierra de espectros*, esta mecánica queda al descubierto desde las primeras páginas. Dimos Horacki, el narrador, inicia su andadura como propagandista colonial. La ficción del Estado es la historia paternalista y estúpida de un universo domesticado, mantenido a raya por sus instituciones y sus fronteras. Para producir esta ficción, el Estado debe expandirse o colapsar. Las entidades más débiles –con lo que nos referimos a sociedades menos agresivas que no dependen de un estado de guerra permanente para sobrevivir– son, de hecho, a los ojos del roble, espacios que conquistar, abominaciones que rectificar, combustible para alimentar sus mitos y su

economía. El territorio de Hron, tal como se presenta en esta historia, es una síntesis entre lo que los pueblos indígenas tuvieron que soportar a manos de los estados colonizadores de Occidente y del destino reservado por esos mismos Estados a los anarquistas que tuvieron la osadía de querer crear una narrativa diferente. El Estado nos mata. El Estado siempre nos ha matado. Pero aquí estamos.

Si alguna vez has estado enamorado, sabes lo que es sentirse exactamente en el lugar a dónde perteneces. Habitado, ciertamente, por un ciclón de emociones y alegrías y esperanzas, pero seguro, perfectamente seguro, terriblemente seguro, de encontrarte en el lugar exacto donde debes estar. Para mí (y creo que es un poco lo mismo para todos), estos estados de gracia ocurren en tan raras ocasiones como para ser notables. Si alguna vez has estado enamorado quizás me entiendas si te digo que sentirte así es aprender a vivir y a morir al mismo tiempo y quizás también así, te será más fácil captar esto que estás a punto de leer. Cómo se puede dar la vida, muy libremente, muy fácilmente, por una idea. Si los miembros de las Compañía Libre de Hron se ponen sus capuchas en defensa de los Cerracs contra una fuerza militar superior, no es por desesperación ni por obligación. No tiene nada que ver con el nihilismo del “*¡Viva la muerte!*” fascista. En realidad, no es una cuestión de vida o muerte. Se trata sólo de amor. Puedo decirte, después de haber llevado uno unas cuantas veces, que hay mucho de eso bajo el pasamontañas.

Espero que cierres este libro con nuevas preguntas y nuevas certezas, y quizás también con nuevas ideas sobre lo que podríamos ser, sobre la belleza intrínseca del potencial humano. Todavía hay mucho que deshacer, dentro y fuera de nosotros. Todo comienza con una idea. Su honestidad punzante la hace insegura y vulnerable. Exige ser defendido, a menudo, siempre, en todos los frentes. No es fácil ni tranquilizador. Requiere un trabajo constante de ajuste y reinención. Profesa que hay que apoderarse del mundo y también que este trabajo agotador no se puede delegar. Pero a pesar de eso, o quizás precisamente por eso, decimos esto: “*Somos anarquistas y somos inmortales*”.

Si alguna vez has estado enamorado, sabes de lo que estoy hablando.

Patrick K. Dewdney.

(Escrito a mediados de abril de 2022, en Eymoutiers, entre mi casa y el edificio requisado en el 29 de la rue de la République)



Capítulo I

“El hombre bajo el sombrero de copa”: así pretendía titular esta sección cuando me la confiaron los directores de la *Gazette de Borol*. Cuarenta, tal vez incluso cincuenta centímetros de columnas por semana, durante seis meses, sobre Dolan Wilder, “el conquistador de Vorronia”. Dolan Wilder, el enigmático joven lobo del Ejército Imperial de Su Majestad, famoso por su audacia militar como “¡Tras de mí, carguen!” El hombre que había reclamado más kilómetros cuadrados en nombre del verde y del oro que nadie durante un siglo.

Estaba dispuesto a describir su mandíbula nervuda cubierta de barba, sus rizos negros, su gusto por el brandy y su misericordia hacia los enemigos vencidos. Me pidieron que reservara al menos dos centímetros de columna para su tono brusco pero amigable. El retrato que tuve que pintar

fue el de un hombre frío e insensible, cuyo corazón latía sólo por el servicio, el Rey y la gloria del Imperio Borolian.

En cambio, tristemente, lo vi morir. Pero eso no tiene importancia; de todos los rasgos que me habían pedido que le atribuyera, él solo poseía un pequeño número y los que realmente tenía no le funcionaban bien. En lugar de eso, déjame hablarte de Sorros Ralm, un simple miliciano, y del país de Hron. Dudo que puedas leer mi informe en la *Gaceta*.

Para un periodista con mi temperamento aventurero y mi ambición declarada, era el encargo de un sueño. Mentiría si fingiera que no estaba en las nubes cuando el editor en jefe, el Sr. Sabon, me llamó a su oficina llena de humo para decirme que me enviaría al frente, donde iba a integrarme en la guardia de honor de Wilder.

“Voy a ser franco contigo, Dimos”, me dijo con ese aliento entrecortado y enfermizo que lo caracterizaba. “No te damos este trabajo porque seas el mejor. Ciertamente no. Esta es una tarea importante pero peligrosa, y usted es el mejor reportero que podemos permitirnos perder.

“Entiendo”, respondí honestamente. A diario me recordaba el lugar intermedio que ocupé dentro del grupo de periodistas desde mi degradación.

“Sé que te gusta decir la verdad”, continuó, “eres un hombre honesto. Y eso es bueno: “somos un periódico honesto. Pero no quiero verte haciendo olas porque sí”.

- Lo comprendo.
- Lo digo en serio. Mírame a los ojos y júrame que todo eso es cosa del pasado.
- “Te lo prometo”. Y estoy convencido de que en ese momento lo decía en serio.

“Bien. Porque esta una misión esencial. Capital, incluso. Complétala y toda la ciudad conocerá tu nombre”.

Al menos en eso decía la verdad.

Salí de su oficina con el mentón en alto y el ánimo excelente, bajé las escaleras con paso ligero y regresé a mi mesa, en medio de las demás. Me puse el bombín y el abrigo y salí a las calles de Borol. Como de costumbre, el sol bajo del invierno luchaba por atravesar con la más mínima chispa de calor la niebla helada que se elevaba desde la bahía con sus vapores industriales y nauseabundos.

Ese día presté mucha atención a la ciudad, sabiendo que pronto me iría. Estaba partiendo hacia el desierto, a la frontera del imperio y la civilización, y dejando atrás la comodidad y la cordura de la capital de Su Majestad. A sólo

diez pasos de mi puerta tropecé con una chica de la calle que había perdido el conocimiento por hambre o por vicio.

Sé que la mayoría de mis lectores conocen las condiciones de las clases media y trabajadora de Borol, por lo que no me extenderé demasiado en los detalles de este paseo, pero espero que me perdonen estas desviaciones porque ofrecen un contraste perfecto con Hron y el mundo que pronto iba a descubrir.

Mi caminata me llevó a través de los muelles y sus horribles contingentes de revendedores y oficiales corruptos, luego al área donde se envasa la carne, donde las voces se fusionan con los aullidos agonizantes del ganado. Crucé la plaza Strawmarak, donde las residencias de nobles y comerciantes lindan con el teatro, protegidas de la ira popular por policías armados con porras y pistolas. Caminé por el Parque Real, donde, esparcidas entre los abedules, se encontraban las mujeres indigentes a las que no les quedaba nada que vender excepto sus favores sexuales y que ni siquiera podían permitirse un refugio. Pasé por delante de hombres que trabajaban y de ociosos, de niños que jugaban a juegos como “roba la cartera o no comerás esta noche”, de locutores, de músicos, de merodeadores y sirvientes, de lisiados, de mendigos y prostitutas, de dandis de la calle. De las luchas, los lamentos, el dolor y también la alegría singular que se puede encontrar hasta en los lugares más incongruentes.

En una palabra, crucé Borol. Ni siquiera se me ocurrió que podría extrañar esta ciudad.

Pagaba el alquiler mensual de un edificio de apartamentos, lo que significaba despedirme de mi alojamiento. Para ser honesto, no fue demasiado difícil: estaba lejos el momento en que me apeguaba al lugar donde pasaba las noches. Además, no poseía casi nada, porque la habitación estaba amueblada y tomaba prestados todos mis libros de la biblioteca.

Mis tres trajes cabían en mi baúl de viaje; era poco probable que los usara donde iba, pero no tenía otro lugar donde guardarlos. Mi ropa interior y la mayoría de mis pertenencias personales terminaron de llenar mi equipaje.

En mi mochila metí pipa y tabaco, un periódico, mis documentos de viaje y, envuelto en una bufanda de algodón –el único recuerdo que tenía de mi madre–, un puño de latón. Probablemente fuera tan irrisorio como un cuchillo en medio de un tiroteo, pero su peso y firmeza parecían suficientes para enfrentarme al mundo.

A decir verdad, debió ser la primera vez que salí de la península. Había sido periodista durante cinco de mis veintitrés años de vida, pero así se hacía el reportaje colonial en la *Gazette*: bastaba con holgazanear delante de un escritorio esperando leer la cinta de mensajes codificados que salía del telégrafo. Claro, hablaba cuatro idiomas y, sí,

transformé comunicados simples en lo que esperaba que fueran historias informativas y cautivadoras, pero no nos llamaban “ocultos” sin motivo: casi todos nuestros correspondentes extranjeros vivían en realidad, en la Francia metropolitana.

La propia Cámara de la Expansión estaba supervisando los informes sobre Wilder, por lo que se me proporcionó una cabina de segunda clase a bordo del convoy ferroviario *Tores de Su Majestad*, un tren de lujo de doble ancho que viajaba al continente. De hecho, era el camino más largo hasta Vorronia, pero la Cámara no había escatimado en los libros que tendría a mi disposición, y estos pocos días adicionales de viaje me dieron tiempo para repasar las decenas de miles de palabras ya escritas en papel sobre las hazañas de nuestro héroe nacional.

Pasé la última hora del día contemplando la proverbial e idílica belleza de la campiña de Borolan que pasaba zumbando frente a mi ventana; luego centré mi atención en la tarea que tenía por delante.

“Nuestro país está en peligro”, comenzaba la misiva de la Cámara. “El apoyo popular a las políticas expansionistas está disminuyendo, lo que nos deja vulnerables”.

Las directivas continuaban explicando que, desde la rendición de Vorronia y la firma del Tratado de Sotosi, el alistamiento estaba a media asta. Una página completa

describía la abundancia de hierro y carbón bajo la cordillera de Cerracs, y una segunda explicaba por qué era nuestro deber llevar los frutos de la civilización a las pocas ciudades y pueblos diseminados por esta región. Lo que el país necesitaba, concluía la Cámara, era un héroe que estimulara el reclutamiento: un héroe como Wilder.

“El Hombre del Sombrero de Copa” nació en la pobreza y salió del fango a través del trabajo duro, el patriotismo y una voz profunda que imponía respeto, ascendiendo al rango de general de combate por la pura fuerza de su voluntad y su valentía. Los tres gruesos volúmenes que llevaba en mi baúl de viaje así lo atestiguaban.

Es difícil recordar cómo veía esta misión en ese momento. Ojalá pudiera decir que sabía hasta qué punto era una broma. Probablemente había escrito miles de columnas en la *Gazette* sobre las condiciones compartidas por la mayoría de los borolanos antes de ser relegado a mirar el telégrafo, y estaba claro para mí que la guerra vorroniana sólo había traído muerte a aquellos lo suficientemente estúpidos como para alistarse o a los suficientemente desafortunados para ser reclutados. Como era de esperar, la victoria no devolvió la vida a ningún cadáver.

Admito, sin embargo, haber pensado que esta vez podría ser diferente. No íbamos a la guerra: íbamos a colonizar las montañas. Estábamos enfocados en brindar acceso a los recursos en zonas rurales.

Expresar mi opinión no era parte de mi trabajo. Una vez intenté simplificar demasiado ciertos aspectos de la situación y vi con mis propios ojos los estragos que puede causar el periodismo moralista. Por tanto, sentí que no me correspondía cuestionar la Historia misma, la que se remonta a las raíces del Imperio. No tenía ninguna duda de que teníamos un rey (obviamente!) o de que obedecíamos a las Cámaras y a su policía (es evidente!). No hace falta decir que trabajábamos para ampliar fronteras imaginarias y, naturalmente, que dejábamos que los capitanes de la industria acumularan riqueza.

Lo que sentí entonces tal vez fuera sólo alegría por haberme confiado una misión tan importante.

La comida que me sirvieron durante los cuatro días a bordo del Tores costó más que cualquier cosa que hubiera comido en mi vida. Saboreé especialidades gastronómicas de todas las colonias y del resto del mundo: cisne rojo relleno, de Zandie, caviar arcoíris de las Islas Celestiales, pastel de frutas silvestres de Ora, anguila frita aún viva de Vorronie, tiosantemo germinado de Dededeon; y la lista continúa.

Incluso entonces, sabía lo que estaba pasando. Me engrasaban las palmas, me ofrecían una visión del estilo de vida de las élites. La Cámara de Expansión intentó seducirme y no debo ocultar nada de su generosidad. Mejor aún, se suponía que debía mostrar todo el alcance de su refinamiento. Porque incluso si condenara la decadencia de

la aristocracia con el objetivo de alimentar el odio de clases, la moraleja de la historia siempre sería: “Los ricos tienen gusto. Debes desear lo que sólo la Sociedad Imperial puede concederte”.

Entonces sí, bebí su whisky y su brandy, comí sus platos exóticos. Todo era pasable. Suculento, incluso. Dicho esto, yo creía en ese momento que el valor de los alimentos se medía por su riqueza y escasez.

De todos modos, leí cada uno de esos libros. Pero no siento la necesidad de repetir aquí lo que aprendí de Dolan Wilder. Hay bastante propaganda sobre él en Borol y no quiero añadir nada más.

Entramos en la estación de Tar al amanecer, después de un largo viaje hacia el sur interrumpido por chasquidos metálicos. El sol salió sobre la bahía y proyectó la sombra serpenteante del tren sobre el mar de Sotosi. Mientras miraba a través de la extensión roja, sentí un momento de tranquilidad. Las olas carmesí brillaban con sangre y hierro, y era difícil no pensar en las décadas de guerra y los cientos de miles de víctimas que habían muerto desangradas o se habían ahogado en estas aguas. Son las algas, por supuesto, las que dan estos reflejos a la marea, pero las algas están atiborradas de sangre.

Busqué a Borolia al otro lado, pero ningún telescopio en el mundo me hubiera permitido ver mi tierra natal, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia.

Había escrito no sé cuántas palabras sobre Tar, la capital de Vorronia. Durante dos años había cubierto la guerra allí, acompañando a la línea del frente en su avance y retirada, y me sabía el mapa de las calles de memoria. Durante los siguientes tres años, informé sobre la paz que había llegado y sabía más sobre las huelgas en las fábricas y cómo las fuerzas coloniales habían reinstaurado el trabajo infantil que (al menos eso supongo) el tarés promedio. Sin embargo, no tuve la arrogancia de pretender ser un experto. Una ciudad es más que el mapa de sus batallas o sus noticias.

No puedo describir el efecto que produce entrar en la estación real (antigua “estación de Pior”) y ver sus puertas de hierro, caminar por la plaza real (la nueva “plaza Vorros”) y admirar el barco-palacio enjaezado con acero y con ocho fuertes mástiles que llevaban cuatrocientos cincuenta años inmóviles en la bahía, sujetos tanto por su ancla y sus cabos como por los percebes que cubrían sus vívidas obras de arte. Sabía que estas visiones me esperaban, pero no eran exactamente como las había imaginado durante los últimos cinco años. Fue confuso, inquietante y absolutamente hermoso.

Allí, en Tar, la tarea que me fue confiada resultó ser una relativa bendición. Ser enviado de regreso al frente me había

permitido volver a la ciudad de mis sueños, pero ahora tenía que tomar el tren nuevamente en nombre de un grupo de hombres por quienes no sentía ningún respeto. No importaba mi deseo de pasear por los canales, de coquetear con jóvenes citadinos adinerados o de poner a prueba mi jerga marinera vorroniana en los bares de pájaros del Faubourg Laridé, estos placeres me estaban negados.

Me empapé del ambiente que reinaba en la plaza real –los olores mezclados de pan de hierbas y orina, los gritos de las gaviotas y los gorriones–, rápidamente giré sobre mis talones y entré rápidamente en la estación. Encontré un asiento en un banco de piedra, esperé una hora y luego tomé un tren en dirección este. Estaba furioso.

La Cámara me había ofrecido vino y comida a bordo del Tores, pero ésta sería la última vez que me concedería sus favores. Este nuevo viaje del convoy regional tardaría dieciocho horas en llegar al final de la línea: el puesto avanzado 539, un nombre evocador. Allí, me dijeron, alguien vendría a recogerme para completar la etapa final del viaje.

Como ahora no tenía derecho a una cabina reservada, me senté en un lado del pasillo cerca de una mujer vorroniana cinco o diez años mayor que yo. Envidiaba su vista desde la ventana y pasé buena parte del día viendo pasar las fincas. Muchas de ellas habían sido abandonadas a la naturaleza e incluso las que aún estaban habitadas estaban cayendo en mal estado. Si no se les prestaba atención, las enredaderas

se desbordarían de sus enrejados y la hiedra trepadora se tragaría edificios enteros.

Mi vecina notó que mi cabeza estaba vuelta en su dirección y, afortunadamente, entendió que yo estaba mirando el paisaje y no a ella.

“Es culpa vuestra”, dijo en su idioma, sin el más mínimo rastro de esa cortesía vorroniana de la que tanto había oído hablar.

“Lo siento”, respondí, también en vorroniano.

– Vuestros soldados quemaron nuestros campos. Prendieron fuego a nuestros barcos con nuestros hombres dentro. ¿Y hoy? La guerra terminó hace tres años, pero ya no queda nadie para trabajar en las granjas excepto los niños.

“No estoy orgulloso de todo lo que ha hecho Borolia”, agregué diplomáticamente. Aunque pudo haber sido verdad, no era realmente lo que quise decir. Quería señalar que el conflicto también tuvo graves consecuencias para nosotros. Me había quitado a mi madre cuando las baterías navales impactaron en los muelles donde ella trabajaba, y a mi padre cuando explotó la fábrica de municiones. Y Tar había intentado conquistar Borol tanto como al revés.

“Eso es bueno”, estuvo de acuerdo. Ninguno de nosotros volvió a hablar durante el resto del día.

La penúltima parada fue en la ciudad de Halar, no lejos de la frontera oriental de Vorronia, donde el tren nos dejó poco después del anochecer. El vagón se quedó sin pasajeros, pero inmediatamente se llenó de soldados vestidos de verde imperial y dorado.

“Han terminado con sus disputas y el vandalismo sancionado por la Corona durante este mes, y van a volver al frente para matar a más extranjeros”, me informó mi vecina.

– Oh.

– Y tú, ¿a qué se debe este viaje, forastero? ¿Eres un soldado?

– No, soy periodista.

– Entonces eres un estafador, como yo. Eres una persona decente”. Quería defender mi caso, pero ya me costaba formular mi razonamiento en boroliano y era aún peor en vorroniano. Me quedé en silencio.

Pasé una mala noche en mi asiento. Los soldados eran ruidosos, molestos y ciertamente no estaban dispuestos a dormir. Mi vecina roncaba suavemente, con la cabeza apoyada en la ventana, y yo recostaba la espalda lo más atrás posible mientras esperaba el amanecer.

La luna iluminó el paisaje con su pálido resplandor cuando dejamos atrás los pastos y las tierras de cultivo. El Gongol se precipitó entre rápidos, la espuma blanca se proyectó en el aire y cayó sobre la vía del ferrocarril que discurría a lo largo del lecho del río y, pronto, las paredes del cañón se levantaron a nuestro alrededor. Finalmente me quedé dormido, arrullado por el ritmo del tren y el etéreo manto de hielo que cubría el mundo.

El puesto avanzado 539 no era nada impresionante, aunque, para ser sincero, cualquier cosa me habría irritado cuando llegué, de mal humor y con los ojos hinchados, al final de la línea. Habíamos abandonado las tierras áridas durante la noche para llegar a las estribaciones de los Cerracs, bordeadas por sus bosques de arces. Un grupo de cuatro edificios de piedra se alzaban como otros tantos monumentos funerarios en medio de un incendio, las profundas marcas negras de las llamas aún eran visibles en la línea de árboles, y una empalizada de troncos volcados hacía todo lo posible para mantener a raya a la naturaleza. La “estación” era una sencilla pasarela de madera y las únicas personas que nos esperaban eran dos soldados.

El primero encabezaba la fila de soldados antes de alejarse con ellos. El segundo estaba ahí para mí.

“Primer hombre de armas, Mitos Zalbii”, dijo, saludándome.

“Dimos”, respondí.

Permaneció inmóvil, con el brazo en alto, durante un largo rato, hasta que entendí.

“Dimos Horacki”, me presenté, devolviéndole el gesto con torpeza.

“Esperaremos aquí a nuestro transporte”, anunció Mitos, y yo me senté en un banco del andén. Mi vecina del viaje apareció momentos después, luciendo un maquillaje elaborado y un sutil busto que le daba a su cuerpo la curva sinuosa que la sociedad exige de las mujeres. Nadie vino a recibirla y ella se alejó sola.

Mitos y yo esperamos dos horas más. Tenía mil preguntas, pero en lugar de hacerlas, alternaba entre estar despierto y dormido todo el tiempo. Cuando finalmente llegó nuestro carruaje, tirado por seis caballos, me subí y seguí durmiendo.

Capítulo II

Durante un conflicto, como el que recientemente vio la victoria de Borolia sobre Vorronia, el frente es un espacio dinámico pero tangible. Existe. Aunque no es recomendable, es posible pararse sobre él o caminar por él. Las tropas se arraigan en cuarteles, trincheras o edificios remodelados y se ametrallan entre sí como hombres bien educados (o mujeres bien educadas, en el caso de Vorronia, ya que esta cultura nunca ha condenado la presencia de mujeres combatientes).

Pero la nueva guerra era entre territorios y no entre naciones, entre individuos y no entre ejércitos. El frente, en este tipo de conflictos, es amorfo y, según los soldados, se trata más bien de un estado de ánimo. Estar en el frente significa estar preparado para la batalla.

Cuando me fui, nadie sabía nada de Hron. Los Cerracs representaban sólo un territorio más por conquistar y colonizar, salpicado aquí y allá por un puñado de ciudades y pueblos. Los picos nevados, adosados a Ora, constitúan la muralla occidental del Imperio. Los soldados de Su Majestad esperaban poca resistencia. Afortunadamente se equivocaron.

Me desperté con la cabeza llena de corcho cuando el carruaje se detuvo, pero ya estaba de mucho mejor humor que antes. Mitos, que parecía aburrido, miraba por la ventana los árboles desnudos.

“Hola”, dije, fingiendo estar sorprendido. “¿Quién eres? ¿Dónde estamos? ¿Cuántas bebidas tomé?”

Mitos respondió con una sonrisa fugaz y sardónica. “Me alegro de que esté despierto, señor Horacki”. Me han asignado para ser su supervisor. Tendremos que depender uno del otro. Si te doy una orden, debes obedecerla al pie de la letra sin hacer preguntas. Soy responsable de tu seguridad y, francamente, estás en primera línea. Yo te cuido, y tú a cambio escribes la historia. Dime qué necesitas y haré todo lo posible para proporcionártelo. ¿Me hice entender correctamente?

“Sí”, dije, levantándome.

– “Sí, señor”, por favor. Diríjase a mí correctamente, Sr. Horacki.

– Sí, mi comandante”. Era la primera vez en mi vida que había sido tan formal. No tenía la intención de convertirlo en un hábito, pero tampoco vi ninguna razón para darle mucha importancia.

El sol de invierno me calentaba la cara, pero el viento que soplaba en la montaña se metió en mi abrigo y me hizo temblar en cuanto tuve ambos pies en el suelo. La tierra olía a escarcha y a muerte. Los álamos con hojas caídas se acercaron a mí y los Cerracs se revelaban en el horizonte, muy cerca.

Nos esperaba una especie de guardia de honor: siete hombres de aspecto solemne, montados a caballo y armados con rifles, nos saludaron a Mitos y a mí. El dorado y el verde lima de su uniforme ceremonial resaltaban marcadamente contra el paisaje de nieve, rocas y árboles, haciéndolos objetivos visibles a kilómetros de distancia. Después de recibir explicaciones detalladas sobre el peligro del frente, no me tranquilicé.

“Toma esto”, dijo Mitos, entregándome una pistola para el cinturón. Nunca antes había tocado un arma. Logré colocarla correctamente alrededor de mi cintura en el segundo intento. Luego me monté en un viejo ruano azul y nos

pusimos en camino por un camino que discurría entre los árboles, dejando el coche y su conductor en la carretera.

Menos de un minuto después, todo rastro de respeto desapareció y nuestro escolta comenzó a intercambiar bromas en voz alta. “¡Mira, un blandengue en un jamelgo!”², se rió uno de ellos. Me gustan los juegos de palabras como a todos los demás, pero no fue difícil ver que se reían a mi costa. La mayoría de los soldados que conocí apenas podían soportar mi presencia y no lo ocultaban.

Saqué mi pipa, la llené de tabaco y comencé a fumar. Me ayudó a relajarme. Era una tarde extraña mientras subíamos la colina. El mundo estaba silencioso, desolado y hermoso, pero cada vez que me dejaba cautivar por ese esplendor, llegaban a mis oídos retazos de conversaciones despectivas, o de repente recordaba que estaba en el frente, en medio de una compañía de hombres cuya ropa colorida era completamente inadecuada para tal ambiente.

Le ofrecí mi pipa a Mitos, pero él la rechazó.

Cuando llegamos al campamento, ya estaba anocheciendo y el escaso calor del sol se había retirado lejos de estas tierras. El campamento en sí era un ordenado conjunto de tiendas de campaña y cabañas dispuestas en radios desde un nicho natural en la pared del acantilado. Los cañones y otras grandes piezas de artillería estaban apuntando hacia

2 Juego de palabras con mollasson (timorato) y canasson (rocín).

afuera, protegidos detrás de una empalizada, y un fuerte de tierra dominaba todo desde lo alto de la cresta.

El general Dolan Wilder estaba esperando al borde de la valla para darnos la bienvenida. Con su levita y su icónico sombrero, por supuesto, era reconocible a primera vista.

“Buen día!” nos saludó cuando llegamos.

Los hombres que estaban conmigo saludaron y desmontaron antes de partir para hacer otro trabajo. Excepto Mitos, que se quedó a mi lado.

Wilder tomó las riendas cuando me apeé del caballo y lo seguí hasta el establo. El mozo de cuadra era un auténtico bruto con una mata de pelo rubio que tiraba con fuerza de la brida y escupía a la pobre yegua cuando ella se resistía a responder.

Desde allí caminamos por la calle principal del campamento, una calle embarrada cubierta de ramas y piedras simplemente colocadas en el suelo. A nuestro alrededor ardían fogatas para cocinar.

“Una buena guerra”, comenzó Wilder, “una guerra entre gente civilizada, te permite encender fuegos para cocinar cuando quieras. Los hombres están a salvo detrás de sus líneas defensivas. Pero aquí, en Cerracs, nos enfrentamos a salvajes. Preparamos la comida al atardecer, cuando está

demasiado oscuro para ver el humo y demasiado claro para ver las llamas”.

Un soldado de la edad de mi padre estaba agazapado en el barro, removiendo el contenido de una olla grande. Miró a Wilder y saludó. Él le devolvió el gesto.

“Hay más de doscientos hombres en este campamento”, declaró el general de armas. ¿Y sabes qué es lo que más temo?”

Era una pregunta retórica y era obvio que a él no le importaba en absoluto mi opinión.

“Las tácticas de guerrilla no son saludables, ¿comprende? Es veneno. Estoy librando esta guerra en nombre de Su Majestad por encima de todo, pero también es una lucha por la civilización. Lucho por un mundo donde resolvamos los conflictos con la justicia y la ley, donde los hombres no se esconderán en la espesura como animales. Combato el salvajismo con salvajismo y no le tengo miedo a la muerte, ni a la mía ni a la de mis subordinados. Lo único que temo es que esta barbarie nos extravíe, que nos pervierta”.

Wilder me llevó a su cabaña de mando, que se distinguía de las demás tiendas sólo por su tamaño y los cuatro guardias que la rodeaban. En el interior nos esperaba una comida honesta de aves y tubérculos, junto con sus cinco oficiales de más alto rango. El general bebió su licor en una

copa de degustación mientras el resto de su séquito se servía en copas de barro.

Luego me presentó a cada uno de los oficiales, aunque el único nombre que recuerdo hoy es el de Lord Vasterly, teniente de armas y tercero en la cadena de mando. Danis Lonel, primer capitán de Wilder y por tanto segundo en la jerarquía, no estaba presente. Los demás nombres, en cambio, tienen poca importancia. Los hombres que los llevaban están muertos y no veo ninguna razón para glorificar sus vidas registrándolas en estas páginas.

Me senté junto a Wilder y tomé un delicioso sorbo de brandy. “¿Qué debemos esperar?”, pregunté, dirigiendo mi primera pregunta al hombre sobre el que iba a informar.

“Bandidos”, respondió. Simples bandidos. Estoy seguro de que estos forajidos estaban saqueando tierras y pueblos hasta que llegamos, pero algunos han vuelto su atención y sus armas hacia nosotros. Peor aún: muchos de estos barrios marginales les brindan refugio. Pero estamos aquí para llevar la paz del Rey a los Cerracs, y un puñado de criminales medio muertos de hambre no representan ninguna amenaza para nosotros”.

Luego cenamos. Los oficiales que nos estaban esperando se abalanzaron sobre la comida con un apetito que juro que sólo tienen quienes arriesgan su vida todos los días. Una vez que los huesos estuvieron esparcidos por nuestros platos

como los restos de un enemigo derrotado, comenzaron las bromas.

“Atrapé a Greig y Halmos fornicando en el bosque”, anunció Lord Vasterly con una mueca de desprecio, su espeso bigote negro arqueándose junto con sus labios. “Greig tenía los pantalones alrededor de los tobillos y los brazos alrededor de un árbol. Gemía como una virgen.

– Hoy, un hombre; mañana, una cabra”, insinuó otro soldado. Un cliché obstinado dentro del ejército, como pronto descubriría.

Todos los oficiales se echaron a reír. Wilder, por su parte, sonrió cortésmente y con complicidad.

“Me temo que no entiendo”, dije. Me tomó un tiempo formular mi pregunta con la mayor confianza posible. “¿Está mal vista la homosexualidad aquí?”

Sus miradas y su silencio se volvieron pesados. Después de un breve momento, Mitos me respondió, probablemente con más diplomacia que los demás. “Todo lo que es aceptable para los civiles no despierta tanta indiferencia en nuestras filas”.

Wilder habló a continuación, siempre buscando una oportunidad para parecer sabio. “Las tropas vorronianas han permitido que las mujeres luchen bajo su bandera y han demostrado más allá de toda duda que algunas de ellas, al

menos, son tan hábiles con el rifle como cualquier otra persona. Y, sin embargo, el ejército de Su Majestad no les permite ir a la guerra. ¿Por qué es eso?”

Hizo girar su brandy en su copa y respondió a su propia pregunta: “No aceptamos al sexo más débil entre nosotros porque su disponibilidad sexual erosiona el tejido social que nos esforzamos por preservar”. Los homosexuales que se ofrecen a otros hombres no son diferentes”.

Asentí. Incluso intenté, bendito sea mi corazón patriótico, ser comprensivo con alguien que dice que aquellos que comparten mi atracción no son bienvenidos. Quizás no lo logré, pero lo intenté.

“Nos quedaremos en el campamento un día más”, me dijo Mitos después de la comida, “y luego nos iremos”.

–¿Adónde vamos?

– “A otro lugar”. El tipo resultó ser inescrutable, como siempre.

La comida era buena, para las raciones de invierno, pero se me pegaba al estómago por la mala compañía. Y más tarde, en mi catre de campaña, en mi tienda de hule, sólo logré un sueño inquieto.

Por la mañana me desperté con las ideas claras y una nueva determinación: fuera cual fuese el giro de los

acontecimientos, los vería con ojos de periodista. Mi trabajo era observar y escribir. La verdad, los hechos crudos, convertirían a estos soldados en demonios o héroes, y era mi deber permanecer objetivo y neutral. Fue esta determinación la que, para bien o para mal, me mantuvo en pie durante los días que pasé en el frente.

Me levanté de mi litera, aparté las gruesas mantas de lana y me vestí en el aire gélido. Mitos me había preparado un uniforme civil de lana, idéntico al que llevaban los soldados pero sin insignias, cálido y que me sentaba bien. Torpemente me até las botas con mis dedos congelados, pero en general el clima no me molestó. En cierto sentido, el invierno en estas montañas era un cambio bienvenido con respecto al smog, la humedad y el miasma de la metrópoli que había dejado atrás. Todo parecía nítido y fresco, y el aire era puro. El viento llevaba el olor del bosque al campamento.

No había espejo y no había traído ninguno en mi kit de afeitado. Pero no se trata de tener rencor; unos días sin acicalarse nunca hacen daño a nadie.

Salí de mi tienda para buscar algo de comer. Ya había conocido a los oficiales y me había formado una opinión sobre ellos, pero aún no conocía a los soldados.

“¡Oye, reportero!” gritó un soldado con un fuerte acento vorroniano cuando pasé, “¿por qué no comes algo con nosotros?”

“Escribe una buena palabra sobre nosotros y este plato es para ti”, añadió su amigo.

Tenían panqueques y huevos, así que acepté su oferta. Eran jóvenes, mayores que yo y bien podrían haber sido hermanos. Sin embargo, a veces es difícil distinguir a dos hombres uniformados, y lo único que realmente recuerdo es que uno tenía el pelo negro, desgreñado y largo hasta las orejas, y la piel aceitunada, y que el segundo tenía un lunar en la nariz.

“Entonces, ¿por qué os unisteis al ejército?” Les pregunté mientras llenaban un plato de hojalata.

“Putas”, respondió el del lunar.

“Quería matar a alguien”, dijo el otro.

“Eso es una tontería”, respondí en vorroniano. No tengo intención de mentir en mis columnas. ¿Por qué te involucraste?”

Se miraron y se encogieron de hombros como en un espejo. Hermanos o amigos de la infancia.

“Es el único trabajo que me llena el estómago”, me admitió en vorroniano el de la mancha en la nariz.

“Sí”, dijo el otro. Es eso o el campo, pero mi tía dice que este año tendremos sequía y, la verdad, nunca me gustó el trabajo agrícola.

“Eso y las putas”, añadió el primero. Y matar. Era la verdad. La única vez que mentí recientemente fue cuando le dije al reclutador que tenía edad suficiente para alistarme”.

El desayuno estuvo bueno y les agradecí por su tiempo.

Pero no fueron los únicos que querían que escribiera sobre ellos en la *Gaceta*, aunque esos dos estaban entre los más educados. Mientras caminaba por el campamento sin compañía, los soldados hicieron todo lo posible para engatusarme, acosarme e incluso amenazarme para que les concediera la gloria eterna a través de la escritura. Instintivamente regresé a los establos, el único lugar del campamento que conocía, excepto la cabina de mando y mis propias habitaciones.

Escuché el ritmo constante del martillo golpeando el acero y avancé para encontrar a un hombre fuerte y fornido ocupado herrando un caballo. Tenía una melena negra y gris como la de una de sus bestias, afeitada a los lados, corta arriba, pero larga atrás: un peinado popular entre las clases bajas de Vorronia, por lo que yo sabía.

Lo vi trabajar durante casi treinta segundos antes de que se diera cuenta de mí. Clavó el último clavo, colocó el casco

en el suelo y se volvió hacia mí. Él sonrió y luego me di cuenta de que le habían empezado a salir canas desde muy joven: no tendría más de treinta años.

“Periodista!” exclamó. Tenía razón: su acento indicaba su baja extracción vorroniana, sin duda de Tar.

“No vas a conseguirlo...” dije en vorroniano.

“No te preocupes”, me aseguró, cambiando con visible alegría a su lengua materna. No quiero ser inmortalizado. Especialmente no para un trabajo tan despreciable como herrar caballos del ejército”.

Su respuesta me sorprendió e inmediatamente me hizo querer saber de él.

“¿Oh, no?”

Dejó sus herramientas y vino a reunirse conmigo en el umbral. “No. No me siento orgulloso de ello. En el mejor de los casos, es trabajo, pero ¿a quién le gusta trabajar por el beneficio de otra persona? —y en el peor de los casos, soy cómplice de asesinato. De conquista. Estoy participando en la expansión del mismo imperio que ayer invadió Tar.

—¿Por qué haces eso?

– Te lo diré, pero no puedes citarme ni nombrarme en tu artículo. Ahora no. No hasta que esté muerto o fuera de aquí.

–Está prometido.

–Entonces te creo. No traiciones mi confianza, mi nuevo amigo, o terminaré al final de una cuerda. ¿Cómo te llamas?

–Dimos Horacki.

– Encantado de conocerte, Dimos. Soy Vynesssay Solock, pero puedes llamarme Vyn”.

Se alejó de los establos y me llevó hacia la puerta de la valla. Cuando nos acercábamos, los tres piqueros de servicio se pusieron firmes pero no nos saludaron.

“¿Qué vas a hacer?” preguntó uno de ellos.

– Me gustaría mostrarle la horca a nuestro invitado aquí, el periodista”.

Intercambiaron una mirada mientras sopesaban lo que acababa de decir, luego el mismo hombre respondió: “Muy bien”.

– Las formalidades, continuó Vyn desde el otro lado, pueden ser un símbolo de amor y adoración que se encuentran en ceremonias o rituales, pero más a menudo

son el signo de un espíritu débil que se aferra desesperadamente al poder y la ley con la esperanza de resistir las fuerzas de la naturaleza y el caos.

—Pero ¿quién diablos eres tú?” La preocupación me estaba ganando terreno. Realmente no sabía qué pensar de este personaje, y por un momento temí que fuera un nacionalista vorroniano en una misión de sabotaje. Sentí un escalofrío recorrerme: mitad miedo, mitad impaciencia.

“Soy herrador, nada más. Pero mi madre era una mujer de carácter y me gusta decirme que eso lo heredé de ella. Ella murió durante la guerra anterior a la guerra, cuando yo todavía era un bebé”.

Había escuchado esta expresión antes durante mi investigación y tuve que devanarme los sesos para revertirla. “¿La revolución?” Pregunté yo. Antes de que estallara el conflicto contra Vorronia, una coalición de anarquistas y republicanos había provocado un levantamiento. Borolia acudió al rescate, pero se detuvo en su camino para apoderarse de los territorios del norte del país y matar a los campesinos. A pesar de lo que habíamos publicado en la *Gazette de Borol*, fue este delito, y no el disparo de cañones en el puerto de Borol, lo que inició la guerra.

A menos de tres metros de la puerta tomamos un camino junto a la valla para llegar, dos minutos más tarde, a la horca. Una larga viga de roble corría desde lo alto de la pared y

soportaba el peso de dos hombres. Lucían el mismo corte de pelo que Vyn.

“Se parecen a ti”, le dije.

–Más de lo que crees. Son reclutas. Intentaron desertar”.

Miré con horror la carne podrida adherida a los huesos de los cautivos y luego me volví hacia Vyn. Él sonrió con una mirada dolida y arrepentida.

“Aunque me entristece ver a dos de mis amigos colgados en medio de Cerracs, no olvido que esa noche había otros cuatro. Ojalá tuviera el coraje de unirme a ellos. Ya fueran los que escaparon, o incluso ellos dos. No me gusta este trabajo y no estoy seguro de que me gusten estas montañas. Desprecio esta empresa. Y lo peor de todo es que me odio a mí mismo”.

Capítulo III

Al día siguiente, mientras el sol todavía estaba detrás de las montañas, partí en mi montura con Wilder, Mitos y setenta hombres. Con cautela nos dirigimos hacia la carretera, formando una o dos filas si era necesario. Monté al frente con Wilder, aunque permaneció en silencio esa mañana. Una vez en la carretera principal, el general partió al galope con su vanguardia.

Los caminos de Cerracs son muy similares a los del norte de Borolia: de tierra compactada y grava, con profundos surcos. El grueso de las tropas avanzaba al paso para seguir el ritmo de los carros de municiones y provisiones, lo que me dio mucho tiempo para observar e incluso admirar los sublimes bosques y las colinas circundantes. Pero cualquier esperanza de contemplación pacífica se redujo rápidamente

a nada, porque resulta que un ejército, por pequeño que sea, no se mueve sin hacer ruido. Los carros retumbaban y traqueteaban, y los hombres se jactaban a todo pulmón. Al menor movimiento disparaban contra la maleza, disparaban contra osos, ardillas y pavos salvajes, así como contra el susurro del viento.

La mayoría de las veces, las carreteras de montaña siguen cursos de agua y este viaje no fue la excepción. “¿Cómo se llama este río?” Le pregunté a Mitos.

Él se encogió de hombros.

Luego me volví hacia el hombre a mi izquierda, un veterano de pelo gris.

“La corriente”, respondió.

Dejé las preguntas después de eso.

Un poco más tarde encontramos a Dolan Wilder y su vanguardia esperando nuevas monturas. La del general estaba en el suelo, muerta de cansancio y con laceraciones en los costados infligidas por espuelas tan afiladas como la hoja de un barbero. Wilder montó un caballo castrado de repuesto.

Poco después llegamos al pueblo de Steknadi. Como me enteré un mes después, el ejército de Su Majestad no conocía a los habitantes de la región, ni se preocupaba por

ellos ni por los nombres que daban a sus localidades. En el mapa de Wilder, estos lugares sólo estaban designados con números.

“Debieron habernos visto acercándonos”, me comentó Wilder. Casi un centenar de aldeanos estaban reunidos en una plaza central adoquinada, rodeados por sus cabras, avestruces de montaña y gigantescos perros pastores. Los campesinos no tenían armas y estaban visiblemente aterrorizados.

“Sin esta maldita carne”, me dijo con confianza, “habríamos llegado a ellos antes de que tuvieran tiempo de disfrazarse y esconder sus armas”.

La unidad se desplegó en la aldea, bloqueando la carretera y los caminos más visibles que conducían al bosque, mientras Lord Vasterly avanzaba para dirigirse a los campesinos.

“Me gustaría escuchar lo que tiene que decirles”, le dije a Mitos.

“Este lugar parece bastante tranquilo”, coincidió mi supervisor, y nos acercamos a la plaza.

“Ahora eres parte del imperio”, dijo Vasterly. Su cer (el dialecto vorroniano que se habla en las montañas) era horrible y su acento tan marcado que apenas la mitad de la

congregación podía entenderlo. “Estás bajo nuestra protección y la del Rey. Te traemos paz”.

No hubo ningún sonido. El viento había amainado. Ni siquiera las cabras se atrevieron a balar y los avestruces guardaron silencio.

“¿Qué paz, hombre gordo?” –preguntó finalmente un joven. ¿La paz de la tumba?”

Vasterly levantó su pistola y le apuntó. “Si eso es lo que quieres”.

– ¡La paz del Rey!” proclamó Wilder mientras subía hacia el estrado. Su cer, aunque muy marcado, estaba mil veces más trabajado que el de su oficial. “Aseguramos la clemencia y la justicia entre sus ciudadanos y reservamos nuestras balas (dicho esto, tardó unos segundos en hacer que su subordinado inclinara la mirada) para sus enemigos. Tus enemigos.

“Debemos dar ejemplo”, protestó Lord Vasterly en boroliano.

“Eso es lo que acabamos de hacer”, respondió Wilder. Y no vuelvas a interrumpirme nunca más, en ningún idioma.

“Bien, general”.

Vasterly comenzó a esbozar los términos del nuevo gobierno de la aldea. Se trataba esencialmente de un impuesto –desde ese mismo día– calculado en cabezas de ganado y sacos de alimentos. Los vecinos no se sorprendieron, pero evidentemente el anuncio no fue bien aceptado.

Tres soldados se acercaron arrastrando a una mujer que luchaba. El más bajo de los tres dio un paso adelante para dirigirse a Wilder.

“La encontramos tratando de escapar por el bosque”, dijo. Su voz era suave y sus ojos muy claros.

“Tengo que encontrar mi rebaño”, se defendió en un sostenido tono vorroniano.

–¿Qué dice ella? preguntó uno de los guardias con el acento norteño más arrastrado que jamás haya escuchado.

“Que debe encontrar su rebaño”, repitió el primero.

“Eh, eh, eh”, se rió el otro. ¿Por qué tenía que agacharse para buscar su ganado? Probablemente eran avestruces enanas, ¿no?”

Wilder blandió su látigo y golpeó a quien acababa de hablar en la cara y luego en la espalda. “No toleraré un lenguaje tan vulgar en el ejército de Su Majestad, ¿entiendes?”

“Sí, general”, dijo el otro, intentando en vano controlar su acento.

El hombre del sombrero de copa se volvió hacia la mujer y le preguntó en su idioma: “Ibas a avisar a los rebeldes, ¿no?”.

– ¡Púdrete!” escupió en boroliano.

Dolan Wilder desmontó y condujo al pequeño grupo (la mujer, sus tres guardias, mi supervisor y yo) hacia el bosque durante casi dos millas. Mientras tanto, él continuó hablando con ella, diciéndole lo indulgente que podía ser. Ella se negó a abrir la boca.

Finalmente, Wilder desistió y ordenó que la ataran a un árbol para que la “salaran”.

El hombre de voz suave obedeció con una sonrisa, atándola al tronco de un viejo álamo. Luego sacó su bayoneta, le cortó el costado y echó polvo sobre la herida. Ella inmediatamente comenzó a gritar de dolor.

Nos dimos la vuelta y la dejamos allí.

“¿Qué fue eso?” Le pregunté a Wilder. Pero él me ignoró. Su rostro era una máscara de piedra y sus ojos inexpressivos.

Repetí mi pregunta a Mitos.

“Gorsel”. Sal alucinógena importada de Ora. Provoca pesadillas y atrae a los lobos.

–¿Por qué hiciste eso? Le pregunté al hombre de voz suave.

–“No fui yo. Obedecí órdenes, eso es todo; Wilder toma las decisiones”.

Pero no fue la bayoneta de Wilder la que desgarró la piel de esta mujer. No fueron sus manos las que echaron sal en su herida. Y es así como el ejército imperial –de hecho, cualquier potencia militar o autoritaria– rechaza la responsabilidad individual. Si el Diablo existe, la jerarquía es su método.

Cabalgamos desde Steknadi hasta un lago cercano y acampamos para pasar la noche. Wilder estaba de mal humor y comía solo, así que salí a caminar por la playa de guijarros. Mi abrigo aliviaba el frío y la luna allí arriba era gibosa y encantadora.

Recordé la escena de la tortura y el miedo invadió mi mente. No podía decidir por qué me habían invitado a presenciar la ejecución de la mujer. Quizás Wilder quería asustarme, pero, sinceramente, pensé entonces –y sigo pensando ahora– que ese hombre consideraba la crueldad una virtud. No esperaba ninguna reacción de mi parte porque a sus ojos ni siquiera era una persona, sólo un

recipiente a través del cual podía transmitir su mensaje. Un objeto, una herramienta. Un periodista. No era a mí a quien Wilder pretendía asustar, sino al resto del mundo.

El tabaco no fue suficiente para calmarme, a pesar de la buena cantidad que fumé esa noche. Primero el servicio militar obligatorio, ahora esto. Mis lealtades flaqueaban y no sabía qué pensar.

En los bares de Borol, mis amigos y yo nos definimos como patriotas cínicos: habíamos abierto los ojos a lo que estaba mal en Borolia, o al menos estábamos convencidos de ello, pero eso no nos impidió participar en el júbilo cuando nuestro país ganó la guerra. Odiámos a los ricos y puede que no estuviéramos de acuerdo con todo lo que el rey proclamaba u ordenaba, pero teníamos respeto por nuestros soldados, casi lo suficiente como para alistarnos nosotros mismos.

Como las estrellas me atestiguan, aquella tarde, a la orilla de este lago de Cerracs, decidí que era mi responsabilidad como periodista, incluso mi deber como ciudadano, revelar la verdad sobre lo que veía en el frente. A quién le importa si me trae la furia de alguien tan afablemente terrorífico como Dolan Wilder. Sin embargo, no puedo decir que habría actuado de la misma manera si hubiera sabido cómo esta decisión afectaría mi seguridad.

Me quedé serio al día siguiente. Intenté escribir mientras montaba a caballo –un fracaso amargo e ilegible– antes de abandonar la idea de poner mis pensamientos en palabras mientras estaba en la silla. Y pensar ya no me bastaba.

“¡Dime, Mitos!”

Acercó su montura a la mía.

“Estoy tratando de informar sobre los acontecimientos de la región y me falta vocabulario. Estas camisas, o estos vestidos que usan los campesinos. ¿Cómo se llaman?” Dondequiera que íbamos, los lugareños iban vestidos más o menos igual: pantalones de lana metidos en las botas y una especie de cadena larga que llegaba hasta la mitad del muslo, con una capa trenzada de colores brillantes encima.

“No lo sé”, respondió. ¿Camisas? ¿T únicas, tal vez? ¿Qué importa?

– ¡Oye, señor periodista!” llamó una voz. Me volví hacia ella y vi a un soldado de mi edad, de pelo largo y negro, montado en un caballo negro. Él se paró a mi izquierda.

“Acabo de hacer la conexión. Eres Horacki, ¿no?

– Sí.

– ¡Tú escribiste este artículo! ¡Gracias a ti se quemó la Broyeuse!”

Nadie me había reconocido en público durante cuatro años. Mi mano bajó a mi bolso y se cerró alrededor de mi puño de latón.

“Me alegro que lo hayas hecho, eso es todo”, continuó el otro. Crecí allí y siempre lo odié. Entonces, ¡gracias!” Saludó y espolgó a su caballo para que siguiera la formación. Mi mano se relajó.

“¿De qué estaba hablando?” –Preguntó Mitos.

– ¿No lo sabías? Escribí un artículo hace unos cuatro años.

–He estado destinado en Vorronia durante diez años.

– Mi primer gran informe. Llevaba un año trabajando en la *Gazette* y finalmente obtuve el permiso del editor en jefe. Despues de que mis padres murieran en la guerra, me enviaron al internado de la señorita Broyosti. A este establecimiento lo llamamos “la Broyeuse” (la trituradora), al igual que a su directora. Yo todavía era un niño, estaba bajo la tutela del Estado. Hice varios intentos de huir, pero siempre terminaba regresando. Una vez fuera...

“Una vez que saliste, juraste destruir ese lugar”, concluyó Mitos.

– No, no, nada de eso. Bueno, vale, un poco. Juré revelar lo que había sufrido. Quería que todos supieran lo horrible que era esa institución. La señorita Broyosti nos hacía

trabajar como bestias de carga y no nos enseñaba nada. Apenas teníamos suficiente para comer. El techo tenía goteras y el agua del baño estaba roja de óxido. Las enfermedades estaban por todas partes. Así que desempaqué todo. Hice mi investigación: encontré inspectores corruptos, formularios falsificados, clientes extranjeros. Sin embargo, una vez que el artículo apareció en la prensa, la señorita Broyosti se prendió fuego dentro del edificio. Murieron tres niños.

– ¿Qué efecto tuvo?” preguntó Mitos. Miró al frente, apenas conteniendo su ira.

“Fue horrible”.

– Bien. Asesinaste a cuatro personas.

– No es justo.

– ¡Por el Rey, por supuesto que tenías razón! ¿Estás diciendo que esta mujer no te enseñó nada? En este caso, ¿cómo fue que usted, a los diecisiete años, fue contratado por el mejor periódico de Borol? ¿Y tuviste dificultades porque el techo tenía goteras? ¡Mientras tú vivías con gracia, yo hacía la guerra!

“Fue mi padre quien me enseñó a escribir”, me defendí. Después de eso no quedó mucho que decir. La culpa me había perseguido durante años después de la publicación, pero no había asesinado a nadie. La culpa fue de

Mademoiselle Broyosti, de los inspectores a los que había sobornado y del sistema que había permitido que esta pensión se convirtiera en la Broyeuse. No sentí ningún remordimiento por revelar la verdad, sino sólo porque mi plan no había funcionado: quería ver este lugar rehabilitado, no destruido.

Dos días después, arrasamos el pueblo de Sotoris. Se quemaron unas sesenta construcciones de madera: viviendas, edificios públicos, hórreos y establos. Tres personas –una mujer, su marido y su hijo de doce años– tuvieron la arrogancia de tratarnos como enemigos en lugar de libertadores, y abrieron fuego contra nosotros desde la ventana del primer piso de su casa de 300 años de antigüedad. Sus balas no alcanzaron a los soldados, pero una logró herir a un caballo antes de que una tropa de hombres armados capturara viva a la familia.

Digo que “nosotros” arrasamos Sotoris, porque me considero cómplice. Digo “nosotros” porque no hice nada para evitarlo. Porque me consideraba un periodista imparcial. Porque creía que sólo un testimonio franco podría redimirme y borrar mi pecado. Porque me equivoqué. Puede que algún día acabe perdonándome, pero es poco probable.

Los soldados ejecutaron al niño estrangulándolo en el acto, en una silla en medio de la plaza central, frente a los aldeanos reunidos. Al principio me pareció monstruoso, pero en realidad fue una misericordia. Vasterly llevó a la

mujer al amparo de los árboles para interrogarla mientras su marido estaba atado a la silla, contemplando el cadáver de su hijo.

“Entablíllalo, por favor”, ordenó Wilder al hombre de voz suave. Éste pasó su cuchillo por la silla para desprender largas agujas de madera. No dudó ni disfrutó del sufrimiento del marido. El torturador simplemente se quitó las botas y, rápidamente y bien, se clavó las astillas bajo las uñas de los dedos de los pies.

El hombre gritó de dolor y alguien entre la multitud dejó escapar un grito.

“Ejecutar a los recalcitrantes”, ordenó el general; Tres soldados se abalanzaron sobre los habitantes, agarraron a los alborotadores y le cortaron el cuello.

“Quita las tablillas”, y el torturador obedeció. “¿Dónde están los rebeldes?

“No te lo diría, aunque lo supiera”, respondió el hombre torturado.

Wilder sacó su pistola, colocó el cañón sobre su cabeza y disparó. Creo que quería evitar lastimar a nadie entre la multitud. O tal vez fue para limitar el derramamiento de sangre.

Lord Vasterly regresó poco después, se puso sus guantes de montar negros y habló con Wilder a un lado. No pude oírlos, pero después de escuchar, Wilder disparó su pistola a la cara de su oficial, dejando una rozadura roja en su sien.

“Arrasad la aldea”, dijo Wilder, “pero no dejéis que nadie más salga herido”“.

Los aldeanos estaban demasiado intimidados para hacer otra cosa que protestar o romper a llorar cuando todo lo que poseían, todo lo que habían construido con sus manos o heredado de sus familias, fue destruido por extraños uniformados. Me quedé allí, observando, intentando mantener cierto distanciamiento periodístico, mientras los habitantes de Cerracs eran víctimas de una crueldad indescriptible. Confiscamos casi todos sus rebaños y los dejamos, sin hogar y sin esperanza, en pleno invierno.

Con el fuego rugiendo a nuestras espaldas, iniciamos el regreso al campamento. Mitos nunca me dejó.

“¿Por qué disparó a Vasterly?” Le pregunté a mi supervisor.

– Wilder es un hombre distinguido; no tolera que los oficiales le falten el respeto al bello sexo, incluidos aquellos que se niegan a convertirse en súbditos de Su Majestad. Lord Vasterly ha sido relegado al rango de segundo hombre de

armas, y tendrá suerte si aún conserva su título de señoría cuando regrese de la campaña.

—¿Y este pueblo? ¿No eran éstas las casas y edificios públicos de Su Majestad los que acabamos de incendiar?”

El chasquido de los cascos resonó mientras Mitos consideraba su respuesta. “Wilder es una persona elocuente, pero es su inclinación por la violencia gratuita lo que le da tanta autoridad, no sus discursos. Esto se aplica tanto a sus tropas como a sus nuevos gobernados. El Imperio tiene mucho que ofrecer a los Cerracs. Los caminos y el comercio llegarán con el tiempo, pero el respeto y la sumisión serán los cimientos de este futuro”.

Continuamos en silencio durante el resto de la noche, y cuando llegó el momento de acampar en un prado, Wilder volvió a comer solo. Me quedé despierto hasta tarde para escribir mi primera columna, que se la entregué al cartero a la mañana siguiente. Me apegué a la verdad objetiva, lo que casi provocó mi caída.

Capítulo IV

Menos de cuatro horas después de regresar al campamento base, Wilder me llamó a su tienda. Un brasero intentaba en vano iluminar los rincones donde no llegaba el sol, y un desconocido uniformado se calentaba las manos sobre las llamas. Era bajo y delgado, con una barba roja muy corta y gafas con montura metálica. A pesar de su ropa de personal, no me pareció un soldado.

“Señor Horacki, me gustaría presentarle al primer capitán Danis Lonel, mi segundo oficial”.

“Por favor llámame Danis”.

Me gustó enseguida, lo que me tomó por sorpresa.

“Lonel se convirtió en el primer capitán durante la Guerra Vorroniana”, explicó Wilder, “y yo serví a sus órdenes. Es un hombre valiente y un excelente explorador”.

Danis sonrió ante estas palabras. No pude distinguir si su expresión era sincera o sardónica. Incluso hoy me lo pregunto; era una persona fascinante.

“Hemos recibido informes de asaltantes que atacaron a un colono vorroniano al sureste. Robaron algunos animales. Mañana, el Capitán Lonel os guiará a ti y a una docena de hombres en la persecución de los bandidos. Participa en combate y luego captúralos o mátalos”.

“Dudo que una unidad tan pequeña sea suficiente”, objetó Lonel. Dame cincuenta soldados. Y sin querer ofender a este señor, una redada no es lugar para un civil”.

Dolan volvió la cabeza hacia mí y sonrió. “Han pasado tres años desde que ascendieron a Lonel; Desde entonces siempre ha sido capitán. Es una... persona cuidadosa. Los hombres como él tienen su lugar en la jerarquía, pero ese lugar no está en la cima”.

Dolan volvió a mirar a Lonel. “Toma doce hombres y expulsa a estos bandidos. Si es posible, entabla combate. En caso contrario, vuelve aquí con todo lo que has aprendido. Y llévate al periodista. Mitos cuidará de él.

“Ojalá me hubiera detenido en el campamento”, comenté.

– Salís al amanecer. El último hombre con el que hablaste en el campamento, el herrador, ha desertado. No sé qué le dijiste ni qué mentiras te dijo. No estás aquí para charlar con

los reclutas: tu trabajo es cubrir esta campaña y a los oficiales que la dirigen. Es una orden. Quizás pienses que como civil no tienes que cumplir, pero si no lo haces, estarás equivocado. Eres un servidor de nuestro Soberano y yo soy el representante de su voluntad. Puedes disponer”.

Asentí y giré sobre mis talones. Por el rabillo del ojo vi, sobre el escritorio de Wilder, el sobre verde que contenía mi primer artículo, el que había enviado con el correo del día a mi regreso al campamento.

A pesar de la compañía de Danis Lonel, los días siguientes transcurrieron en silencio. Mitos hacía tiempo que había dejado de hablarme, excepto cuando era absolutamente necesario, ya que no nos caíamos bien; Danis fue bastante amigable, pero tenía poco que decir.

Quería alejarme. Solo, podría haber pasado mis días observando los pájaros, las nubes o las briznas de hierba mordidas por la escarcha al costado del camino. En cambio, estaba rodeado de hombres que charlaban entre ellos desde la mañana hasta la noche, pero apenas tenían una palabra o un cigarrillo para mí.

“Si somos exploradores en terreno hostil”, le pregunté a Danis mientras cenábamos, “¿por qué viajar a plena luz del día?”

“Estas son nuestras montañas”, respondió, tomando un sorbo de brandy de su petaca de metal. No vamos a andar a oscuras como ladrones comunes”.

El pensamiento militar del oficial imperial me supera.

Al séptimo día llegamos a una pequeña propiedad y cobramos un impuesto. Nos recibieron cortésmente, como si fuéramos conquistadores bienvenidos, antes de partir poco después. Mi barriga estaba llena de buena carne y fruta fresca. El sol estaba alto en el cielo, asomando a través del dosel de arces y salpicando el viejo camino que se extendía ante nosotros. Un rebaño de avestruces y cabras arrebatadas a los granjeros seguía el ritmo. Danis me miró, con la pipa colgando de la comisura de la boca y las manos en las riendas.

Por primera vez, se abrió conmigo. Pero creo que me contó todas las cosas que uno podría querer leer en un periódico: su amor por su país, por su ciudad natal de Winne, cuánto extrañaba a su esposa y a su familia, etc.

“Siempre pensé”, me dijo después de un rato, “que si una fuerza armada descendiera sobre Winne como lo estamos haciendo aquí, sería masacrada. Pero ese es precisamente el problema. Ya sucedió. Pero eso fue hace mucho, mucho tiempo. Y es por eso que vivimos en Borolia”.

Fue el comentario más inteligente que jamás me hizo. Y aún hoy no puedo entender por qué sonreía tanto en ese momento. O incluso por qué me habló de eso, en absoluto. Pero, desgraciadamente para mi curiosidad —y afortunadamente para los habitantes de Cerracs— unos disparos interrumpieron sus pensamientos y los hombres que nos acompañaban murieron antes de poder desenfundar sus armas. Los avestruces, presas del pánico, se deslizaron entre los caballos y huyeron hacia el bosque.

Hoy me he enfrentado a más de un tiroteo, lo cual sólo puedo desaconsejar, y puedo decir que el tiempo se comporta de forma extraña cuando las balas vuelan. La primera salva terminó antes de comenzar, pero mirando hacia atrás, fue como si tuviera mucho tiempo para bajarme de la silla y tumbarme en el suelo. Tal vez debería haber sacado mi pistola y disparar, pero honestamente, ese pensamiento no pasó por mi mente en absoluto.

El Ejército Imperial perdió esta batalla antes de que el enemigo mostrara su rostro. Aquel día éramos catorce a caballo y diez resultaron heridos o muertos en esta primera salva.

Hay que reconocer que Mitos Zalbii, con quien había intercambiado la menor cantidad de palabras posible, se paró frente a mí y murió con el arma en la mano. Nunca me gustó y él nunca me respetó, pero eso no le impidió cumplir la misión que arbitrariamente le había sido asignada.

Habiendo estado este último velando por mí, a veces pienso en él con emoción y lamento sinceramente su muerte.

Cuando Mitos cayó hacia adelante, con la mitad de su cara arrancada por el fuego del rifle, miré hacia arriba y vi a Danis con los brazos en el aire, su pistola y su sable todavía guardados a su lado.

“¡Capítulo!” gritó en cer.

Capítulo V

Una veintena de bandidos aparecieron, a pie, desde la colina a nuestra derecha, el bosque a nuestra izquierda y el camino delante de nosotros. Cada uno de ellos estaba armado con una pistola o un rifle, y había aproximadamente tantas mujeres como hombres, de diferentes etnias, aunque predominantemente Cer. Todos ocultaban sus rostros con capuchas, pañuelos u otro tipo de máscaras.

Los bandidos irrumpieron en la matanza, rematando a los soldados y caballos heridos. Una mujer y dos hombres, el primero bajo y de tez aceitunada, el segundo alto con la palidez de un boroliano, se acercaron a Danis y a mí, armas en mano.

Me levanté lentamente, con las manos levantadas.

“Soy el oficial a cargo aquí”, dijo Danis. “Me rindo.

“Está bien”, dijo el hombrecillo, y disparó al primer capitán en la cabeza.

Fue entonces cuando me disocié por completo: podía ver lo que pasaba a mi alrededor, pero mi cuerpo se soltaba para mantener a raya el miedo. Cuando la mujer caminó hacia mí, con el arma apuntando a su costado, estuve seguro de que había llegado mi momento.

“Te conozco”, dijo en vorroniano.

“El tren”, confirmé.

– “Eres ese periodista sinvergüenza”.

Probablemente asentí. Al menos quería hacerlo y tal vez lo logré.

“Puedes venir con nosotros, si quieres”.

Creo que lo decidí una vez más.

Los bandidos se tomaron su tiempo para revisar el lugar de la emboscada, curiosamente alegres y riendo. Les quitaron las armas y los caballos, luego desnudaron a los muertos completamente para recuperar sus uniformes.

Una mujer muy joven, que estaba revisando las alforjas de Danis, se levantó y gritó a todos: “¡Encontré un mapa!”

Desdobló la lona y varios de sus compatriotas se reunieron a su alrededor para echar un vistazo antes de volver a saquear.

El hombre que mató a Danis Lonel se quedó conmigo todo el tiempo. Lo primero que hizo fue quitarme cortésmente mi cinturón. Comprobó el arma, vio que estaba cargada y se puso el cinturón alrededor de la cintura. Luego se colocó el rifle a la espalda y esperó, alerta. Mantuvo la calma, nunca actuó agresivamente hacia mí, nunca me apuntó con un arma. Si él y sus amigos no hubieran matado a todos los que conocía en kilómetros a la redonda, casi podría haberme relajado.

Soy periodista, me repetí. Si iba a sobrevivir a esto, sería mejor que tuviera algo sobre qué escribir. Intenté recordar detalles que pudieran serme útiles más adelante. Sin llegar a decir que me tranquilizó, este esfuerzo evitó que perdiera completamente el control. Y así, permanecí desapegado y seguí atentamente lo que sucedía a mi alrededor.

Los bandidos vestían más o menos igual que los campesinos que había visto en las montañas: pantalones de lana, una camisa larga parecida a una túnica y una gruesa capa de invierno. Pero mientras que los aldeanos preferían patrones tejidos de rojo, azul y púrpura, los bandidos se mezclaban con su entorno con ropas del color de la nieve, la tierra y el follaje.

Mi supervisor era un hombre apuesto y su mirada volvía regularmente a mí. Sus ojos verdes me miraron por encima de su pañuelo; Su aplanado sombrero de fieltro estaba bajado para ocultar su frente, pero leí emoción allí. Desenroscó un frasco de cerámica lleno de agua y se levantó la máscara para beber de él, dejando al descubierto una cuidada barba negra.

Al cabo de media hora, dos bandidos emergieron del bosque y se incorporaron al camino a la cabeza de buena parte de la manada de avestruces perdidas, y acompañados de dos enormes perros pastores de Cers. Ya había visto ejemplares así en las últimas semanas, pero seguían inquietándome: estos perros miden casi mi altura hasta el hombro y fácilmente pesan más de treinta kilos que yo. A pesar de tener el pelo grueso y la nariz más linda que jamás hayas visto, originalmente fueron criados para la caza de osos antes de ser readaptados para el pastoreo de avestruces. Los soldados imperiales tenían una molesta tendencia a dispararles a la menor provocación, así que nunca los había tenido tan cerca.

Una hora después del ataque, todos los bandidos se reunieron para conversar en medio del camino, una vez cargado el botín en los caballos de Su Majestad que aún estaban vivos. Mi supervisor permaneció cerca de mí, justo al alcance de la mano para escuchar la reunión improvisada.

“¿Qué vais a hacer con los cuerpos?” Pregunté en cer.

- Dejarlos a merced de buitres y lobos.
- ¿No es un poco... ¿Cómo se dice en cer? ¿Insensible?"

Tomó otro trago de su petaca. "Supongo. ¿Quieres enterrarlos?

"No", admití.

– Yo tampoco.

– ¡Nos vamos!, dijo la mujer del tren.

"Lamento imponerte esto", continuó el hombre, "pero si vienes con nosotros, tendremos que cubrirte la cabeza por un tiempo".

Pasé el viaje reprochándome mi falta de reacción ante la escena que había presenciado. Por supuesto, en retrospectiva, sé que a veces lleva tiempo aceptar eventos traumáticos, pero durante esa larga tarde a lomos de un caballo, sin nada que ver más que la bolsa de lona y los rayos del sol atravesados entre los intersticios, no habría podido decir si mi indiferencia era una prueba de mi monstruosidad o de mi profesionalismo como corresponsal de guerra.

Cabalgué en mi montura, detrás de mi supervisor cuyo rifle golpeaba mi esternón cada vez que me inclinaba demasiado hacia adelante. Pude escuchar fragmentos de conversación.

“¿Quién es él?” preguntó una mujer.

“El general lo recibió en un tren”, dijo mi supervisor.

–¿Por qué no está muerto?

–“Es periodista”.

Ella se echó a reír. “Eso realmente no responde a mi pregunta.

– Ni siquiera sacó su pistola. Me niego a matar a un civil.

“Puedo encargarme de ello siquieres”, ofreció.

– “No”.

Seguimos nuestro camino en silencio por un rato, hasta que se nos acercó otra montura.

“¿Un periodista? ¿De Borolia? preguntó una voz profunda.

“Sí”, respondí.

–¿Cuánto tiempo pasaste con los soldados?

– Dos semanas.

“Es bueno que lo hayáis traído”, dijo el hombre. Nos será útil”.

Había algo amenazador en la forma en que dijo la palabra “útil” y, por primera vez, un miedo muy real y visceral recorrió mi columna y nunca abandonó mi mente. Todo lo que podía hacer era respirar profundamente, llenando mis pulmones al máximo. Me repetí a mí mismo que era periodista, que no debía involucrarme. Y funcionó, en parte.

Escuché la cascada a casi medio kilómetro de distancia, y antes de llegar a ella, el sonido del agua rompiendo contra las rocas casi ahogó todo lo demás.

Nos detuvimos y mi supervisor desmontó.

“Puedes quitarte la capucha siquieres”, y eso fue lo que hice.

La cascada parecía sacada de un cuento de hadas, cayendo por el acantilado durante casi treinta metros hasta un río que serpenteaba en el fondo de un barranco. El hielo cubría las paredes de abajo y el sol poniente hacía que la roca helada brillara con mil colores.

Estábamos al borde de una pradera alpina que dominaba el cañón, donde los caballos (ponis de montaña y algunos purasangres de las llanuras) galopaban sin bridales y donde avestruces y cabras deambulaban libremente. Algunos pastores, tanto humanos como caninos, vigilaban a los animales.

“Mi nombre es Sorros Ralm”, dijo mi supervisor. Y con alegría os doy la bienvenida a la Compañía Libre de Andrómeda Azul.

“Dimos Horacki”, me presenté. Le tendí la mano, que él no estrechó, sino que tomó entre las suyas para mantenerla allí por un momento.

Los hombres y mujeres que desmontaban, por otro lado, no parecían contentos de recibirme. Ninguno de ellos se había quitado la máscara, y aunque nadie me apuntó con su arma, varios mantenían sus armas con cautela dentro de su alcance.

“Aquí vamos a soltar el ganado, con unos cuantos pastores, y vamos a terminar el recorrido a pie”, me dijo Sorros.

Solos o de dos en dos, los bandidos avanzaron hacia el borde del acantilado antes de avanzar por una cornisa un poco más abajo. El camino era invisible si uno no sabía ya dónde encontrarlo. Los seguí.

La Compañía empezó a cantar mientras tomaban el camino hacia la cascada. Sus integrantes me pidieron que no escribiera sus palabras ni melodías y quise respetar su deseo. Sólo sé que su canción era de una inmensa belleza, con un texto lleno de esperanza. Palabras de primavera y

guerra. Varias armonías se mezclaron y, aunque no todos cantaron afinados, el efecto aún permanecía presente.

“La canción nos sirve como contraseña”, me informó Sorros durante un descanso que había elegido en la parte de barítono. Menos de cien metros más adelante, el saliente se ensanchó y pasamos entre dos posiciones de artillería. Los centinelas nos miraron y nos contaron antes de sonreír. Sólo entonces me di cuenta de que los bandidos habían matado a trece soldados sin sufrir la más mínima pérdida.

La cornisa se ensanchó aún más y, detrás de un recodo de la roca, pude vislumbrar un campamento guerrillero bastante bien escondido: las cabañas y las tiendas se habían instalado bajo el saliente del acantilado o a la sombra de un bosquecillo de pinos espinosos. Una persona inclinada sobre el precipicio no habría visto más que el humo.

La cascada brotaba cerca, y mi atención se centró inmediatamente en el inteligente sistema de acequias utilizadas para dirigir el agua corriente hacia el campamento. El ejército de Su Majestad se conformaba con porteadores que hacían innumerables viajes de ida y vuelta a los arroyos más cercanos.

El grueso de la Compañía Libre se dispersó para realizar diversas tareas dentro del campamento; sólo quedaron para interrogarme Sorros, un puñado de desconocidos y la mujer del tren, a la que habían llamado “la general”.

“¿Quién eres? –Preguntó Sorros. No tu nombre. ¿Quién eres?

– Trabajo para la *Gazette de Borol*, un periódico. Me asignaron escribir un artículo sobre el esfuerzo bélico. Mis empleadores me encargaron una historia sobre Dolan Wilder.

–¿Qué sabes de él?, continuó Sorros. ¿Qué come, qué bebe? ¿Dónde y cuándo duerme? ¿Cómo trata a sus hombres?”

Aunque estaba aterrorizado, no quise responderle. Entonces respondí con otra pregunta: “Ustedes no son sólo bandidos, ¿me equivoco?”

–¿Bandidos? –exclamó Sorros–. Guarde ese insulto para el Sr. Wilder. Defendemos estas montañas en pleno invierno porque los matones borolianos acosan constantemente las aldeas a lo largo de la frontera de Hron. Somos partisanos.

– ¿Hron? Repetí.

“Wilder”, interrumpió la general, que se había quitado la máscara. “Háblanos de él”.

La miré a ella, a esta mujer armada y a los hombres que la rodeaban, y se me ocurrió que probablemente Sorros estaba diciendo la verdad y que yo habría podido estar en el lado

equivocado de este conflicto. Suspiré y mi aliento formó una nube pesada y tangible frente a mí.

“No”.

Alguien amartilló su arma. No pude verlo, pero lo escuché claramente. La general levantó la mano para intervenir. El seguro volvió a su lugar.

“¿Vas a hablar de él con gran detalle con todo el mundo, pero no con nosotros? –reaccionó la general.

– Exacto. No es lo mismo y lo sabes.

“Entonces escribe sobre nosotros”, dijo Sorros.

– “Qué?” Su sugerencia me hizo cambiar. Al parecer, lo mismo hicieron los demás, porque dieron media vuelta y, muy rápidamente, sólo quedamos Sorros, la general y yo.

“No voy a ejecutarte. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras o irte. Y aunque eso signifique informar desde el frente, ¿por qué no hablar de nosotros? Contando ambos lados de la historia, ¿por qué?”

– “Está bien”. Era inconcebible no contar mi experiencia en manos del enemigo de Borol.

Sorros sonrió. No podía recordar la última vez que vi a alguien tan entusiasmado. Se volvió hacia la general, le tomó

la mano y se puso de puntillas para susurrarle al oído. Ella se echó a reír antes de besarlo en la boca.

“Mi nombre es Nola”, dijo, extendiendo su mano libre.

– ¿General Nola?

– ¡Nunca en mi vida!, replicó ella. No escuches las malas lenguas que dicen lo contrario”.

Luego, Nola se alejó y Sorros me guió hasta una cabaña robusta de una sola habitación apoyada contra el acantilado. Los primeros sesenta centímetros del muro eran de piedra seca, el resto de madera suelta. El interior estaba decorado y aislado con gruesas telas en tonos tierra apagados. No había muebles excepto una gran alfombra colocada en el centro de la pared trasera. Arriba colgaba un tapiz radiante de color en esta vivienda melancólica, que representaba caballos salvajes contra un paisaje selvático. En la esquina inferior derecha había un pequeño escudo de armas que nunca antes había visto: un caballo de dos cuernos, como una curiosa mezcla de rinoceronte y unicornio.

“¿Esta cabaña es tuya?” “Le pregunté a mi captor, o a mi anfitrión, lo que fuera.

“Fui yo quien la construyó y viví aquí.

– No te pertenece, ¿es esa la idea? ¿Pertenece a la Compañía Libre?

– No creo que tengamos la misma concepción de las cosas. Los pronombres posesivos pueden inducir a error. Donde vivo, en Hronople, era “dueño” de mi casa, pero como sabía que estaría fuera por mucho tiempo, la dejé. Estamos en guerra y un soldado de Hron no “posee” mucho. Construí esta casa y puedo usarla, pero sería un tonto si no la entregara a mi propio campamento. Cualquiera puede entrar y salir, y confío en que otros no violarán mi privacidad sin ningún motivo.

– ¿Pero podrías prohibírselo?

– ¿Para qué? Si mi corazón no estuviera con mi gente, ¿estaría aquí en la nieve persiguiendo a los soldados enemigos?

“Entonces, ¿por qué estás aquí?”

– Su investigación tendrá que esperar. Voy a ir a comer. Me temo que todavía no serías bienvenido a nuestra mesa, pero Nola y yo volveremos pronto con un plato de comida.

– ¿Puedo irme libremente?

– ¡Tienes algunas curiosas preguntas! No te retendré contra tu voluntad. Eres “libre” para moverte. Es muy posible que te pierdas en las montañas y seas devorado por los lobos, siquieres.

Él sonrió mientras decía esto, y entonces me di cuenta de que me encontraba muy extraño. En ese momento, su lógica todavía era un misterio para mí.

Sorros me dejó solo con mis pensamientos. Estos me llegaron en tal cantidad que tuve todas las dificultades del mundo para articularlos. ¿Qué esperaban estas personas de mí? ¿Qué esperaban que escribiera sobre ellos? ¿Estaban al menos diciendo la verdad? Estas preguntas no llevaban a ninguna parte... La Compañía Libre no parecía desearme ningún daño, por lo que tratar de escapar probablemente no fuera una elección muy sabia; no, pasase lo que pasase. Por otro lado, ¿por qué Wilder había enviado a sólo a catorce de nosotros para enfrentarnos a los bandidos? ¿Qué hacía mi artículo en su escritorio? Éstas eran preguntas interesantes. Me tumbé en la alfombra del suelo para pensar en ello.

Me desperté de repente, en la oscuridad, cuando Nola y Sorros regresaron. Éste sostenía un enorme cuenco de madera del que salía olor a remolacha y lo colocó frente a mí, acompañado de una cuchara a juego.

“Ya no está muy caliente”, se disculpó. Nos quedamos largo rato hablando.

“Estaremos fuera durante las próximas dos semanas”, me dijo Nola.

—Y, eh, es posible que no volvamos. Si este es el caso, puedes regresar a Vorronia (sigue el río, que desemboca en el Gongol que te llevará a la costa) o espera refuerzos, que deberían llegar en primavera. Puedes servirte de nuestras provisiones y, si no viene nadie, empezar a alimentarte de los avestruces de allá arriba. A decir verdad, no sé cómo te recibirán nuestros sustitutos.

— ¿Adónde vais? Pregunté, adivinando la respuesta.

— Desil encontró un mapa en uno de tus caballos que muestra la ubicación del campamento de Wilder. Nosotros somos de aquí; podemos derrotarlos.

“Cientos de soldados están estacionados allí a todas horas”, contesté.

“Conocemos el terreno”, continuó Nola. Estarán completamente desprevenidos. Atacaremos mientras duermen y nos marchamos antes de que puedan reaccionar. Puede que no consigamos todo, pero ¿quién sabe?”

Asentí. No tenía ninguna posibilidad de hacerles cambiar de opinión y no veía por qué iba a intentarlo. Sólo ellos me habían mostrado un poco de amabilidad. ¿Por qué debería importarme lo que pasase con el resto de su empresa?

Sorros tomó mi mano entre las suyas afectuosamente. “Adiós, Dimos Horacki. Si no vuelvo, espero que sobrevivas y hables de nosotros de buena fe”.

Nola me sonrió y luego ella y Sorros se fueron. Pensé en el mapa que conducía al campamento. La tarjeta que Danis llevaba consigo. Por alguna razón, de repente, todo se juntó en mi cabeza: el mapa, mi columna, el pequeño grupo de exploradores. Me habían enviado a morir, igual que a Danis. Wilder nos usó como cebo.

Me levanté, derramé la sopa que aún no había tocado en la alfombra y salí furioso de la cabaña.

“Esperar!” Grité a las figuras que empezaban a abandonar el campamento. Varios se volvieron hacia mí con las armas en alto. Sorros se acercó.

“Es una trampa”, le expliqué.

– “¡Y tú eres uno de ellos!” escupió una voz entre la multitud. Las multitudes son perfectas para hacer acusaciones anónimas.

“No a propósito”, me defendí antes de contarles lo que sabía. Lo cual, lo admito, no era mucho.

“¿Quizás esto sea la trampa? sugirió otra voz, más tranquila que la primera.

“Supongo”, dije. Pero eso no sería muy lógico.

– ¿Por qué meternos en el perfume?, preguntó alguien.

– ¿Olvidaste la parte donde Wilder los sacrificó?” replicó Nola.

Otra mujer, a quien no conocía, asintió. “Yo lo creo. Al menos, lo suficiente para escucharlo”.

– Un promontorio domina el campamento de Wilder. Si yo fuera él, escondería mis tropas allí, dejando solo un número reducido debajo. Al atacar, provocará un deslizamiento de tierra u os bombardeará con morteros.

– ¿Mataría a sus propios hombres? preguntó una voz sorprendida.

– ¡Por supuesto que mataría a sus propios hombres! replicó otro.

– Si eso es cierto, dijo Nola, podemos atacar el promontorio y empujarlos al vacío. De lo contrario, no tenemos nada que perder.

–Sí: el elemento sorpresa, respondió Sorros.

“El riesgo vale la pena”, dijo una voz. Deberíamos intentarlo.

– ¿Están todos de acuerdo? ¿Vamos con el plan periodista?

– Sí! Gritó la multitud.

– ¡Enmienda!, intervino alguien. Lo llevaremos con nosotros. Si nos mintió, le dispararemos en las piernas y lo tiraremos por el precipicio.

– ¡Objeción!, dijo alguien más. “Lo llevamos y, si inventó todo, lo matamos. Pero lo más rápido posible y sin problemas, si las circunstancias lo permiten”.

El esfuerzo que requería seguir la conversación me mareaba.

“¡Para! dijo la voz que había sugerido tirarme al vacío.

– Enmienda, dijo Nola. Si dijo la verdad, le daremos un arma. Después de todo, querían matarlo.

– ¿Están todos de acuerdo? dijo una voz.

– ¡Sí!”

Si hubiera pertenecido a su cultura, creo que Sorros me habría dado una palmadita en la espalda. En cambio, él simplemente sonrió.

Capítulo VI

La luna en cuarto creciente iluminó el camino que nos llevaba de regreso al campamento de Wilder; a diferencia de los conquistadores, los habitantes de Cerracs no sentían la necesidad de desfilar durante el día. Monté solo en un pony de montaña mientras muchos otros cabalgaban detrás de nosotros y casi dos docenas de perros pastores de Cers trotaban silenciosamente a nuestro lado. El astro nocturno proyectaba nuestras sombras muy por delante de nosotros y avanzar en medio de esta compañía me daba una impresión de poder.

Nola y Sorros compartían una yegua pura sangre solanácea, y la mayoría de las veces yo caminaba junto a ellos, aunque a veces iba detrás para descansar un poco. Nos tomó una semana hacer este viaje, acampando durante el día en cuevas o arboledas oscuras. Pasamos por alto las

ciudades, temiendo que nuestra presencia sirviera de pretexto para tomar represalias. Nuestros exploradores, en cambio, iban casi a diario a los centros poblados y regresaban cargados de provisiones. Un día, mientras comía mermelada de moras de montaña untada sobre pan fresco, me di cuenta de que la comida que se da libremente sabe objetivamente mejor que la que se quita a la fuerza.

“Sobre la forma en que tomáis decisiones”, le pregunté a Sorros un día durante la cena, “¿entonces no hay nadie al cargo?”

–Se aprende rápido. De hecho, nadie nos ordena. Estamos aquí porque queremos –o porque nos parece necesario– y arriesgamos nuestra vida voluntariamente. ¿Cómo sería apropiado que me dijeran cómo debo morir? ¿No es mía la elección?

– ¿Cómo se hace algo?” No estaba preparado para abordar la cuestión ética que acababa de plantear, por la sencilla razón de que nunca había pensado en ello.

“Lo viste bien. Nos escuchamos y debatimos. Durante las reuniones del Consejo en casa, cuando hay mucha gente, se necesita tiempo para llegar a un consenso. Aquí en la Compañía Libre, estamos haciendo todo lo posible para acelerar las cosas”.

Asentí, pero realmente no entendí.

Aunque al principio ninguno de los miembros de la Compañía Libre se mostró amigable conmigo, tuve varios días para observarlos y diferenciarlos. Se han convertido en individuos y ya no son sólo un grupo de extraños armados y nerviosos, aunque tampoco hay nada de cierto en eso. A primera vista, la mayoría tenían poco más de veinte años, como yo, pero muchos tenían el pelo gris o blanco. La decana era una mujer de unos sesenta años. Muchos la respetaban aunque, sin duda, la temían en parte. La mayoría de las veces no decía nada, pero la gente la escuchaba cuando hablaba. Cabalgaba sola, al frente, alejada de los demás ancianos, con su rifle siempre a su alcance.

Y luego había un grupo de cinco adolescentes que pasaban todo el tiempo juntos. La más joven no tenía dieciséis años, la mayor posiblemente podría haberme convencido de que tenía veinte si lo hubiera jurado por su vida. Para ellos todo era un juego. Durante el día, se sentaban en algún lugar del campamento y se contaban historias o chistes que sólo ellos entendían. Por la noche, precedían a la compañía o se quedaban atrás, proclamando que “¡ha llegado la hora de la aventura！”, y se despedían de nosotros a la hora del almuerzo, a medianoche. Dos de los más jóvenes eran músicos y tocaban juntos la mitad del día, día tras día, ya fuera a caballo o descansando. Uno tenía una concertina, el otro un violín, y tocaban melodías frenéticas y complejas que no se parecían en nada a nada que yo conociera.

El resto de la milicia, para mi gran sorpresa, aceptó su irresponsabilidad como algo inevitable. Y aunque escuchaba a Nola quejarse de ellos de vez en cuando, nadie intentaba arruinarles la diversión. Por mi parte, aprecié la ligereza que aportaban a este viaje: me recordaban mi juventud salvaje y los meses que pasé huyendo de La Broyeuse.

Nadie sabía qué hacer conmigo; eso al menos estaba claro. Algunos me trataban como a un prisionero, otros como a un extraño. La mayor, Ekarna, fue probablemente la más cruel de todos. Era obvio que ella no confiaba en mí. Pero ella llevaba un collar de dientes humanos, un estilo que no había visto en nadie más, y estaba bastante seguro de que la desconfianza era mutua.

La tercera noche nos detuvimos en las ruinas de Sotoris y pensé que el corazón se me iba a salir de la garganta y quedaría entre los restos carbonizados del pueblo. Muchos lloraron mientras buscaban entre los escombros. Lamenté profundamente no haber muerto. Yo había causado esto. Había destruido una comunidad entera. No instalamos allí campamento, gracias al Cielo. Prefiero no imaginar lo que podría haber hecho.

Por extraño que parezca, este sentimiento de pecado renovó mi coraje antes del asalto a las fuerzas imperiales; Como ahora me importaba poco si vivía o moría, mi determinación se afirmaba tanto más. Todavía pasarían semanas, si no meses, hasta que las últimas chispas de

patriotismo se apagaron en mí, pero la quema de Sotoris y el sacrificio al que Dolan Wilder me había designado habían cambiado claramente mis prioridades. A medida que pasaban las noches heladas, a medida que avanzábamos por las montañas, sentí crecer dentro de mí un odio que no había sentido en años. Quería ver morir a Dolan Wilder.

Al cuarto día, mientras acampábamos bajo el dosel de un viejo bosque de arces, el joven de la concertina me invitó a sentarme con él y sus amigos. Se presentaron. Estaba Grem, el que vino a buscarme, y su hermana, Dory. Joslek, un joven apuesto y tímido para quien me sentía un poco mayor. Evana, la menor, que tocaba el violín. Y finalmente Desil. Ella fue a quien mejor conocí primero. Era una mujer fuerte, de ojos brillantes y con un halo de apretados rizos negros. Ella era sin duda la más sabia del grupo, e incluso la persona más sabia que he conocido, perdónenme por el desaire. No podía tener más de diecisiete años.

“Lloraste anoche en Sotoris”, me dijo. “Por qué?”

Empecé a contarle sobre mi expedición, pero ella me interrumpió.

“Sé todo eso. Estuve allí, te vi. Crecimos allí, los cinco. Los Hollorot, la familia a la que ejecutaron, eran mis primos segundos. Yo era amigo de Yor, el niño degollado. Pero no fuiste tú quien los mató.

- No hice nada para evitarlo.
- “Yo tampoco”.

Desil cortó una manzana por la mitad con el cuchillo de su bota y me ofreció la mitad. La tomé y la mordí. Era más ácido que dulce, pero madura de todos modos, y el jugo corría por mi incipiente barba.

“Tienes derecho a culparte a ti mismo, si te sirve de consuelo”, me dijo. “O si te gusta el dolor que te trae. Siempre y cuando puedas poner cierta distancia entre tú y tu país de origen, o los soldados que hablan tu lengua materna, entonces está bien. Pero cuando la culpa ya no te sirve de nada, será mejor que no te aferres a ella. De lo contrario, se pudrirá y te gangrenará desde dentro”.

Asentí sin decir nada. Después, monté con ella y sus amigos con tanta frecuencia como con Sorros y Nola. Iba con ellos durante la hora de la aventura, explorando calas heladas y escalando paredes rocosas a la luz de la luna menguante. Yo era mayor que ellos, pero como obviamente no tenía problemas en comportarme como un niño, ellos no tenían problemas en tratarme como tal.

Grem era de mi talla y me dio algo de ropa: unos pantalones de lana y una camisa larga. Lo que, después de todo, simplemente llaman “camisa larga”. Me sentí bien al

quitarme el uniforme, pero me quedé con el abrigo. Las capas de la milicia eran demasiado informes para mi gusto.

Una noche excepcionalmente fría, los seis subimos detrás de una cascada helada. Tenía las manos tan entumecidas que apenas sentí dolor cuando una piedra afilada me cortó el dedo a través del guante, pero habría corrido riesgos mucho mayores por tener la oportunidad de admirar este paisaje. Nunca había visto nada parecido. Las cataratas se habían fusionado en una única capa de hielo, un río helado de cristales de escarcha iluminados por la luna y, más allá, una depresión semicircular excavada en el acantilado por miles de años de escorrentía.

Grem caminó alrededor de la cueva con su concertina, midiendo la acústica, para encontrar el mejor lugar para tocar.

“Ten cuidado”, advirtió Dory mientras se acercaba a la cornisa cubierta de escarcha, la cascada congelada justo al alcance de la mano.

“Escucha”, dijo antes de tocar algunas notas largas y lentas, las más bajas de su instrumento. Estas resonaron como un bálsamo hasta mis huesos. Luego Grem aceleró el ritmo y comenzó un canto que, a los pocos minutos, se transformó en una alegre giga. Empezó a bailar.

Todos sonreían, excepto Dory que controlaba a su hermano pequeño como una madre cuida a su hijo. En el momento en que él resbaló, ella estaba sobre él, con los brazos extendidos, y lo agarró por la camisa. El sombrero de Grem voló por la entrada de la caverna.

Grem quedó colgado por unos momentos al borde del acantilado. El tiempo estaba tan congelado como la cascada. Luego, con un suspiro que resonó en el aire de la noche, Dory llevó a su hermano al interior.

Ambos colapsaron.

“Maldita sea”, dijo Grem, “eso no estuvo lejos”.

– “Ten más cuidado. Por favor”.

Esta escena era tan íntima que nosotros –al menos yo– nos sentíamos como intrusos. Me volví hacia Desil, no lejos de mí.

“Nunca sabré si debo dejar que la ansiedad se apodere de mí”, me dijo. “Porque no quiero caerme por un precipicio, pero no quiero dejar de mirar hacia abajo”.

Ojalá tuviera algo de sabiduría adquirida con la edad para poder transmitírsela.

Mis jóvenes amigos me describieron los puntos de referencia y los panoramas por los que pasamos. Me

enseñaron mucho sobre este país, aunque nunca podría decir con seguridad si hablaban con conocimiento de causa o si lo hubieran inventado todo. De cualquier manera, su asombro y entusiasmo fueron contagiosos y creo que llegué a amar las montañas. Lo suficiente como para que, a veces, casi me olvidase de que íbamos a la guerra. Un día montamos una sauna con lonas y la llenamos de vapor con piedras calientes antes de arrojarnos desnudos al frío casi insopportable del Geris. Otra noche, nos detuvimos en campo abierto para cenar a medianoche bajo una lluvia de estrellas fugaces.

Me quedé sin tabaco a medio camino de nuestro destino, y sólo después de exhalar el último aliento de mis pulmones me di cuenta de que ninguno de mis compañeros fumaba. Nunca he sido de los que lo toman más de una o tres veces al día, pero la perspectiva de la abstinencia me agitaba aún más.

La última noche fue sombría. íbamos muy juntos y todos tuvimos que hacer un esfuerzo sostenido para mantener la calma. Era luna nueva. El cielo estaba salpicado de estrellas, una desventaja para nosotros, pero observar las constelaciones se convirtió en mi principal fuente de consuelo mientras el miedo y el nerviosismo me anudaban el estómago y llenaban mi cabeza de pensamientos oscuros.

Los fuegos para cocinar eran visibles desde casi un kilómetro de distancia; al menos una docena habían sido

encendidas en el campo, en total contradicción con las instrucciones del general Wilder. Desmontamos y atamos nuestras monturas a los árboles.

“Acorta el ronzal a la mitad”, me aconsejó Nola mientras detenía al pony. Si no volvemos, ella podrá liberarse”.

Dos exploradores reaparecieron y nos reunieron en círculo. Formamos dos filas de quince, la primera en cuclillas y la segunda, de la que yo era uno, de pie justo detrás. Cinco personas miraban hacia afuera, escaneando la oscuridad en caso de que apareciera algún enemigo.

“Vimos a dos guardias al final del camino que conduce al promontorio”, dijo un hombre de piel negra, oscurecida aún más por el hollín. Juegan a las cartas alrededor de una pequeña fogata. Parecen borrachos, pero lo cierto es que están despiertos.

“Probablemente hay otros dos mirándolos”, sugirió Ekarna. Me encontré asintiendo junto con el resto de la Compañía Libre.

“Doro los olfateará y luego les cortaré el cuello”, dijo una mujer. Rascó a un perro detrás de las orejas, presumiblemente Doro.

“Envía una luz cuando hayas terminado o si no puedes encontrarla, nosotros nos encargaremos de esas cartas”, dijo el primer explorador.

“El resto de nosotros permanecemos escondidos y vigilamos”, dijo Nola. Si escuchamos disparos o hacen sonar la alarma, entramos en combate. En caso contrario, esperaremos su regreso antes de acercarnos discretamente”.

Todos asintieron. A la luz de las estrellas era imposible distinguir las caras. Además, varios milicianos se habían puesto máscaras. La identidad era irrelevante.

“¿Alguna objeción?” dijo una voz. No hubo ninguna.

“Nos superan en número”, advirtió Nola. Su voz adquirió una inflexión que yo no conocía; la general en ella, supuse. “Al menos diez a uno”. Pero esperan vernos allí abajo, en el campamento principal, y no nos esperan allí arriba, con la cabeza colgando por el borde. Entonces los tomamos por detrás, los empujamos y se acabó para ellos. Si en algún momento la lucha se vuelve a su favor, propongo que nos retiremos y nos reunamos en el campamento de ayer.

– ¡Estoy a favor!, dijo alguien.

– ¡Para! repitieron otras personas.

“Podemos hacerlo”, nos aseguró.

Con eso, el círculo se rompió. Sorros me entregó una capucha y mi viejo cinturón.

“¿Para el caso de que hubiera mentido?”, pregunté yo.

—Dijiste la verdad. Pero de lo contrario, te mataré”.

Avanzamos en grupos, a ras de suelo para ocultar nuestras siluetas, hasta que el explorador nos indicó que nos detuviéramos. Un perro y tres personas desaparecieron entre los árboles y esperamos.

Quiero describirles lo que fue ser paciente, consciente de que una señal marcaría tanto el inicio de las hostilidades como la pérdida de nuestra ventaja. Sabía que era un luchador en una guerra que mucha gente pensaba que no era la mía. Pero las palabras que me vienen no parecen encajar. ¿Tenía miedo? Tal vez. ¿Estaba estresado? Ciertamente. ¿Tuve cólicos y mi corazón se aceleró? Obviamente. Mi mente alcanzó esa brasa de odio dentro de mí; quería avivarlo hasta que ardiera como una llama. Pero ella insistió en escapar de mí. Y, sin embargo, sabía que era parte de algo más grande. Después de no poder encontrar coraje en mí mismo, lo busqué en los hombres y mujeres que me rodeaban. Tenía una pistola en la mano y una máscara en la cara, y juntos estábamos a punto de exterminar a personas que probablemente merecían morir.

No se oyeron gritos de alarma ni resonaron disparos en la noche. Las mismas figuras regresaron de entre los árboles y todo terminó: los centinelas habían sido silenciados. Seguimos avanzando hacia el promontorio.

Sorros, Nola y yo estábamos atrás. Mis jóvenes amigos, después de mucha insistencia, formaron la vanguardia.

Descubrí mi flagrante falta de talento para husmear entre los matorrales, y perdí tanto tiempo liberándome de las zarzas que todavía me sorprende haber llegado a tiempo para la batalla.

Una vez que llegamos al claro en lo alto de la cornisa, vimos docenas y docenas de tiendas bajas, algunas colocadas a lo largo del fuerte de tierra, otras dispuestas en círculos cerrados a su alrededor. Había hombres cerca de los morteros, pero, para mi gran alivio, estaban de cara al campamento de abajo.

“Nuestra misión es simple pero esencial”, nos dijo Nola a Sorros y a mí. Nos quedamos atrás por este camino y disparamos a cualquiera que lleve uniforme. De esta forma protegemos nuestra puerta de salida mientras bloqueamos la de ellos”.

Asentí. No parecía tan fácil como ella lo hacía parecer. De todos modos revisé mi arma. Nunca había tenido una en mi vida, pero ahora no era el momento adecuado para sacar el tema. El arma estaba cargada y yo conocía el principio básico.

Cuatro figuras confusas que portaban antorchas emergieron del bosque a cada extremo del claro y lo

cruzaron hacia el campamento. En cuestión de segundos, las tiendas del exterior estaban en llamas y las dos parejas de pirómanos se acercaron el uno al otro, encendiendo el más mínimo trozo de lona a su paso. Antes de llegar a la mitad del camino, veinte bandidos y dos docenas de perros salieron corriendo y gritando de entre los árboles. Entraron al campo y se escucharon explosiones.

Aullidos de miedo llenaron el aire. Un hombre vestido con ropa de dormir ardiendo vino por el camino hacia nosotros, pero Sorros lo mató antes de que pudiera levantar mi arma.

Odio los tiroteos. Lo sé ahora. Esto no tiene nada que ver con una pelea callejera. No me gusta que me disparen, y menos aún me gusta dispararle a alguien. Especialmente cuando golpeas a tu objetivo en la cara y su expresión permanece congelada mientras cae, para no volver a levantarse nunca más. Incluso cuando tengo antipatía por la persona. Y aunque sea un extraño. Pero debí haber disparado a unos treinta enemigos esa noche, y probablemente maté a cuatro o cinco de ellos.

Sus rostros están más claros en mis sueños que en la realidad, pero no es miedo ni culpa con lo que me despierto: sólo inquietud.

La batalla duró más de lo que esperaba. La mayoría de los enemigos murieron o resultaron heridos de muerte durante

el primer asalto, pero algunos encontraron refugio en el fuerte.

Poco antes del final, dos soldados más salieron de las tiendas en llamas hacia el camino que estábamos custodiando. Nola derribó a uno, pero el rifle de Sorros se atascó mientras apuntaba al segundo. Disparé a menos de tres metros de distancia y se desplomó en el suelo. Una tercera figura, un hombre alto, pasó corriendo. La luz de una detonación iluminó su rostro: era Wilder. Levanté mi cañón y me gusta pensar que me vio, incluso me reconoció. Sorros lo golpeó en el corazón y cayó hacia atrás con un gemido que normalmente no habría escuchado en medio del estruendo de la pelea.

Dejé la cobertura de los árboles y corrí hacia él. El hombre que conquistó Vorronia murió en la montaña. Asesinado a tiros por un campesino armado con un rifle robado. Estaba en ropa de dormir y con el sombrero de copa bajo el brazo.

Estaba cansado de esconderme y caminé hacia el campo de batalla. Incluso el infierno habría palidecido ante el caos que reinaba entre las tiendas. Había cadáveres rotos por todas partes. Un perro le estaba comiendo la cara a un hombre. Otro se paró cerca del cuerpo de su maestro y gritó hasta morir. Dos soldados me dispararon. Al primero lo maté, creo, y al segundo le disparó una mujer que sangraba por la nuca y apenas podía mantenerse en pie. Oí una explosión y, a través de la nube de humo, vi a la milicia

corriendo por un hueco en el muro del fuerte. Desil lideró la carga y cayó primero, baleado en la cabeza por un hombre que iba a morir inmediatamente después.

En cuestión de segundos todo terminó. Los últimos restos de las fuerzas de Su Majestad salieron con las manos en alto y fueron despojados de sus armas y uniformes antes de ser puestos bajo vigilancia.

Habíamos ganado. Los muertos estaban por todas partes, tanto los nuestros como los de ellos, y los heridos gritaban de dolor o miraban fijamente sus heridas. Había muchísimos heridos en nuestras filas, incluyéndome a mí, de hecho. Una bala perdida, quienquiera que la disparara, me había alcanzado en el brazo derecho cerca del hombro.

Finalmente se alzaron vítores: un clamor irregular, a pleno pulmón, desgarrador y áspero. Me uní. Luego perdí el conocimiento.

Capítulo VII

Me despertaron los gritos, el frío y el dolor. El sol se filtraba a través de las paredes de lona de la tienda médica e iluminaba la escena que se desarrollaba cerca de mí. Grem estaba dando vueltas en el catre cercano, retenido por un asistente y por su hermana, Dory. Ekarna actuó como cirujana, con un delantal negro cubierto de sangre sobre su terrosa ropa miliciana. Ella sostenía una sierra para huesos y estaba trabajando para cortarle la pierna al joven a la altura de la rodilla.

Me derrumbé. Había luchado con éxito contra el pánico durante varias semanas, pero ahora era demasiado. Empecé a jadear, debatiéndome entre la huida y la parálisis. Fue lo segundo quien ganó. Debajo de los gritos de Grem, escuché el chirrido de la sierra sobre el hueso. Me volví hacia el otro lado y comencé a temblar. El dolor en mi hombro empeoró.

Pero era mejor sufrir que no tener brazos. Quería levantarme, pero mi cerebro no me permitía moverme.

Una mano tocó mi hombro... mi hombro bueno. “Todo va a estar bien”, me susurró Nola.

– ¿Oh sí? ¿Y cómo?” Alcancé a decir, sin mirarla. Los gritos detrás de mí cesaron, reemplazados por una respiración pesada y frenética.

“Ekarna ha hecho esto antes”, respondió. Había estado hablando, y especialmente leyendo vorroniano desde los trece años, pero mis poderes de comprensión me habían abandonado en ese momento, y me llevó mucho tiempo comprender el significado de sus palabras. “Ella es cirujana en Hronople, en el mejor hospital de Hron. Y Grem no siente dolor, el éter alivia el dolor.

– Los gritos...

– Un efecto secundario del éter”. Para empeorar las cosas, nunca había escuchado el término “efecto secundario” en su idioma y tuve que adivinarlo por el contexto. Afortunadamente, “éter” era una palabra prestada del vorroniano.

“Quiero mi brazo”.

“Nadie te va a amputar”, me aseguró. “Tuviste suerte. La bala pasó directa. Y si la herida no se infecta, podrás conservar el brazo”.

Me volví hacia Nola. Detrás de ella, Grem había perdido el conocimiento. Ekarna terminó y estaba limpiando sus herramientas en el fregadero. Dory tomó la mano de su hermano y miró fijamente donde había estado su pierna.

Me acordé de Desil y comencé a llorar incontrolablemente. Nola, avergonzada, se fue, pero Dory tomó mis dedos con su mano libre y también sollozó en silencio.

Como estaba consciente y mi vida no corría peligro, me pidieron que abandonara la tienda del hospital después de que Ekarna cerrara las heridas de entrada y salida de la bala con hilo negro y me inmovilizara el brazo con un cabestrillo. Una vez afuera, me concentré en mi respiración, en la nube de vapor que se elevaba frente a mí con cada exhalación. A su alrededor, mujeres y hombres llevaban a cabo las tareas que acompañan a una victoria ganada con tanto esfuerzo.

Después del censo, treinta milicianos apoyados por veinticuatro perros habían matado a ciento siete soldados y habían capturado a veinte; lo que significaba que al menos cincuenta habían podido escapar. Ocho de los nuestros estaban muertos: Desil, Evana, Yormos, Talli, Astos, Reu, Molisha y Lilt; así como seis perros. Los heridos fueron doce.

Se preguntó a los prisioneros si querían enterrar a sus compatriotas, pero se negaron. Los soldados fallecidos, con excepción de Wilder, fueron amontonados sobre un montón de madera y cremados en el fuego más grande y vil. Lo habría llamado “pira funeraria”, pero no hubo funeral. Sorros y otro supervisaron la liberación de los cautivos en grupos de cuatro, dos heridos y dos sanos, para que pudieran salir de Cerracs. Les informaron que si volvieran a poner un pie en la montaña, esta gracia no les sería concedida por segunda vez. Algunos parecían endeudados, otros lanzaban miradas asesinas, pero aun así todos fueron liberados.

Un hombre, a quien reconocí como el mozo de cuadra que había conocido el día de mi llegada a la región, no me quitaba los ojos de encima ni un solo momento. “Te encontraremos, Dimos Horacki”, dijo con voz ronca, achacándolo a la mordedura del perro que le había roto la clavícula, “y te mataremos. ¿Tu familia, en Borolie? Te estarán esperando al final de una cuerda”.

Por primera vez en mi vida me sentí feliz de ser huérfano de guerra.

“El imperio nunca perdona a los traidores”, continuó. No va a dejarte ir...”

Nunca terminó la frase: Nola le apuntó con el cañón de su arma bajo la barbilla y disparó, expulsando una niebla de

sangre al aire. En un perfecto borolian con un acento encantador, anunció: “Si alguien más desea amenazar las vidas de los no combatientes, ¡ahora es el momento!”.

Como era de esperar, nadie dijo una palabra.

Un prisionero capturado expresó su petición de repatriar el cuerpo de Wilder, pero fue rechazada por unanimidad. “Vamos a cubrir su cadáver con sal”, dijo una mujer con fuerte acento. Aunque los muertos no sufren tanto como los vivos”.

La compañía pasó horas cavando en el terreno pedregoso hasta que pudimos enterrar a nuestros ocho compañeros, y cuando se puso el sol nos reunimos para despedirnos de ellos.

“Venimos de la tierra”, recitó Grem desde una camilla sostenida por dos de sus amigos, “y regresaremos a la tierra”. Dory arrojó la pierna de su hermano al pozo. Ekarna sacó un diente de su collar, lo besó y también lo tiró. Luego, todos juntos, menos los heridos, enterramos a nuestros muertos.

El incendio en el promontorio todavía ardía, así que trasladamos nuestro campamento hacia el bosque.

Me desperté dolorido y miserable. Tenía frío, me sentía solo y había soñado con mi hogar. Me arrastré fuera del catre, me puse mi ropa de lana y salí al aire de la mañana.

Ekarna vino a verme durante su recorrido y me ayudó a ponerme el cabestrillo nuevamente alrededor de mi brazo, mientras me regañaba por quitármelo por la noche.

“¿Cuáles son las prioridades?” preguntó alguien durante el desayuno. Todos estaban embarrados y privados de sueño.

“Necesitamos hacer un inventario de nuestras reservas y las de ellos”, respondió otra voz.

“Grem y yo nos encargaremos de ello”, anunció Dory.

“Gracias”, le dijeron.

– Necesito ayuda para alcanzar a los fugitivos, dijo un explorador. Los seguiremos durante unos kilómetros, solo para asegurarnos de que no se reagrupen para contraatacar”.

Varias personas se ofrecieron como voluntarias.

Los demás se dividieron las tareas mientras devoraban salchichas. Alguien me pasó una taza de hojalata llena de café; no había tomado uno desde que fui rescatado por la milicia. Era fuerte, oscuro y delicioso.

Sorros y yo nos ofrecimos a recoger tantas cosas como fuera posible del campamento principal de los soldados y ofrecimos una mano para llenar las carretas con provisiones, municiones y todo lo que constituía nuestro botín de guerra.

Subí a bordo todo el tabaco que pude encontrar. Sin embargo, no hemos tocado los diarios de las bases, ni lo que, dentro del imperio, ocupa el lugar de los “objetos de valor”. Le pregunté a Sorros por qué y me dio una explicación.

“Tomamos lo que nos falta de aquellos a quienes vencemos, y nada más. No veo por qué necesitaría los pendientes de un hombre muerto o las cartas que le envió su esposa. Tal vez algún día uno de sus amigos encuentre sus cosas y se las envíe a su familia, o tal vez no. Pero no seré culpable de impedirlo”.

Las posesiones de Wilder, por otro lado, no han recibido tanta reverencia. Conservamos sus registros así como su correspondencia, y Sorros empezó a usar su chistera. Fue él, como me señaló, quien había derribado el flagelo de los Cerracs. Me regaló su viejo sombrero de fieltro aplanado, que acepté con mucho gusto y que he usado a diario desde entonces. Más tarde doné mi propio sombrero a Grem.

“Entonces, ¿eres un héroe ahora?” Le pregunté a Sorros.

Tenía una gran sonrisa. “La gente eventualmente me olvidará, como tú. No soy un héroe. Simplemente decidí que sería yo quien se quedaría con el sombrero”.

Pero si bien Sorros fue ampliamente aclamado y yo gané un prestigio considerable dentro de la Compañía Libre de Andrómeda Azul, la verdadera heroína a mis ojos era Desil

Tranikfel, una guerrera de dieciséis años que se había criado como pastora de cabras en la aldea ahora destruida de Sotoris. Era una joven de un valor excepcional, pero también era mi amiga, aunque fuera brevemente.

Una vez que llegamos a mi vieja tienda, faltaba mi baúl de viaje o lo que fuera. Encontrar un disfraz nuevo era la menor de mis preocupaciones.

Esa noche, durante la cena, los exploradores nos dijeron que los desertores no se habían reunido, sino que habían tomado el camino que los alejaba de las montañas. Nuestra discusión giró hacia el futuro.

“Entonces, Dimos”, me preguntaron, “¿qué hará el Rey ahora?”

Había estado pensando en ello todo el día y mi respuesta ya estaba lista. “Su Majestad elevará a Wilder al rango de héroe y todo el país estará de luto. Los periódicos manipularán la opinión contra ustedes –contra nosotros– y llegará el momento, en primavera, tal vez en verano, en que el ejército llegará con sus cañones para “civilizar” este lugar. No será un espectáculo agradable.

–¿Cuántos serán?

– Su Majestad comanda una infantería de treinta mil soldados en tiempos de paz, en comparación con los cien mil en el apogeo de la Guerra Vorroniana, la mayoría de los

cuales pueden ser llamados al servicio activo. Si moviliza la marina, serán veinte mil hombres más”.

La noticia no fue bien recibida. Alrededor del fuego, los rostros estaban sombríos.

“Sólo cien mil personas viven en Hronople”, dijo Sorros, “y otras tantas en todas las aldeas, todas las ciudades y todas las granjas del país juntas.

–¿Cuántas tropas podéis reunir?

– No somos “tropas”, replicó Ekarna. Somos mujeres y hombres libres.

–¿Cuántos están listos para ir a la batalla?

“Unos dos mil han sido entrenados en la milicia y tienen un arma”, respondió Sorros. Y la mayoría de los adultos sanos lucharán, con un poco de perseverancia.

“Un campesino con una lanza no es rival para la caballería”, protestó alguien.

– Tendremos que proporcionarles armas.

– ¿Para que se disparen por accidente?, se burló alguien más.

—En Karak hay entre cinco y diez mil habitantes, dijo Dory, y dudo que la presencia del imperio les agrade mucho más que a Hron.

“Que se joda Karak”, escupió Sorros.

— ¿Karak?” Repetí, pero nadie me contestó.

Y a continuación, la Compañía Libre de Andrómeda Azul, que acababa de obtener una brillante victoria, empezó a discutir.

“No hay nada que podamos hacer”, dijo Nola. Sólo tenemos unos meses para reunir un ejército y repeler al enemigo. Que haya quince mil o cien mil hombres contra nosotros, eso no cambia nada de lo que tenemos que hacer.

“La general tiene razón”, dijo Dory. Podemos movilizar a Hron para ir a la guerra.

“Podemos atacar primero, incendiar sus campos y sus casas”, recomendó alguien.

“Podríamos fortificar los pasos en las montañas”, sugirió Grem.

“Podríamos rendirnos”, dijo Sorros.

Nola lo miró como si fuera un completo extraño. “¿Quieres rendirte?

– No. Eso no es lo que estoy diciendo. Soy de la opinión de que los combatiremos hasta que hagan trizas a nuestros miembros con su artillería; y aun así deberíamos seguir golpeándolos con nuestros huesos rotos hasta desgarrarles la carne y pintar la nieve con su sangre. Pero no quiero descartar ninguna posibilidad todavía. Por dos razones: primero, si uno de nosotros tiene la idea de capitular, entonces alguien más entre los que intentamos unir a nuestra causa también la planteará. Sin embargo, si esto no es posible para nosotros, tendremos que poder convencerlos. Y segundo, bueno, probablemente no sea concebible para nosotros, pero podría serlo. Y sólo porque nos hará parecer débiles no significa que no se convierta en la mejor opción en algún momento.

– Me gusta el pasaje donde hasta nuestros huesos hacen todo lo posible para matarlos, se rió Nola. Prefiero ese plan.

– ¿Quién de la Compañía Libre de Andrómeda Azul luchará contra los agentes del imperio hasta su último aliento, o incluso después?, sugirió alguien.

– ¿Es esto una propuesta?

– Sí.

– ¿Alguna objeción?"

No hubo ninguna.

“¿Todos están de acuerdo? –Preguntó Dory.

– ¡Está bien! respondió la asamblea.

–En ese caso, ¡inventemos algunos métodos asombrosos para asesinar a los imperiales!” Dijo Nola y todos se rieron.

El cer no diferencia entre “matar” y “asesinar”. El mismo verbo abarca ambos conceptos. A día de hoy todavía no sé si se trata de una voluntad política o de un descuido. Tampoco sé qué significado quería darle Nola mientras las llamas de la fogata lamían el aire de la montaña.

Pasamos el resto de la noche haciendo una lluvia de ideas, una actividad popular en la Compañía Libre. Poco a poco, las ideas serias fueron escaseando y, poco después de que Dory sugiriera disfrazar a los avestruces con uniformes imperiales para difundir el rumor de que éramos magos capaces de transformar a los humanos en animales, me metí debajo de mi tienda para escribir mis notas a la luz de una lámpara. Querían un periodista y yo tenía mucho sobre qué escribir.

Una hora más tarde, apagué la luz y me acosté boca arriba con las manos detrás de la cabeza. Me tomó un tiempo quedarme dormido. Un mes antes, me levantaba todas las mañanas al amanecer para ir a un trabajo que odiaba, con un hombre que apenas podía tolerar. Quince días antes, viajaba en compañía de los peores bastardos que jamás

había conocido. ¿Pero en este momento? Me sentía libre. Agotado, asustado, herido y libre.

Capítulo VIII

Los disparos cercanos me despertaron sobresaltado. Seis, tal vez siete detonaciones a corta distancia, combinando disparos de rifle y pistola. Con mi tienda a oscuras, de repente levanté la trampilla de entrada y vi la explosión de un arma en la línea de árboles. Cogí los pantalones, cambié de opinión y me puse las botas: caminar descalzo por las montañas en una noche de enero era tan mortal como una bala. Salí de la tienda en calzoncillos con mi revólver cargado a mi lado.

Inmediatamente, una mano cubrió mi boca. Una pistola me apuntó a la cabeza. Mi atacante invisible me empujó hacia atrás, haciéndome perder el equilibrio y retrocedió hacia el borde del bosque. Mi herida se volvió a abrir y grité por reflejo.

“Grita de nuevo, rata sucia”, dijo mi captor en un boroliano indicativo de su pertenencia a la alta sociedad. Dame una buena excusa para dispararte”.

Escuché el galope de un caballo, luego el sonido pesado de una espada cortando carne, y el arma cayó de un solo golpe. Mi captor se desplomó detrás de mi espalda, sus dedos bloquearon mi boca haciéndome caer encima de él. Luché por liberarme de su agarre y rodé al suelo, temblando como una hoja.

A la luz de las llamas, Ekarna apareció en su montura, con un sable ensangrentado en la mano. Al volverme hacia el bosque, vi a tres hombres vestidos de verde y dorado. Le vacié mi revólver a uno de ellos mientras se acercaban hacia el campamento y, muy rápidamente, los otros dos también cayeron. Dos milicianos, imposibles de identificar en la oscuridad, se precipitaron entre los árboles.

“¡El camino está despejado!” –gritó Nola.

– “¡Informe!” ordenó Ekarna, desmontando. Naturalmente, la Compañía Libre se reunió alrededor de la única fuente de luz que aún ardía: el fuego de vigilancia. Tres exploradores con perros corrieron hacia el bosque y cinco personas miraron hacia afuera mientras el resto miraba dentro del círculo.

“Estamos todos aquí”, dijo Sorros. Ese es siempre el caso.

“Vinieron por mí”, dije. Soy un traidor.

– ¿Así es como te ves? Me preguntó Nola.

– “No sé. Tal vez. Pero no creo que deba lealtad a un imperio porque la casualidad quiso que yo naciera en su territorio”. Fue la primera vez que consideré las cosas desde este ángulo.

Ante esto, Nola asintió.

“Éstos eran cuatro de los hombres que liberamos”, observó un explorador en el camino de regreso. Debieron haber hecho un amplio círculo después de que los soltáramos.

“No podemos quedarnos aquí”, advirtió Dory. No estamos en condiciones de luchar.

–¿Hay algún herido? –Preguntó Ekarna.

“Mi herida se ha reabierto”, dije, y nadie dijo nada.

Entonces, Ekarna y yo dejamos el círculo para ir a la tienda hospital. La vieja cirujana encendió una linterna y volvió a limpiar la herida antes de coserla.

“Gracias”, dije.

– No fue nada”.

Permanecí en silencio unos minutos, luchando contra el dolor.

“Sé que no te agrado mucho”, comencé.

–No, está bien. No confío en ti, eso es todo. Es difícil tener fe en un renegado.

–¿Hay algo que pueda hacer?”

Ella dejó escapar un suspiro. “Honestamente, no. Sin duda eres un muy buen joven y me alegro de que lo hayas hecho. Salvaste mi vida advirtiéndonos de la emboscada, tan seguramente como yo salvé la tuya esta noche. Es solo que... no lo sé. Probablemente sea injusto para ti.

– Tampoco es que el bando contrario me considerara uno de los suyos.

– Es verdad, no tengo ninguna duda. Y en cuanto a los jóvenes aquí, están de acuerdo: entienden lo que usted dijo acerca de no tener obligaciones con el campo en el que nació. ¿Pero yo? Creo que, en alguna parte, este es el caso. Debo ser anticuada. Bueno, si eres un renegado, al menos eres nuestro renegado. Y si tengo la oportunidad, haré todo lo posible para mantenerte con vida. Pero no dejes que te hagan cambiar de camisa otra vez”.

Cortó el cable y miró la herida de salida de bala en la parte posterior de mi hombro.

“¿De quién son estos dientes?” “Pregunté asintiendo hacia su cuello.

Ella se rió, lo cual fue la primera vez para mí. “¿Me creerías si te dijera que pertenecían a los hombres que maté?”

– “Sí”.

Ella se rió más fuerte, tan fuerte que tuvo que parar.

“Estos son los dientes de mi difunta esposa. La madre de Sorros. Puede que te parezca macabro, pero era una tradición de donde yo vengo.

– Entonces, ¿tú y Sorros...?

– “Soy la esposa de su madre biológica, sí. Lo que también me convierte en su madre. Y si te atreves a decir que nos parecemos, te meteré el dedo en la herida”.

Me reí. Terminó de curarme y luego preparó un poco de té. “Por tu lesión”, dijo. “Y para tus nervios”. Mientras tomaba pequeños sorbos de su medicina fuerte y amarga, ella me acompañó de regreso a mi tienda. Delante de la solapa, me entregó una bolsa de cuero que contenía hierbas y me dijo que las masticara antes de hacer una cataplasma, una vez al día, al cambiarme las vendas. También me dio una bolsita de opio para el dolor.

“Una bala quema al mismo tiempo que perfora”, me explicó. Y es profundo. En caso de infección bacteriana, tendrás suerte si sólo pierdes el brazo. Así que límpiala y vístela bien, si valoras la vida”.

Ella apretó mi mano entre las suyas con deseo de buenas noches, me llamó renegado y regresó a su tienda.

Dormí bien esa noche gracias al opio. Mi brazo sólo me palpitaba horriblemente si hacía algo estúpido, como moverlo, acostarme sobre él o pensar en ello.

Salimos por la mañana. La resolución más consensuada que tomamos la noche anterior fue que no podíamos quedarnos quietos. Parte de la Compañía quería regresar al campamento base y seguir patrullando la zona. Otros querían reconstruir Sotoris. Por mi parte, Nola y Sorros me llevaron a una especie de campaña de reclutamiento. Debíamos ir a Hronople para convocar un consejo de guerra.

No fue necesario convencerme mucho para hacerme ver los beneficios de este plan. No podía esperar a conocer mejor a Hron y, aún más, no podía esperar a sumergirme en un agradable baño caliente y afeitarme. Se avecinaba una ola de frío y no tenía intención de quedarme atrapado en el campamento de la milicia durante meses.

Estaba montando un ruano azul que le habíamos capturado al enemigo. No sin orgullo, terminé

acostumbrándome a la vida sobre una silla de montar, y había elegido esta montura porque me recordaba a la que me habían confiado el primer día, para llevarme al campamento imperial. Sin embargo, no había previsto el violento dolor que atravesaba mi brazo con cada paso que daba. Con la ayuda de Nola, logré sujetarme a la silla por si perdía el ojo.

Dory y Grem viajaron con nosotros. Por mucho que odiara admitirlo, la guerra había terminado para él y Dory sólo se había unido a la Compañía para proteger a su hermano menor. La campaña de reclutamiento fue idea de Nola pero, como ella misma era una outsider, no llegaría muy lejos sin Sorros. En cuanto a este último, no parecía disgustado por dejar atrás la nieve.

Nos despedimos del resto de la Compañía. Grem y Dory intentaron convencer a Joslek para que se uniera a nosotros, pero fue en vano. Insistió en luchar. La mitad de sus amigos estaban muertos a manos del invasor, y cualquier cosa que pudiera hacerle perder la oportunidad de disparar al verde y al oro era puramente inaceptable.

Ekarna nos dio a Grem y a mí más hierbas, vendajes limpios e instrucciones estrictas sobre cómo limpiar nuestras heridas y controlar el estrés. También recomendó que Grem llegara a Hronople en uno o dos meses para que le pudieran colocar una prótesis.

Salimos con cinco caballos para cinco jinetes, Grem y Dory montaban dos. La montura adicional llevaba provisiones. Nos acompañaban dos perros: Sansón, una enorme bestia de pelo negro, y su hermana moteada, Demoiselle, nombrada así en boroliano, a modo de burla. Siguiendo el ejemplo de Dory, comencé a llamarlos Salaz y Repugnante. Ambos fueron un gran consuelo para nosotros.

“El invierno llega tarde a los Cerracs”, me informó Sorros durante el viaje.

– ¿No es ya invierno?

– Es sólo enero. La nieve pronto caerá de verdad y pondremos los caballos en el establo hasta que se derrita. Tendrás que viajar con esquíes o mantenerte abrigado en casa. Muchos jinetes atrapados en la ventisca nunca regresan, y más de uno ha tenido que recurrir a comerse su montura. Las avalanchas a principios de primavera son aún peores. Mi abuela dice que un día un pueblo entero quedó enterrado bajo la nieve, y no es raro ver desaparecer una granja cada año en Hron. En la ciudad no es tan malo: las tuberías geotérmicas calientan las casas y los pasillos cubiertos”.

Asentí, aunque realmente no entendía. Yo era boroliano... ¿qué sabía yo del invierno?

“¿Estás tratando de asustar a los extraños?” –Preguntó Dory.

- De ninguna manera.
- “Avísame si cambias de opinión”.

Pronto llegamos a la carretera principal, que empezaba a resultarme familiar. Allí, a la derecha, había un gigantesco álamo temblón muerto. A la izquierda, tres rocas de granito se alzaban sobre la carretera y proyectaban largas sombras en el crepúsculo. Cruzamos tres puentes sucesivos, todos construidos de piedra y que parecían tan antiguos como la tierra que pisamos.

“Entonces, ¿adónde vamos?”, pregunté yo.

“A Moliknari”, respondió Nola. “Es un pueblo a tres días de subida desde aquí”.

Sorros negó con la cabeza. “Deberíamos empezar con Holl. Moliknari es demasiado pequeño, no merece la pena”.

– Pero está más cerca y la próxima semana organizarán el Festival de Invierno.

“Nadie peleará en Moliknari”, protestó Sorros. Parecía agitado. Nunca lo había visto en este estado. “Son paletos. No saben la diferencia entre un pistola y una lanza”.

– ¿Paletos? ¿Y tú entonces? Se preguntó Nola, mientras su voz subía gradualmente de tono.

“Sí, yo también”, dijo Sorros en un tono más suave. Yo soy de allí. Y no creo que debamos ir allí pronto sino al final. Éste no es un lugar seguro”.

Continuamos en silencio durante uno o dos minutos, los pasos de los caballos marcaban el paso del tiempo.

“Bien, iremos a Holl”, asintió Nola.

– ¿No tenemos voz y voto? –Preguntó Dory.

– Sí, claro. ¿Qué opináis?

“En realidad, no me importa”, dijo Dory. Sólo quería asegurarme de que tuviéramos voz.

“Creo que...” comenzó Grem.

“A quién le importa lo que pienses, Grem”, interrumpió Dory.

Se echó a reír y parecía la primera vez que lo veía sonreír desde la batalla.

“Deberíamos acampar en algún lugar agradable esta noche”, sugirió Grem. “Aunque eso signifique no ir más lejos por hoy. Cerca de una cascada o en una arboleda de árboles centenarios”.

Sorros Ralm nos atrapó a los dos. A media tarde abandonamos la carretera para seguir una pista de caza que nos internaba en el bosque, entre troncos retorcidos. Como nos explicó, la mayoría de los bosques maduros sólo son densos y enredados en los tres o cuatro metros exteriores. Más allá, donde los rayos del sol son cada vez más escasos, crecen menos plantas y el camino se aclara considerablemente. Cabalgamos entre los helechos y pasamos por encima de ramas muertas cubiertas de musgo hasta llegar a un claro abierto rodeado por veinte robles centenarios. No muy lejos se oía el rugido ahogado de una pequeña cascada.

Tan pronto como me detuve, me bajé del caballo, exhausto. Me dolía el hombro y me sentía más débil que nunca. Dory ayudó a su hermano a bajar de su montura y él y yo nos tumbamos en la hierba, agradeciendo al cielo por la bienvenida quietud. Fumamos opio mientras los demás ataban las lonas, preparaban la comida y colgaban las provisiones en alto para mantenerlas fuera del alcance de los osos.

Repugnante se acercó y se acurrucó entre nosotros dos, en una posición ideal para que yo pudiera rascarle la cabeza mientras Grem hacía lo mismo justo encima de su cola.

“¿Por qué estoy feliz?, me preguntó Grem.

– ¿Cómo es eso?

– Ekarna me cortó la pierna ayer. No, ayer no, anteayer. Ya no lo sé. No importa. Ella la amputó y la vi hacerlo. Y luego están Evana y Desil... No debería estar tan despreocupado.

“El dolor va y viene”, le dije. Apenas seis años mayor que mi amigo y ya estaba intentando hacerme el sabio. Pensé en mis padres, a quienes había perdido durante la guerra. “Viene en oleadas, porque todos merecemos un poco de felicidad a veces.

– “Matamos a esta escoria”. No sabía si me escuchó o no. “¿No es así?” Estos hijos de bastardos que aterrizaron en Hron como si tuvieran todos los derechos.

– Es cierto.

– Eso me hace feliz. Y la cascada, la puedo escuchar desde aquí. Ni siquiera necesito verla. Sé que ella está ahí. Y todos estos árboles. Y esta noche tendremos muchas estrellas.

– Leí que en las Islas del Cielo los habitantes creen que cuando morimos, nuestro espíritu elige una estrella, o es elegido por ella o algo así, y sube para unirse a ella. Consuma nuestra alma y las que más atraen son las que más brillan. Me recuerdo a mí mismo que se supone que esto es algo bueno”.

Grem se echó a reír. “Para Hron, bueno, supongo que cada uno tiene una idea diferente al respecto”.

–Y tú, ¿qué dices al respecto?

“Creo que mis amigos están muertos, eso es todo”, respondió. Lo único que queda de ellos es esta conversación, sus cuerpos pudriéndose en la tierra y los restos de libertad que nos trajeron a través de su sacrificio.

- Trocitos de libertad, eso me parece una herencia digna.
- Preferiría un paraíso. No quiero morir.
- Así que evítalo, al menos por un momento”.

Él se rió más fuerte.

Pero esa noche las estrellas permanecieron ocultas. Las nubes se habían acumulado. Cenamos alrededor del fuego (avena melosa con remolacha frita y ñame), abrumados por una sensación de frío y un cansancio intenso.

“Se acerca una tormenta de nieve”, dijo Nola.

“Estás equivocada”, respondió Sorros.

–N os va a caer encima.

–Te digo que no.

“¡Cállaos, los dos!” Dory los interrumpió. ¡Estoy agotada, me duele por todos lados y será mejor que lo dejéis pasar!”

Dejaron el asunto. Seguimos charlando, pero no había alegría y pronto estábamos acurrucados en nuestros sacos de dormir en círculo alrededor de las llamas.

La tormenta estalló antes del amanecer. El viento despertó a los perros quienes a su vez nos despertaron a nosotros. Los primeros copos eran pesados y húmedos, y cuando salió el sol, habían caído treinta centímetros de nieve.

“¿Qué hacemos? Pregunté mientras Nola reavivaba el fuego.

“Estamos recogiendo leña”, respondió Sorros. En la medida de lo posible, antes de que todo esté cubierto. Cuelga más lonas para convertir el pabellón en una tienda de campaña. Y trae los caballos, nos mantendremos unidos.

—Si tienes dioses, dijo Nola, te sugiero que ores.

“No te tomé por alguien que cree en el poder de la oración”, observé.

— Lo que creo es que la oración tiene el poder de tranquilizar a los fieles.

— Tenemos comida para cuatro o cinco días más, nos dijo Sorros; menos, si los caballos no tienen nada que pastar y hay que alimentarlos.

“Matar a los caballos está fuera de discusión”, advirtió Dory.

“Por ahora”, dijo Nola.

—¿Se acaba ya esta mierda?”, explotó Grem. Estábamos de pie, pero él, debido a su lesión, permaneció en su saco de dormir. “¡Empezar a trabajar!”

Me ofrecí como voluntario para ayudar a Dory a apretar las lonas mientras Nola y Sorros iban a buscar leña. Apreté los nudos, con cierta dificultad debido a mi grueso guante de lana y al tener que usar los dientes ya que sólo tenía una mano buena. El viento era feroz y en poco tiempo estaba temblando por todos lados.

“Saldremos de esto”, me animó Dory, colocando una mano en mi espalda.

El mismo gesto que mi madre. Ella también hizo esto para tranquilizarme. Incluso cuando ella misma no lo creyese.

Nos llevó horas erigir las paredes de nuestro pabellón e instalar los soportes en su interior. Estaba empapado. Siguiendo el consejo de Grem, reavivé el fuego, colgué mi ropa para que se seca y me acurruqué bajo unas mantas. Unos minutos más tarde ya estaba dormido, pero me desperté varias veces durante la noche, convencido de que el más mínimo ruido en el bosque significaba mi muerte.

La tormenta azotó todo el día; por la noche, la visibilidad exterior era nula. Los caballos estaban inquietos, como nosotros. Sólo Salaz y Repugnante, criados precisamente en previsión de este tipo de situación, mantuvieron su moral alta.

Mucho después de que mi cuerpo cediera por el dolor, el frío y el miedo, Nola, Sorros y Dory continuaron. Recogieron montones de nieve para formar cortavientos y se turnaron para calentarse cerca de las llamas. Nola se hizo cargo de los caballos. Sorros preparó tres comidas. Y mientras afuera el viento rugía y los árboles crujían bajo el peso de la nieve y caían al suelo a nuestro alrededor, Dory le leía a su hermano.

Cuando llegó la hora de cenar, teníamos un nido acogedor y, mientras comíamos, logré olvidar mi desgracia y volver a ponerme la gorra de periodista.

“¿Puedo preguntarte sobre Hron?” Pregunté después de vaciar mi plato de verduras de invierno y avena.

“Por supuesto”, dijo Dory.

—Está bien, entonces, ¿qué es?”

Nola sonrió. Dory se echó a reír.

“Eso es por lo que luchaste”, dijo. Dicho esto, ¿supongo que no sabes nada al respecto?

“Me parece que este es un país que invadí por accidente”, respondí, lo que provocó hilaridad general.

“Podemos decir que Hron es un país”, confirmó Sorros, “en el sentido de que somos un grupo de personas que compartimos una cultura más o menos común y defendemos principios así como fronteras un tanto vagas. Pero no es un país como Vorronia o Borolia, o incluso las Islas Celestes. No tenemos soberano, ni parlamento, ni Consejo, ni sacerdocio real, ni barones comerciantes, ni capitalistas, ni el más mínimo vestigio de poder. Somos un país, pero un país anarquista.

–¿Qué significa eso?

– Eso significa que cada uno es dueño de su propio destino. No hay ley, no hay prisión”.

Dory añadió: “La Confederación Libre de Hron es una alianza de grupos autónomos e individuos voluntarios que cooperan para brindarse asistencia mutua.

– Eso es todo, bien dicho. Eso es todo, Hron. Nos apoyamos unos a otros porque apoyar significa ser apoyado y es una buena manera de vivir.

–¿Por qué nadie sabe de vosotros?, pregunté yo. Hablamos de los Cerracs como si, no sé... Sólo existieran pueblos autónomos.

–¿Y qué tiene de terrible la autonomía para que estos pueblos merezcan ser ocupados o quemados?, dijo Grem indignado.

“Hron es sólo unos pocos años mayor que yo”, dijo Sorros. Y si todos los países se preocupan más por el concepto que por la realidad física, esto es particularmente cierto aquí. Los Cerracs han estado habitados al menos desde hace siglos. En Moliknari, mi pueblo natal, tenemos registros que se remontan a miles de años atrás. Pero no teníamos un país del que hablar antes de que estallara la guerra en Occidente. Despues de su fracaso, los revolucionarios de Vorronia acudieron en masa a las montañas y fundaron Hronople. Reunieron una gran asamblea a la que acudió gente de todos los pueblos y aldeas de Cerracs. Despues de dos años, redactaron el Acuerdo Hron.

– ¿Es ésa vuestra Constitución?

“Yo... lo supongo”, dijo Sorros. Probablemente esa no sea la mejor palabra. Prefiero “Acuerdo”. Pero el Acuerdo de Hron establece los principios de unidad que nos unen. Cualquier persona, ya sea un individuo o un grupo, puede ser parte de Hron si acepta seguir las pautas presentadas en el texto.

–¿Y los que se niegan?

–Esos son raros. Pero las personas que no desean asociarse con otros para observar estos principios son libres de hacer lo que quieran, pero no aquí ni con nosotros.

– ¿Entonces tienes que seguir las reglas o te prohibirán?

– Las reglas no dicen 'danos tus tres mejores avestruces de cada temporada', explicó Sorros. Ni siquiera prohíben matar, en realidad no. No tienen nada que ver con vuestras leyes. Tienes el punto de vista de un boroliano.

– Vale, ¿y qué dicen exactamente?, pregunté yo. Estaba a la defensiva y, por alguna razón, estaba decidido a descubrir la hipocresía de los anarquistas.

“A decir verdad, no lo recuerdo”.

“Yo tampoco”, dijo Dory. Nola y Grem se limitaron a sonreír.

“¿Has olvidado las reglas?” ¿Los términos del Acuerdo que impones a todos?

“Eso parece”, dijo Sorros. “Lo hago, de todos modos. No son realmente importantes. Creo que lo que cuenta es el espíritu de las reglas”.

Dory agregó: “En Sotoris, de donde soy, se resumen más o menos así: 'No hagas nada horrible, y si haces algo mal, admítelo'”.

—Por otro lado, alguien intentó modificar el Acuerdo hace unos diez años, recordó Sorros. Esa persona quería insertar una cláusula al final de la página para evitar que alguien tomara acuerdos unilateralmente.

— ¿Fue aprobada la moción?, pregunté yo.

— ¿Sabes qué? dijo Sorros. “No me acuerdo”.

Todos se echaron a reír, pero yo no estaba convencido. A la Compañía Libre de Andrómeda Azul le había ido bastante bien sin un comando central, pero solo tenía treinta miembros. No podía imaginarme a un país entero haciendo lo mismo. Debían tener leyes, estaba seguro. ¿Quizás simplemente estaban avergonzados de ello?

La tormenta amainó durante la noche y el repentino silencio me devolvió a mí mismo. De todos modos, solo dormí ligeramente: pasar el día encerrado en la tienda me había provocado fiebre; me puse el abrigo y salí. La nieve me llegaba hasta la mitad del muslo.

Grem estaba allí, sostenido por sus muletas; Miró al cielo, con la pipa de opio en la comisura de los labios. Me uní a él y volví mi rostro hacia las estrellas.

“¿Crees que mi pierna también está ahí arriba, ardiendo dentro de una de esas estrellas? me preguntó. Después de todo, está enterrada en la misma tumba que mis amigos”.

No le respondí, pero contemplé la majestuosidad que se desarrollaba sobre nosotros.

“Encontré a quien acogerá el alma de mi pierna”, dijo señalando una estrella. Ésa, cerca de la rodilla del Sembrador. No es muy brillante. Espero que sea ella a quien me una cuando muera, y nada más.

- Realmente no lo crees. ¿Te tranquiliza?
- No.
- Mucho mejor.
- Pero es una idea bastante agradable.
- Creo que es un buen resumen sobre la religión”.

Me dio una sonrisa educada y luego regresó a la tienda, dejándome solo con el cielo.

Miré a Huros, el Marinero, mi constelación favorita, en lo alto del cielo de pleno invierno. Miré sus ojos, las estrellas gemelas de igual brillo: una blanca, la otra dorada. Me acordé de mis padres y comencé a llorar. Luego pensé en todo lo que había visto y sollocé más fuerte. De pie en la nieve, entre los viejos robles de Cerracs, derrame lágrimas por las almas de los muertos.

Soy un pobre ateo.

Capítulo IX

Por la mañana, discutimos nuestras opciones sobre nuestra sémola de maíz.

“Si tenemos que montar”, dijo Nola, “debemos ir rápido”. La nieve puede solidificarse, y esto es muy malo para los caballos porque pueden cortarse las patas al atravesar el hielo. ¡Y no podemos ponerlos al galope porque el sudor los congelará!

“Deberíamos ir a Molknari”, dijo Sorros.

– Estoy de acuerdo contigo.

– ¿Qué pasará si en lugar de eso vamos a Holl?, pregunté yo.

– Nos quedaremos sin comida, mataremos a nuestros caballos y probablemente moriremos de frío; en el peor de los casos, nos abandonarán, heridos y moribundos, dijo Grem. ¿Es esta una buena estimación?

“Sí”, estuvo de acuerdo Dory. Podemos decir que sí.

– ¿Qué le pasa a Moliknari? Yo pregunté.

“Allí nací”, respondió Sorros.

– ¿Y?

– Vienes de Borol, ¿verdad? Imagínense la acogida que hoy se te reservaría allí.

– ¡Dudo mucho que hayas vendido tu país a un grupo de alborotadores que crían avestruces! Me eché a reír porque soy un idiota. “¿Qué hiciste?” “¿Rompiste el “trato?”

– ¡Ya basta!” interrumpió Nola. Se sentó junto a su compañero y le puso una mano en la rodilla. “Obviamente no quiere hablar de eso. Lo que sea que piensen de él en Moliknari, lo solucionaremos.

“Lo siento”, tartamudeé, llenándome la boca con bayas secas y mirando hacia otro lado.

“Siempre quise ver Moliknari”, dijo Grem. ¿Y no he estado en un Festival de Invierno en cuánto, tres años?

–¿Qué hay ahí?, pregunté yo.

“Mucha gente todavía sigue las viejas tradiciones”, respondió Grem.

“Quieres decir que mucha gente está completamente trastornada”, respondió Sorros.

– Viejas tradiciones... ¿Como Ekarna y su collar de dientes?

“Oh, eso no es nada”, dijo Grem. Por lo que he oído, todavía practican la religión en Moliknari. Con sellos, efigies y todo el alboroto.

–Y locos que se prenden fuego en pleno verano, ¿verdad Grem? –Preguntó Sorros.

“Bueno, me dijeron...” comenzó este.

– Estoy seguro de que te han contado muchas cosas sobre Moliknari. Religioso o no, es sólo un pueblo con gente, algunos locos, otros cuerdos.

“De donde yo vengo”, dije, “cualquiera que afirmara que se puede hacer cualquier cosa sin un gobierno al frente sería llamado loco, simplón o idealista”.

Grem sonrió de oreja a oreja. “¡Quizás seamos las tres cosas a la vez!”

Realmente no puedo explicar por qué es tan agotador montar en la nieve. Puede ser la lentitud del paso o la atención a las zonas de hielo lo que puede hacer que el caballo resbale. ¡O incluso simplemente el maldito frío!

Grem sacó su concertina cuando paramos a almorzar; fue la primera vez que lo vi con su instrumento en sus manos desde la batalla. Comenzó una melodía alegre y pegadiza pero desistió antes de terminar el primer compás. Intentó una canción más lenta y melancólica, pero no llegó más lejos. Luego arrojó su instrumento a un montón de nieve e intentó levantarse. A pesar de su muleta, falló su intento y se estrelló la cara en la nieve. Dory estaba sobre él en un segundo ayudándolo a levantarse y lo escuché romper a llorar.

Fui a buscar la concertina y comencé a limpiarla con la manga de mi abrigo de lana.

“¡Déjala!” Gritó Grem.

Rompió a llorar en los brazos de Dory. Pasó la mano por el cabello de su hermano y se quedó mirando el paisaje nevado, con el rostro ilegible. Pasó mucho tiempo antes de que volviéramos a la carretera. Empaque la concertina con mis cosas.

En la mañana del cuarto día después de la tormenta, desayunamos una sopa clara hecha con nieve derretida,

vegetales silvestres de invierno y huesos de conejo. Luego volvimos a montar en nuestros exhaustos caballos y comenzamos otro día de viaje. Grem y yo nos quedamos sin opio y me desmayé al menos una vez por el dolor.

Dos horas más tarde llegamos a ver Moliknari que, con sus cientos de edificios, era más grande que cualquier ciudad que hubiera visitado en Cerracs. Las casas, sin embargo, se parecían a todas las que había visto en Hron: hechas de piedra y madera, con tejados muy inclinados.

“Espera aquí”, ordenó Sorros antes de conducir su caballo hacia el pueblo.

“No”, dijo Nola. No te dejaremos ir solo.

– Para que nuestra misión tenga posibilidades de éxito, tendrás que ganarte su respeto. Si te ven conmigo, podría resultar imposible.

“Nada que sacudir”, insistió Nola. Me niego a actuar como si no te conociera”.

Sorros nos miró y, uno a uno, asentimos.

“Un montón de idiotas. Solidaridad hasta el final”. No tenemos una forma adjetiva para la palabra “solidaridad” en boroliano, pero el término existe en cer y lo usan todo el tiempo. “Al menos esconde tus armas, para que no crean

que contraté a tipos importantes de Karak para defenderme”.

Miré a Nola; al ver que se estaba desabrochando el cinturón, hice lo mismo. Luego sacó su pistola y la escondió en su alforja, que no cerró. Y entramos a la ciudad.

Cuando acompañaba al ejército a los pueblos, la mayoría de los habitantes nos esperaban, aterrorizados, en la plaza central. Esta mañana de febrero, cuando llegamos los cinco, vimos un comité de bienvenida de veinte personas, todas armadas e impasibles.

“Hola a todos”, dijo Sorros, desmontando a diez metros de los aldeanos, antes de avanzar con las manos levantadas a los costados.

“Sorros Ralm”, respondió una anciana al frente de la multitud, sin el más mínimo rastro de cariño en su voz.

“Marly Madre Fantasma”, la saludó Sorros.

–¿Qué te dije la última vez que hablamos?” Marly sostenía un rifle de cañón corto a su lado.

–Que me dispararías si me volvieras a ver.

–Y aquí estás. ¿Crees que eres un héroe ahora que eres parte de la milicia?

– No.

–En ese caso, ¿por qué estás aquí frente a mí, junto a la Montaña?

“Nos perdimos en la tormenta”, respondió Sorros. No tenía intención de volver a casa.

– No estás en casa, Fabricante de espectros”.

Él asintió.

“Si vas a quedarte aquí, Sorros, entonces te quedarás conmigo durante tres días, desde ahora hasta principios de mediados del invierno. Tus amigos son bienvenidos en la casa de huéspedes. ¿Te parece aceptable?

“Sí”, respondió Sorros, levantando la frente y el rostro recuperando el color.

Marly se alejó de nosotros antes de alejarse y Sorros la siguió. Se quitó el sombrero de copa y lo sostuvo a su lado. No lo volví a ver hasta el festival.

“Los anarquistas son gente extraña”, le dije a Nola en boroliano.

– Tienes razón en algo”.

Cerca del centro de cada pueblo por el que pasábamos había un edificio grande, que pensé que estaba reservado

para bodas y banquetes, a menos que sirviera como residencia o patio para el gobernante o gobernantes. Me equivoqué: en realidad eran casas de huéspedes. Sakana, nuestra casera, una joven vestida con ropa práctica y con un mechón blanco en el pelo castaño claro, nos explicó todo.

La casa de Molknari era, con diferencia, la más impresionante que había visto: era una mansión de dos pisos hecha de madera antigua y piedras altas. Entramos a través de puertas dobles ricamente incrustadas a un refectorio abierto, limpio y acogedor, con hogares en tres de sus paredes de piedra, así como una escalera circular que conduce a la parte de arriba. Estábamos bajo la luz iridiscente de una vidriera abstracta que proyectaba colores extraños en nuestros rostros y cuerpos.

“La casa de huéspedes no pertenece a la ciudad”, dijo Sakana en respuesta a mis preguntas. Los artesanos de los pueblos cercanos construyen estos establecimientos en el espacio de uno o dos veranos y representan la cúspide de su arte. En cierto sentido, son el símbolo de nuestra lealtad a Hron en su conjunto: los habitantes de Molknari nunca ponen un pie allí. Están reservadas para los visitantes. Bueno, aparte de los conserjes como yo, claro.

- ¿Cómo encontraste este trabajo?, pregunté.
- Lo elegí, como todos.

– ¿Y si no quieres?

–En ese caso, no lo haría.

–¿Y otro ocuparía tu lugar?

– Si lo quisiéramos, sí.

–¿Qué pasaría si no hubiera nadie que te reemplazase?”

Sakana miró a mis compañeros de viaje como preguntándoles si sabían que estaba completamente loco.

Al final fue Dory quien respondió a mi pregunta: “Si Sakana dimitiera y nadie se ofreciera como voluntario, el trabajo simplemente no se haría. La gente aquí plantearía el problema al Consejo de vez en cuando, y si alguien veía interés en ello o sentía placer en ocuparse de esto, entonces simplemente se hacía cargo.

– ¿Y si nadie quisiera, no sé, cosechar, cocinar, limpiar o alimentar a los avestruces?”

Mi curiosidad exasperó a Sakana.

“Lo siento”, le dije, aunque también pedí disculpas a mis amigos. “Estoy aquí como periodista y el lugar de donde vengo es muy, muy diferente al de Hron. No entiendo vuestro estilo de vida”.

“Si alguien quiere morir de hambre, es su decisión”, respondió Sakana. He notado que muchos prefieren tener el estómago lleno. Y para eso hay que plantar, cosechar, criar y cazar. Encontramos alegría en lo que hacemos por nosotros mismos y la comunidad.

– ¿Y las tareas menos agradables, como lavar los platos? ¿O mantener las alcantarillas? ¿Limpiar las letrinas?

– ¿En tu país cobran por bañarse? ¿Por vestirse? Cuando terminas tu jornada laboral, ¿dejas las herramientas desordenadas? No quiero faltarle el respeto, pero ¿de donde usted viene sólo hay niños?

– No.

– Bueno, ya que eres un niño grande, mientras seas nuestro invitado, ¡espero que limpies y te limpies el trasero tú mismo!

“No quise offenderte”, me defendí.

– “Así que cuidado con lo que dices”.

Luego, Sakana nos llevó a la parte trasera del edificio a través de una puerta y luego por un pasillo que conducía a al menos una docena de habitaciones. “Aquí están vuestras habitaciones. Son todas vuestras, por ahora, pero tendréis que compartirlas cuando lleguen otros invitados para el

Festival de Invierno”. Ella se volvió hacia mí. “Sabéis compartir, en tu país, ¿no?”

Sentí que la ira me invadía, pero preferí no demostrarla. “Sí”.

– Los baños son la última puerta a la derecha. Si ensucias, limpias. Empezaré a preparar la cena esta noche al atardecer y necesitaré manos que me ayuden en la cocina”.

Dicho esto, Sakana giró sobre sus talones y bajó las escaleras.

“Fue un fiasco”, observé.

“Es Moliknari”, sugirió Dory.

“No a todo el mundo le gustan los extraños”, dijo Nola.

–¿Y tú no lo eres? Le pregunté.

–En el pasado, sí. Después de diez años, sólo soy una chica con un acento muy marcado. Y luego escuche con atención: no a todo el mundo le gustan los extranjeros, y menos aún los periodistas. A la gente no le gusta saber que la más mínima palabra equivocada podría terminar en un libro un día u otro –o peor aún: como propaganda para el enemigo.

– “Así es. Tendré más cuidado”.

Nola puso su mano sobre mi hombro. “Por si sirve de algo, no creo que lo enojaste, sólo lo frustraste”. Imagina que un extraño llega a Borolia y te pregunta por qué necesitas trabajar para vivir. Para él no tiene ningún sentido. Hronople es una ciudad de inmigrantes, pero en Moliknari las cosas han sido así durante siglos.

“Está bien”, dije, y entramos a nuestras habitaciones.

Unas horas después de instalarme, pude descubrir las maravillas de la tecnología sanitaria de Hronake. Pensé en mi vida en Borol, donde la caldera de carbón de mi apartamento también servía como calentador de agua y me permitía ducharme cuando quisiera. Pero en Moliknari, las propias tuberías de agua caliente calentaban el edificio y el suelo de pizarra del enorme baño era muy agradable bajo mis pies. El agua se mantenía a la temperatura adecuada mediante diferentes métodos, incluida la absorción del calor solar en las paredes del invernadero o, más ingeniosamente, la recuperación del calor liberado por el compostaje de residuos. El carbón y la madera servían como fuentes de energía de respaldo para calentar el agua y los edificios, pero rara vez se usaban excepto en pleno invierno. Y para colmo, las aguas grises se reutilizaban para regar el invernadero.

No me había dado una ducha adecuada desde que salí de Borol y era natural, mientras el agua caliente corría por mi cuerpo, que mis pensamientos se dirigieran a la casa que había dejado atrás, al hogar que nunca más me recibiría. De

hecho, intenté sentir nostalgia y tristeza, lo juro. Fue bastante lamentable, pero mi falta de melancolía por ese lugar me hizo sentir como un monstruo, así que lo intenté con todas mis fuerzas, en vano. Pude recordar algunos recuerdos con una punzada en el corazón: la niebla que subía desde el puerto, la música en las calles, ciertos hombres que había conocido; pero justo cuando había logrado concentrarme en una de estas cosas, recordé, de niño, mirar con envidia a los ricos arrojar sus sobras a los perros mientras mi estómago me atormentaba. Recordé estar sentado en medio de mi escondite, en la *Gaceta*, garabateando artículos sobre temas que me eran totalmente indiferentes a cambio del privilegio de no morir de hambre. Y me acordé de la policía, esos hombres armados que deambulaban por las calles haciendo cumplir leyes que no podían citar y que mataban impunemente.

Aún así, extrañaba la niebla. Y la gente. Borol es una ciudad preciosa, lástima que su administración deje mucho que desear.

Pude afeitarme, con espejo y agua caliente, ¡el total! Fue bueno ver mi barbilla otra vez. Y qué alegría dormir entre paredes reales que me protegían del viento invernal. Un poco de privacidad no venía mal. En la casa de huéspedes de Moliknari sentí que por fin había abandonado el frente.

Solo y revivido por primera vez en semanas, consideré mi situación. Me había dejado llevar durante tanto tiempo que

me costaba saber lo que realmente quería. Quería aprender más sobre Hron, de eso estaba seguro. Quería ver Hronople. Y probablemente no podría volver a casa. Este país había sido fundado por refugiados; tal vez todavía hubiera suficiente espacio para uno más.

Contuve mis preguntas y, muy rápidamente, Sakana se volvió más amigable conmigo y con mis compañeros, especialmente con Dory. Todas las tardes, durante varias horas, ambos desaparecían. Grem parecía contento de pasar la mayor parte de su tiempo leyendo en su habitación para descansar su pierna, Nola y yo a menudo deambulábamos solos por el pueblo.

Frecuentamos asiduamente un pequeño café sin nombre, sentados en un rincón cerca de una ventana, viendo caer suavemente la nieve con el viento. Bebí mucho carsa, un té negro preparado para ser tan fuerte como el café, y comí muchas galletas y otros pasteles con miel. Sus bollos, al menos lo más parecido a ellos, estaban aromatizados con hierbas exóticas amargas, pero eran un acompañamiento maravilloso para la carsa. Después de tanto tiempo luchando, era el paraíso.

El anciano que regentaba el establecimiento, conocido sólo por el apellido Blosik, empezó a sentarse con nosotros. Estaba siempre de buen humor y cada vez que levantaba la taza, su bigote blanco y caído se atiborraba de tanta carsa como bebía. Los habitantes iban y venían a lo largo del día

para tomar el té, tomar una comida ligera o intercambiar noticias; todo contribuyó a hacer de este lugar un lugar de lo más encantador.

De acuerdo con la profecía de Sakana, lavábamos nuestros platos antes de salir cada noche y, a pesar de las protestas de Blosik, él felizmente nos mostró el fregadero.

“¿Por qué le dicen “general”? Le pregunté a Nola un día.

“Es un abuso del lenguaje”, respondió. Nunca superé el rango de segundo teniente.

—¿Fuiste a la guerra, entonces?”

Ella asintió.

“¿Qué te trajo a Hron? ¿Sorros?”

—Ojalá fuera él. No, fue otro hombre. Se hacía llamar Hideon, que probablemente era sólo un seudónimo. Una vez le pregunté su apellido; parecía pensativo y me dijo que su nombre completo era Hideon Hideon. Era un revolucionario vorroniano, un libertario, nacido en Tar pero formado en sabotaje en un campamento rural.

—Hideon, eso no significa...

“Podríamos traducir eso como “demonio”, terminó por mí. Pero una especie de demonio infantil. Un diablillo. De

cualquier manera, era un saboteador y luchaba por el sueño de la revolución que se había derrumbado cinco años antes de su nacimiento. Lo sorprendí en el costado del barco de palacio, con una bolsa de cuatro kilos de pólvora negra en la mano. De hecho, así fue como me convertí en segundo teniente.

– ¿Y te enamoraste de él?

“Eso es cierto”, dijo, riendo. Aunque debo admitir que estaba más enamorado de sus ideales que de él. Ayudé a prepararlo a él y a diez de sus camaradas, y usé mi recomendación para infiltrarlos en Hron.

– ¿Dónde está hoy?

– Oh, nos unimos a la Compañía Libre de Andrómeda Azul hace unos nueve años, pero conoció a una mujer en algún pueblo al azar y decidió que sería más feliz pastoreando cabras. Después de todo, no era un soldado. Cualquiera puede aprender a luchar. Y muchos jóvenes quieren aprender, si están lo suficientemente interesados en la guerra. Pero la violencia, los asesinatos y el trauma dejan su huella, y no todo el mundo está hecho para eso. Tanto en Hron como en Vorronia, verás que la mayoría de los combatientes no tienen más de veinticinco años.

“Creo que lo entiendo”, dije. Y me parece que, si dices la verdad, probablemente yo tampoco sea un soldado.

– ¡No es broma! dijo con una sonrisa.

– ¿Y la Compañía Libre?

– Casi veinte secciones patrullan la frontera de Hron. Me uní a la Andrómeda Azul porque guarda el paso que conduce a Vorronia. Somos alrededor de cien, pero hemos establecido una rotación y hay muchos menos miembros activos durante el invierno. La mayor parte del tiempo no hacemos nada excepto montar, cantar y practicar. De vez en cuando, repelemos a los colonos vorronianos. Cuando te conocí regresaba de una misión de reconocimiento a Tar.

– ¿Lo extrañas?

– ¿A quién?

– Hideon el diablillo. ¿Piensas en él a veces?

– No precisamente. Era un amor, pero estaba muy mal en juego. Sorros, él..."

Al tercer día, los cuatro, acompañados por Sakana, nos sentamos en una de las mesas más grandes del café. “¿A quién mató Sorros?” –le pregunté a la casera, olvidando, supongo, mi promesa de ser más diplomático.

“¿Cómo sabes eso?” –replicó ella, sin enojarse.

– Por esa mujer, Marly, ella lo llamaba “Hacedor de fantasmas” y él la llamaba “Madre fantasma”. ¿Mató a su hijo?”

Ella asintió.

“¿Por qué? ¿Cómo?”

Sakana sonrió con tristeza. “¿Alguna vez has visto beber a Sorros?”

Pensé en la pregunta. Entonces dije: “No, nunca”.

“Sorros no bebe”, dijo Nola.

“Ya no”, dijo Sakana. Hace seis años, hizo algo que dividió la ciudad en dos. Yo era una adolescente en ese momento, y mis amigos y yo bromeábamos diciendo que íbamos a trazar una línea en la calle principal y separar Molik de Nari”.

Hizo una pausa para beber su carsa antes de continuar con su historia.

“Sorros era un instructor muy respetado en la milicia. Enseñaba a usar armas de fuego, tiro con arco, combate cuerpo a cuerpo, estrategia, tácticas, códigos... todo lo militar, lo sabía y nos lo enseñaba. Y con amabilidad también. Todos los representantes de la milicia que he conocido desde entonces tenían un comportamiento... machista, diría yo. Sorros no era así, excepto cuando bebía.

Borracho, era un auténtico monstruo. Tenía cierta reputación y, aunque la mitad del pueblo lo amaba, la otra mitad llegó a odiarlo. Y entonces, una noche, el hijo de Marly, que se llamaba Hessol, estaba completamente borracho en la plaza principal y acosaba a los transeúntes. Les arrojaba botellas y los insultó. Un adulto que actuaba como un niño haciendo un berrinche. Todos le dijeron que se fuera a casa. Dos de sus amigos intentaron calmarlo, llevárselo, y él los atacó, los empujó. Llegó Sorros (por cierto, no estaban cerca) y lo golpeó en la cara. Hessol cayó de cabeza y murió dos días después de, no sé el término correcto... Una hemorragia cerebral.

Me quedé sin decir nada.

Nola fue la primera en reaccionar: “Parece un accidente”.

Sakana asintió. “Eso es lo que pensamos la mitad de nosotros”. Los demás tenían una opinión diferente. Nadie (bueno, aparte de Marly y algunos amigos de Hessol) quería ver a Sorros muerto o desterrado a Karak, pero muchos no se sintieron cómodos con él después de eso. Probablemente era el mejor luchador de toda la ciudad y, en lugar de derribar a Hessol, le dio un puñetazo en la cara y lo mató. Peor aún, intervino él mismo en lugar de dejar que alguien sobrio manejara la situación. Y así, después del funeral, todos los involucrados se reunieron. Duró dos días. Al final acordamos –digo “nosotros” cuando no estaba, pero creo que tomaron la decisión correcta– que Sorros se iría, para

que Marly y los demás no tuvieran que cruzarlo a diario y, si es así, si él realmente quería hacer las paces, dejaría de beber.

– Si no soporta su presencia, ¿por qué Marly se ofreció a acogerlo?, pregunté yo.

– Es un poco rara, Marly. Creo que su idea era que, incluso si Sorros se quedara aquí, tendría que experimentar personalmente las consecuencias de lo que hizo. Ella siente la ausencia de su hijo todos los días, así que tal vez quiera que él también lo entienda, al menos temporalmente. Supongo que se quedará en la antigua habitación de Hessol y se sentará en su antigua silla a la hora de comer.

–¿Quién lo detendría si se negara?”

Sakana me miró mientras consideraba lo que acababa de decir. “Haces preguntas divertidas, boroliano. Nadie, supongo. Pero si es bienvenido en Moliknari es porque se arrepintió de su acto y lo demuestra cediendo a este tipo de exigencias. Además, demostró que Moliknari le importaba al irse en lugar de dejar que la ciudad se destrozara”.

Blosik vino a sentarse a la mesa con nosotros.

“Eres de Borolia, ¿me equivoco?”, me preguntó.

Asentí.

“¿Sabes por qué te doy de comer?

“No”, admití.

– Es porque lo decidí. En Borolia se usan fichas, ¿verdad? ¿Al realizar tareas, nacer en una familia rica o esclavizar a determinadas personas, se consiguen esas fichas con las que se explota a otros o se intercambian por bienes y servicios?

–Sí, así es en cierto modo. ¿Y ese no es el caso aquí, si entendí correctamente? ¿Distribuyen alimentos libremente?

“Se lo doy a quien se lo quiero dar”, me corrigió. Algunos te traerán comida porque tienen buen corazón. Otros, porque eres parte de la milicia. Probablemente habría llenado tu plato una o dos veces por la sencilla razón de que existes; después de todo, ¿por qué no? Pero seguí haciéndolo porque sé que arriesgaste mucho, que ya no puedes volver a casa y que casi pierdes también el brazo, e incluso la vida, en nuestro nombre. Pero hay otros en la ciudad que se negarían a alimentarte sólo porque eres amigo de Sorros.

– Entonces, ¿de dónde vienen tus ingredientes y tu té?

– Son de agricultores que me los proporcionan porque saben que los redistribuyo equitativamente. Porque tengo buena reputación. En Borolia, tu valor se mide por la cantidad de fichas que tengas, ya sea que las hayas ganado

o no. En Hron, es nuestra reputación la que nos precede, no nuestra riqueza.

–¿Te lo mereces o no?, pregunté.

“Tal vez”, admitió Blosik. Quizás sea así. Pero lo ideal es que se basa en nuestras acciones. Como todo lo demás en Hron, es flexible y dinámico. Puede tener diferentes significados dependiendo de con quién estés hablando. Seguramente hay algunos que piensan que Hessol se lo estaba buscando –yo no. Adoraba a este chico, aunque pudiera ser un mocoso, a veces–, y a sus ojos, tu amistad con Sorros podría ser un honor más algo que atrajese el oprobio.

–¿Y los extranjeros?

– Se van con una pizarra en blanco. Personalmente, dejaría que extraños bebieran mi carsa el tiempo suficiente para ver de qué están hechos. Si ayudan de alguna manera, en mi café o en cualquier otro lugar de la ciudad, serán bienvenidos. ¿De lo contrario? Se encogió de hombros. “Tal vez harían mejor en seguir su rumbo”.

“Entonces Sorros...” comencé.

– Si decidiera no quedarse con Marly, la recepción que recibiría en Moliknari sería gélida, por cierto”.

Capítulo X

Una hora antes del anochecer, la primera caravana de asistentes al festival llegó esquiando, en una procesión aparentemente interminable de familias y viajeros solitarios. Algunos llevaban trineos consigo, otros no. Algunos iban acompañados de perros, otros no. Acudieron en masa a la ciudad y rápidamente instalaron tiendas de campaña y gruesas lonas, ocupando espacios vacíos en las calles y edificios.

Esa noche, la casa de huéspedes cobró vida, los dormitorios se llenaron de ancianos y enfermos, padres que esperaban un hijo, madres que amamantaban (todos necesitaban una cama blanda), mientras el resto, los que habían venido solos, se apretujaban en literas en la planta baja. Los otros tres miembros de la Compañía Libre y yo nos acurrucamos en una de las habitaciones más pequeñas,

repartidos en literas. Debido a nuestras discapacidades, Grem y yo tomamos las de abajo.

Tan pronto como los primeros visitantes se sentaron, comenzó la preparación de la comida en la gran cocina contigua a la sala principal. Me ofrecí voluntariamente para echar una mano pero, al tener sólo una disponible, sólo estaba estorbando. Regresé al gran salón y me senté en una de las mesas del banquete, observando llegar a la multitud.

No pasó mucho tiempo para que un joven se acercara y me preguntara, con acento vorroniano como para cortar con un cuchillo, si podía sentarse a mi lado. Era alto y delgado, con cabello largo y negro y ojos negros hundidos, tal vez uno o tres años mayor que yo. He estado solo demasiado tiempo, pensé de repente.

“Por supuesto”, respondí, ofreciéndole el asiento frente a mí. Se quitó el abrigo, lo colgó en su silla y se sentó. Sus ojos nunca dejaron los míos.

“Mi nombre es Charl”, dijo con una voz tan forzada que era casi ininteligible, “he estado recientemente en Vorronia. Este es mi primer invierno en las montañas y mi primer festival. ¿Y tú?

“Dimos”, respondí en boroliano. Yo vengo de Borol.

“Dimos”, repitió. Tu vorroniano es perfecto.

– Gracias.

– Igual que tu sonrisa.

“Eres muy arrogante”, comenté, todavía sonriendo.

Nos pusimos a hablar y me contó su historia. Me dijo que era un refugiado de guerra que huía del servicio militar obligatorio, que había encontrado alojamiento en un pueblo llamado Mros y se había unido a la caravana para asistir al festival, ansioso por aprender más sobre su nuevo país. Mientras hablaba, más y más asistentes al festival, jóvenes y mayores, tomaron asiento en la sala, entusiasmados con su viaje. La cena se distribuyó poco después y fue un festín como nunca antes había visto.

El servicio se hacía en la cocina y cada plato ya llegaba servido. “Es en aras de la justicia”, me explicó Dory, acercando una silla a la mía. “En otoño ponemos la comida en la mesa y los invitados se sirven todo lo que quieren. En invierno hay menos para comer, por lo que los cocineros se encargan de equilibrar las raciones”.

Pero en cuanto a cantidad no había motivos para quejarse. Nos obsequiaron con remolachas con mantequilla y champiñones salteados, verduras al vapor y calabaza empanizada. Había rodajas de patatas fritas y estofado servido en cuencos de pan con hierbas frescas. En cambio, el postre era ilimitado, dispuesto en bandejas de cobre

cubiertas de dulces, pasteles y deliciosos muffins. Algunos voluntarios montaron un mostrador y vaciaron barriles de hidromiel y cerveza en jarras.

“¿Dónde está la carne?”, preguntó Charl una vez servido el último plato.

“Hron es mayoritariamente vegetariano”, dijo Dory. Durante las fiestas, los banquetes no ofrecen carne.

“Es la carne la que hace al hombre”, replicó Charl, indignado y grosero. Comencé a reconsiderar mi atracción por él y me di cuenta de por qué tantos Hronach eran reacios a entablar amistad con extraños. Pero a medida que seguía bebiendo más vasos, Charl recuperó su encanto. Nos deleitó con relatos de sus aventuras en Vorronia; de sus viajes marítimos en barcos mercantes; de su peligrosa huida, solo en las montañas, para escapar de los revendedores borolianos que lo perseguían.

Finalmente, más borracho que en meses, me levanté y anuncié mi intención de irme a dormir. Me agarré del respaldo de mi asiento para estabilizarme.

“¿Quieres compañía?”, me preguntó Charl.

Lo pensé. Yo la quería. “Creo que bebí demasiado”, respondí, mi cerebro confundido por las palabras que salían de mi boca. “¿Pero nos vemos mañana?”

“Con mucho gusto”, dijo antes de retomar la conversación en curso en la mesa.

Volví tambaleándome a mi cama, me acosté boca arriba y me quedé dormido felizmente.

Por supuesto, el alcohol sólo tiene el poder de tomar prestado un poco de alegría del futuro, y despertar fue más duro para mi cuerpo de lo que me hubiera gustado. Pero los hábitos militares –incluso los recién formados– son difíciles de romper, y no pude pegar ojo después del amanecer, así que me levanté con un fuerte dolor de cabeza y dolor en el hombro. En la cocina me esperaban unas sobras de carsa y patatas que me ayudaron a sentirme mejor. Y por un momento, mientras estaba ocupado castigándome por provocar mi propio incendio, recordé que aproximadamente una semana antes me habían golpeado en el brazo en un incendio. De repente, la resaca me pareció trivial.

Sakana también estaba allí, al igual que unos diez voluntarios, limpiando.

“Me gustaría participar”, dije, sorbiendo mi carsa con la mano buena.

“Me gustaría que tú también participaras”, respondió ella, aunque en ese momento sabía que me estaba engañando. “Pero tienes una herida de guerra grave y no servirías para mucho”.

– “Se convertirá en una segunda naturaleza para mí”.

Dejó su esponja y caminó hacia mí. “No te preocupes. Cuando dije que todos deberían colaborar, tal vez olvidé mencionar el hecho de que se supone que debemos ayudarnos unos a otros.

“Sí, está bien”, estuve de acuerdo, aunque no del todo convencido.

“¡Déjame mostrarte la ciudad! Con el festival apenas la vas a reconocer”. Ella pasó su brazo por el mío y salimos del edificio.

De hecho, Moliknari se transformó. Pancartas de colores brillantes colgaban de los tejados y un barrio de casitas bajas entero había crecido de la noche a la mañana, dejando sólo estrechos pasillos para circular por las calles. Los asistentes al festival roncaban en sus catres o en la acera, envueltos en gruesas pieles o bajo mantas de lana, y mientras otros preparaban el desayuno, el aire se llenaba de olor a avena y carne picante.

La plaza central estaba prácticamente libre de durmientes. En el medio había un bloque de hielo del tamaño de una casa, sostenido a un lado por un andamio; al menos una docena de trabajadores estaban ocupados en su superficie, martillo y cincel en mano, para esculpirlo.

“La población se duplica cuando organizamos el festival”, me dijo Sakana mientras me llevaba más allá de un campo de béisbol improvisado. Niños de cinco a diez años, vestidos para el frío, jugaban a un juego que consistía en golpearse la cara con una pelota de cuero hueca ridículamente grande.

“¿Estas personas vienen de los cuatro rincones de Hron? Pregunté yo.

–Para mediados de verano, absolutamente. Un festival de pleno invierno sólo atraerá un tercio de visitantes, y la mayoría de ellos viven a menos de una semana de distancia. Me parece que esta temporada deben realizarse tres festivales en todo el país.

–¿Por qué hay tantos?

– Por el espectáculo.

– ¿Qué es eso?

– “Ya verás”.

El corto día pasó rápidamente para mí, sentado en la terraza cubierta del café con mis amigos, los ladrillos reverberaban el calor del brasero. Sorros se unió a nosotros esa mañana, inusualmente silencioso. Una mirada a Nola me hizo comprender que era mejor no preguntarle cómo había vivido estos últimos días. Bebimos frenna, una cerveza

picante y baja en alcohol elaborada especialmente para este tipo de grandes eventos.

“La clave para un buen festival es permanecer al borde de la embriaguez hasta altas horas de la noche”, dijo Grem mientras se sentaba con nosotros a almorzar.

“En lo que a mí respecta, prefiero 'nada'”, respondió Nola antes de girarse para llenar su taza de carsa del samovar que estaba en la mesa detrás de ella.

Aprovechando que ella no lo estaba mirando, Grem le sacó la lengua, entrecerrando los ojos, con un dedo en cada oreja; un gesto que no era propio de él. “Me mantuve sobrio durante toda la maldita guerra”, protestó cuando ella se volvió hacia él. ¡Planeo pasar todo el día lo más borracho posible!”

Una digresión en la conversación y miré de nuevo a la calle. Mientras viajaba con el Ejército Imperial, realmente no había prestado atención a la gente en las diferentes ciudades. Pero después de vivir con la Compañía Libre, y más aún después de unos días en Moliknari, creo que comencé a identificar las mil y una maneras de vestir y comportarse de los Cers.

Los hombres y mujeres de Moliknari prefieren los ponchos a las capas, y muchos extranjeros usan faldas en lugar de pantalones. No hay dos paletas de colores o patrones iguales, y tuve la confianza de que al pasar suficiente tiempo

en las montañas podría adivinar de dónde venía la gente al observar si sus capas eran florales o abstractas, ocres o pasteles. Otros vestían lo que supuse era ropa de fiesta, desde monos ajustados hasta chalecos adornados con plumas de aveSTRUZ y faldas sobre mallas. En algunos, el estilo era claramente vorroniano: pantalones ajustados y camisas en tonos negros o grises, sombreros de fieltro de ala ancha u otros tocados al estilo imperial.

“Oye, ¿dónde puedo encontrar conjuntos como estos?” Le pregunté a Sorros con un gesto de mi barbilla en dirección a un joven vestido así.

“En Hronople”, respondió. “Es bonito, pero nada práctico”.

Al ver que lo estábamos mirando, caminó hacia nosotros. Su cabello era largo, con rizos negros que enmarcaban un rostro hermoso y anguloso, y sus ojos eran oscuros y penetrantes.

“Me gustaría mucho tomar una copa. ¿Puedo sentarme con vosotros?

“Por favor”, respondimos Nola y yo simultáneamente. Acercó una silla al lado de Sakana y se presentó como Varine, saludando cortés pero jocosamente con el puño a aquellos de nosotros que vestíamos uniformes de la milicia, intercambiando un apretón de manos casual con los demás. Luego, una vez sentado, sacó una bolsa de lo que supuse era

tabaco y lió un cigarrillo. Se ofreció a compartirlo en la mesa y, si mis amigos rechazaron su oferta, yo la acepté; encendió su final.

Inhalé. No era tabaco.

“Qué es esto?, pregunté.

– Artemisa.

–¿Cuál es su efecto?”

Dory y Sorros se echaron a reír.

“Ninguno”, dijo este último.

– Es bueno para el estómago y para los sueños, añadió Varine.

“Estás hablando de alguien que fuma tabaco además de opio”, dijo Sorros. Entonces, en comparación, sí, la artemisa no hace nada”.

El sabor no era malo, pero la verdad es que la hierba me dejó frío. Saqué mi propio bolso y encendí mi pipa de tabaco antes de entregársela a Varine.

“¿Qué te trae de Hronople?” –le preguntó Sakana.

– Llevo seis meses de viaje. En compañerismo.

– ¿Oh? dijo Blosik. ¿En qué zona?

“El gremio de escritores”, respondió antes de ahogarse con el humo.

– ¡Entonces tengo dos parásitos en mi mesa!” exclamó Blosik, un poco borracho y visiblemente encantado. Nuestro querido Sr. Horacki, aquí presente, fue periodista en Borol antes de unir sus fuerzas con la Compañía Libre de Andrómeda Azul y salvar su pellejo”.

Esperaba que Varine se erizara (que es lo que habría hecho ante tanto elogio de otro escritor durante las presentaciones), pero en lugar de eso se volvió hacia mí con una sonrisa hasta las orejas.

“¡Tengo tantas preguntas que hacerte sobre tu patria! exclamó en boroliano con fuerte acento.

– Responderé con alegría, dije en voz baja para no confundir a las personas de la mesa que no hablaban mi lengua materna con fluidez.

– Actualmente estoy trabajando en un texto que transcurre en una de vuestras... prisiones... (usó el inusual término vorroniano) y quiero saberlo todo!

“No he puesto un pie en una celda desde que era pequeño”, me disculpé.

– ¿Estáis encerrando a los niños?

– “No. Bueno, sí. En realidad, no es prisión y no la llamamos así: decimos “reformatorio”. Es para jóvenes que se portan mal”.

– ¿Cuál es la diferencia entre los dos?” Sacó un cuaderno y comenzó a tomar notas.

“El objetivo declarado de un reformatorio es reformar a los delincuentes para que no cometan nuevos delitos tras su liberación.

– ¿Y no es así con la prisión?

– Eso... bueno, ese también es su objetivo, sí, pero la sociedad está menos de acuerdo con esa fachada. Por otro lado, la tasa de reincidencia es increíblemente alta para ambos. La mayoría de los asesores imperiales parecen creer que la solución a este problema es alargar las sentencias para disuadir a los posibles delincuentes y mantener a los forajidos fuera de la comunidad.

– ¿Funciona? preguntó el joven escritor.

– ¡Eso es un crimen contra la humanidad! Protestó Sorros. Metemos a los humanos en jaulas y nos atrevemos a llamarlo “justicia”. Les negamos la luz del día, la compañía de los demás y cualquier cosa que pueda ayudarles a comprender la necesidad de un comportamiento social, y

luego los volvemos a encerrar en la jaula, por más tiempo, cuando se salen de control.

– ¡Bien dicho!, estuvo de acuerdo Blosik.

¿Qué te gustaría que hicéramos con ellos?, pregunté yo.

“Darles una medalla por tener la audacia de ser antisociales frente a un orden antisocial”, dijo Sorros.

Varine respondió con más calma: “Por lo que tengo entendido, que es muy poco, se lo aseguro, su sistema busca “castigar” a una parte de la población a la que considera “criminal”. Así no es como operamos. Si se ha cometido un delito, como robo, asesinato o violación, tratamos cada cargo por separado. ¿Qué es lo más común en Borol? ¿De qué son culpables la mayoría de sus detenidos?

– De robo. O asalto, o incluso homicidio tras un robo”. Yo mismo había sido arrestado por robo media docena de veces.

“No tenemos eso aquí”, dijo Varine.

–Mierda. ¿Tenéis gente? ¿Las personas poseen cosas? ¡Bim! Tienes hurtos.

“Bueno, en realidad, normalmente no”, dijo Nola. En Vorronia es así. Pero en Hron, éste es uno de los delitos más raros. Creo que, en la mayoría de los casos, los ladrones se

I llevan lo que necesitan y, a veces, lo que quieren. Como comida, o cosas valiosas que puedan revender para tener algo de comer. En Hron, la comida y el alojamiento son gratuitos. Nada es “caro”, porque no hay nada que comprar, vender o trocar. El robo suele surgir de la pobreza, y aquí no hay pobreza.

“La mayoría de los ladrones en Hron son niños”, continuó Varine. Actúan por malicia, para privar a alguien de algo, pero rápidamente aprenden el coste social de su fechoría cuando ya nadie quiere jugar con ellos. Y está bien, a veces un adulto agarra objetos de valor sentimental o práctico. Entonces, como ocurre con todos los demás delitos, si lo atrapan o si admite lo que hizo, debe afrontar las consecuencias.

– ¿Qué son?

– Si lo que hizo no fue muy grave, podría perder algunos amigos o tendría que aceptar que mucha gente se enojaría con él. Si fuera grave, es posible que ya no sea bienvenido en su ciudad y es probable que las personas a las que lastimó le exijan algo, como lo que le pasó a Sorros. En cuanto a los impenitentes... Varine terminó su copa de frenna y continuó: pueden irse al infierno. Si representan un peligro claro, por ejemplo un asesino o un violador que no se avergüenza, entonces probablemente lo matarán. Si es inofensivo, sólo un imbécil que se niega a portarse bien en sociedad, puede irse a vivir a Karak o a otro país.

– Karak, pregunté, ¿es esa tu prisión?

“No”, respondió Nola. Karak es una ciudad de pesadilla, pero sus residentes sólo tienen la culpa de sí mismos. Allí sólo hay gente antisocial. En mi opinión, sigue siendo mejor que Vorronia (no hay rey, servicio militar obligatorio, penitenciaría, ley ni dinero), pero está lleno de gente que es demasiado orgullosa para pedir perdón, prefiere luchar antes que discutir y no le importa si su comportamiento afecta a los demás.

–¿Y funciona responsabilizar a alguien sin juicio?, pregunté yo. ¿Alguna vez habéis matado a la persona equivocada? ¿Excluido al ostracismo a alguien que no lo merecía? ¿Es suficiente la amenaza del estigma para garantizar la tranquilidad social?

“Vivíamos en paz hasta que el Imperio Boroliano decidió invadirnos y quemar nuestras aldeas”, señaló Sorros.

– ¿Es efectiva la prisión? –Preguntó Varine.

“No”, admití.

–El sistema de Hron no es perfecto, admitió Nola, pero es muchísimo mejor que cualquier otra cosa que haya visto.

“Así es”, dije. Y si no tengo nada más que añadir sobre vuestro hermoso país, ¡al menos los precios son inmejorables!”

Este comentario hizo reír hasta las lágrimas al más borracho de mis compañeros, y Varine levantó su copa por Hron.

Las fiestas comenzaron al atardecer, una vez que todos los lugareños y visitantes se reunieron en la plaza central. Nuestro grupo estaba sentado cerca, en el tejado de la casa de huéspedes, en unas viejas gradas que encajan en las tejas del tejado. Abajo, la enorme cabeza cortada de un gigante, esculpida en hielo, descansaba sobre su mejilla sobre los adoquines. Su lengua colgaba de su boca torcida y con dientes podridos, con los ojos entrecerrados. Una mujer con un vestido blanco como la nieve y un poncho se paró frente a la escultura y gritó a todos, aunque la acústica no era lo suficientemente buena para transmitirnos su voz.

“¿Qué dice? –Preguntó Varine.

“La cabeza cortada pertenece a Lord Winter” (El Señor del Invierno), respondió Sakana, uno de los Titanes”.

La mujer subió las notas altas para cantar en un tono lento y lírico. Los portadores de la antorcha avanzaban entre la multitud, encendiendo braseros de hierro y llenando el aire de un humo acre. Al llegar a la cantante, la rodearon para acercar su marca a la cabeza de hielo. Las llamas serpentearon por sus costados, siguiendo la línea trazada por algún acelerador, antes de encender los charcos de

combustible alojados en los ojos, la boca y la corona de la escultura.

La canción terminó y un estruendoso aplauso estalló entre la multitud.

“La primera noche está dedicada a la ceremonia y a beber”, nos dijo Sakana mientras nos guiaba a Varine y a mí hacia la marea humana. “La segunda a jugar y beber, la tercera a limpiar y beber. Al cuarto día lo llamamos gorasi, que algunos dicen que es un término anticuado que significa “descanso”, pero en realidad significa “resaca”.

– Gorasi es mi día favorito, dijo Varine. Nunca conoces realmente a alguien hasta que lo ves recuperándose de un festival.

“Si tengo que beber todos los días”, dije, “nunca aguantaré tanto”.

– A medianoche casi todo el mundo se mete al agua”, especificó Sakana.

La música se elevó, como una especie de coro. Sakana y Varine conocían sus papeles y permanecieron cogidos del brazo, cantando a todo pulmón la letra de una ópera fantástica mientras a su alrededor, el lugar se transformaba en una voz compleja que salía de innumerables gargantas. Por curiosidad los dejé para ir a explorar. Algunos asistentes al festival tocaban instrumentos y la canción cambió de tono

y carácter a medida que me movía entre la multitud: etérea donde dominaban las flautas y los barítonos, grosera y gutural donde dominaban los metales y los borrachos. El incienso de los braseros subía continuamente y personas vestidas de blanco se deslizaban entre los invitados trayendo comida y bebida.

Encontré un lugar en un banco donde podía mirar y escuchar a escondidas. Un pasatiempo extraño, sin duda, pero que ha servido bien a mi pluma. No muy lejos, tres lugareños alegres y canosos discutían, alzando la voz para escucharse por encima del coro.

“¡Es mejor así!” exclamó el que evidentemente era el mayor. Llevaba un collar de dientes que, supuse, la indicaba como viuda.

“¡Hay demasiados visitantes aquí!” dijo un hombre. Por su entonación, supuse que era uno de esos a los que les encanta interpretar al viejo gruñón. “Apuesto a que ni uno de cada tres conoce las sagas, ni por qué se quema el Titán de Hielo.

“Dudo que un tercio de mis nietos lo recuerden, y son Moliknarios puros”, dijo la tercera, con el pelo plateado trenzado en una corona sobre la cabeza.

“Ese es el problema”, continuó el hombre. El Acuerdo. Antes de Hron, sabíamos de dónde venimos, ¡por la Montaña! Y de hecho, sabíamos quiénes éramos.

– Si mal no recuerdo, estábamos solos y vegetativos, observó la primera mujer. A mi Gorry lo conocí en el primer festival que organizamos para nuestros vecinos; eso nunca hubiera sucedido sin el Acuerdo.

– “¡Bien! Antes respetábamos las tradiciones”, continuó el hombre. Acompañó la última palabra brindando mecánicamente y tomó otro sorbo.

La primera mujer insistió: “¿Qué es entonces todo esto sino nuestras tradiciones? Quemamos el Titán para despejar el camino para la primavera, y el hecho de que haya gente de Holl allí no me importa”.

Charl se acercó a mi banco, interrumpiendo mi atenta escucha. “¿Puedo sentarme?”

– Por favor.

“No entiendo nada de esto”, me dijo.

– “Yo tampoco; pero lo estoy pasando bien”.

Él se rió y yo me desmayé un poco por él. Seguramente, si mi piel pudiera haberse puesto roja, lo habría hecho.

“¿Bebiste?” preguntó.

– Un poquito, pero no mucho. ¡Está muy rica la frenna!

– En ese caso, si me permites, ¿podríamos ir a algún lugar un poco más íntimo? ¿O podemos esperar hasta que esté sobrio y ver cómo se siente?”

Puso su mano en mi muslo. Extendí la mano y puse mi mano sobre la suya. Él sonrió, yo sonréi.

Y diez minutos después, en el tejado de la casa de huéspedes, intentó asesinarme.

Capítulo XI

Estábamos solos en las gradas cuando blandió el cuchillo.

“¡Perjurio!” gritó, luego se lanzó hacia mí.

En un instante, apreté mi puño contra el bronce. Ni siquiera recuerdo haberlo sacado de mi bolso; de repente lo apreté en mi palma. Los tiroteos eran algo nuevo y aterrador, pero estoy familiarizado con las peleas con cuchillo. Le ofrecí mi brazo, el herido, y mordió el anzuelo. Incluso las enredaderas tienden a atacar al objetivo más cercano. Retiré mi brazo y le propiné un golpe en el esternón con el otro puño.

“¡Ayuda! ¡A mí!”

Me acerqué a él y sacó un arma. Tramposo. Escuché mi grito de angustia reverberando indistintamente abajo.

“Te conozco, ¿verdad? pregunté. Estabas con los imperiales”.

Amartilló su pistola. Salté hacia un lado cuando él apretó el gatillo y mi hombro bueno se estrelló contra el banco.

Dejó escapar un aullido enojado y corrigió su posición para apuntar de nuevo.

Giré mi cuerpo y la bala destrozó la madera donde había estado hace un momento. Recuperé el equilibrio y me lancé hacia su arma antes de que pudiera amartillarla para disparar por tercera vez. La lucha continuó mientras yo pedía ayuda implacablemente.

Mientras forcejeábamos, escuché pasos corriendo escaleras arriba. Pero no era rival para este oponente. Él había recibido entrenamiento militar y yo tenía una herida de bala.

“¡Déjalo ir!”, gritó una anciana y, de repente, una bota golpeó a Charl en las costillas con feroz determinación.

Se alejó de mí y se levantó. Me levanté con dificultad y vi que las tres personas cuya conversación había escuchado antes habían corrido hacia el techo. La más joven de las dos damas, aunque rondaba los cincuenta años, fue la que se arrojó sobre él, y ahora blandía una taza de cerámica.

“¡Retrocede, vieja!” –gritó Charl–. ¡Tengo un arma!

“No estoy ciega”, respondió ella, luego caminó hacia él, barriendo el aire con su taza.

Tiró y mi corazón dio un vuelco en mi pecho. La bala alcanzó a la mujer en el antebrazo, y no iría tan lejos como para maldecir, pero me pareció oír su hueso romperse desde donde estaba. Agarré a Charl por las piernas mientras los amigos de mi salvador corrían y desarmaban a mi atacante.

El asistente al festival de cabello gris se volvió hacia la mujer que estaba en el suelo y la ayudó a levantar su extremidad herida por encima de su pecho. Unas diez personas más se habían reunido en lo alto de las escaleras; un hombre curó la herida, ordenó a un transeúnte que hiciera retroceder a la multitud, otro que le acercara equipo médico y un tercero que lo asistiera mientras le hacía un torniquete con su camiseta. Todos siguieron sus instrucciones.

La mayor de las dos mujeres agarró el arma y me miró.

“¿Quién es él?” preguntó ella.

“Un asesino”, respondí, recuperando el aliento. Enviado a matarme. Borolian.

–Y tú, ¿quién eres?

– Dimos. Periodista. De la Compañía Libre de Andrómeda Azul”.

Se volvió hacia el prisionero, apuntó a su pecho, hizo una mueca y apretó el gatillo. Luego retiró el martillo y continuó disparando contra su cadáver hasta que se quedó sin municiones. En todo momento, mantuvo una mano en la cara, mirando a través de sus dedos.

“¿Por qué me rescataste?” Pregunté una vez sentado en el estrado con mis tres benefactores. “Tenía un arma. Podría haberte matado.

“Eres nuevo aquí”, observó el anciano. “Así es como funciona en Hron”.

Más tarde encontré a Nola. “En la azotea, un hombre atendió la herida de bala de una señora mayor. Dio órdenes a los presentes, como un soldado, y todos obedecieron. Entonces seguís la autoridad aquí, ¿verdad?”

Nola pensó en la pregunta durante un buen minuto antes de responder: “Sí, eso es cierto. En determinadas circunstancias, permitimos que personas con gran experiencia se hagan cargo. Y no tiene nada de restrictivo. Es uno de los mejores sentimientos del mundo dejar que otra persona te mande, a veces, siempre y cuando sea algo elegido. A veces, lo peor que sucede cuando no das el consentimiento es absolutamente inaudito aunque estés de acuerdo. Caricias, sexo, sumisión, obediencia. En la pelea, la confesión, la conversación, la responsabilidad, la elección es lo que marca la diferencia”.

Aquella noche dormí mal y fue un placer, después de una pesadilla, despertarme en la misma habitación que mis amigos. Sorros había salido de la casa de Marly y estaba acurrucado contra Nola en la cama encima de la mía; ambos roncaban pacíficamente.

Me quedé mirando la luz de la luna en el suelo de la habitación durante lo que debió haber sido una hora. Apenas recordaba la persona que era cuando me puse una máscara para caminar penosamente por el bosque con la Compañía Libre antes de la batalla, y la novedad y el vértigo de la guerra hacía tiempo que habían desaparecido. Estaba exhausto, agitado y, lo peor de todo, perseguido. Extrañaba mi apartamento y la relativa seguridad de la casi pobreza que había dejado atrás.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, nuestro pequeño grupo de la Compañía Libre consideró sus opciones.

“No podemos quedarnos aquí”, dije, a lo que todos estuvieron de acuerdo.

“Nos vamos a Holl”, sugirió Nola, “desde donde sólo estaremos a cinco días de Hronople. Una vez allí, podemos convocar un consejo de guerra.

“Entonces no deberíamos demorarnos”, dijo Dory.

– ¿Ahora?” preguntó Sorros lanzando una mirada angustiada a la comida que íbamos a tener que dejar atrás.

“Corré la voz para reunirnos en la plaza después del almuerzo”, dijo Nola. Los asistentes al festival quieren escuchar recuerdos de la guerra. Desafortunadamente, vamos a tener que hablar con ellos de la guerra que se avecina”.

“Sé que no os gusto mucho”, comenzó Sorros más tarde, desde donde se encontraba en el centro de la plaza, en el mismo lugar donde hasta hace poco había estado la cabeza de Lord Winter. Había tanta gente como durante las ceremonias nocturnas, y las mismas figuras blancas pasaban entre la multitud repartiendo comida y bebida.

“Borolia nos gusta aún menos”, gritó alguien, lo que provocó una gran carcajada.

Nola dio un paso adelante. Nunca se vio tan alta ni tan poderosa como ese día, con su ropa de miliciana recién planchada. Cuando habló la general, la escuchamos.

“El ejército llegó y atacó las aldeas más pequeñas, se apoderó de su ganado y de sus provisiones de invierno como si fueran bandoleros. Mataron a los que sospechaban que eran milicianos, y cuando Sotoris intentó defenderse, ¡quemaron la ciudad hasta los cimientos!”

La gente comenzó a murmurar ante ese anuncio.

“Los hombres que hicieron esto están muertos”. De hecho, el término que utilizó no incluye a toda la humanidad como ocurre en otros idiomas, por lo que su elección de vocabulario tenía como objetivo enfatizar el género de los soldados. “La Compañía Libre de Andrómeda Azul les tendió una emboscada y los mató”.

Esto le valió una larga y cálida ovación.

Y continuó: “No estaríamos vivos, y mucho menos victoriosos, sin la ayuda de Dimos Horacki, un periodista que vio la injusticia como lo que era, un hombre que huyó de nuestros enemigos y se unió a nuestro bando”. Decidí no presionarla sobre el detalle de que simplemente había sobrevivido y no huido. “Y trae... noticias desafortunadas”. Por favor, amigos míos, camaradas, escuchen lo que tiene que decirles”.

Avancé. No estoy seguro de por qué no me sentía nervioso al hablar un idioma extranjero frente a tantos extraños. Quizás, como me gusta pensar, nací para actuar. Con toda probabilidad, todavía me estaba recuperando del intento de asesinato de la noche anterior y, para ser sincero, mi única preocupación por el tamaño de la multitud era que pudiera haber otro asesino escondido allí. Pero los milicianos estaban atentos y un asesino potencial tenía pocas posibilidades de sobrevivir si me atacaba.

“Hemos acabado con Dolan Wilder, general de armas de las tropas imperiales de Su Majestad, y hemos acabado o derrotado a sus hombres. Se trata de un duro golpe para la maquinaria de propaganda boroliana: habían invertido mucho en Wilder y su muerte no se tomará a la ligera”. Aunque hice lo mejor que pude, mi voz no tenía el poder de la de Nola, y tuve que hacer pausas de vez en cuando para permitir que aquellos que me entendían repitieran mis palabras a los demás.

“Vinieron a Cerracs para explotar a un pueblo de salvajes”, continué. Para extraer carbón y hierro de sus montañas. No esperaban encontrar resistencia. Pero volverán con fuerza. Serán cien veces más numerosos.

– ¿Qué tan pronto?, preguntó alguien.

– No sé. En primavera, con toda probabilidad. En verano, si quieren tener cuidado.

– ¿Cuántos?”

Lo habíamos discutido toda la mañana y, para consternación de Nola, habíamos decidido decirles la verdad. Estaba convencida de que esto sólo les inspiraría desesperación. Sorros sostuvo que el pueblo debe saber todo para poder tomar decisiones informadas y ser verdaderamente autónomo. “El emperador comanda

treinta mil hombres”, anuncié. Para el verano, podría tener cuatro veces ese número, todos soldados experimentados”.

Nada de lo que he dicho en mi vida ha causado más miedo en más personas que esas dos frases. Algunos sacudieron la cabeza y miraron hacia abajo. Otros miraban a su alrededor, como si el ejército ya estuviera sobre ellos.

“¡Estamos en problemas!” gritó un niño.

– “¡No estamos en problemas!” Respondió Grem mientras subía al frente del escenario, sostenido por su hermana. “Al decir eso, estás insinuando que mis amigos murieron en vano”.

– ¡A la mierda! repitió el niño. Y que se jodan tus amigos, que se jodan tus piernas, ¡eso es todo lo que tenemos que hacer de todos modos!

– ¡Ya basta!” rugió Dory. La mayoría de los susurros se habían calmado. Nunca entenderé cómo algunas personas logran llamar tanto la atención y otras no. “¿Cuántos borolianos conocen estas montañas? ¿O los cañones? ¿Cuántos soldados imperiales conocen la diferencia entre un camino rocoso y un río represado que espera barrerlos? ¡Luchamos por Hron, maldita sea, mientras ellos luchan por fichas o vales que recolectan para cambiarlas por sexo y comida!”

Nola continuó: “Podemos ganar. No digo que sea una certeza, pero tenemos posibilidades de hacerlo. La victoria es posible si aceptamos actuar ahora. Debemos movilizar a la milicia y entrenar combatientes, construir armas, establecer puestos y emboscadas, fortificar nuestras ciudades, todo eso. Es necesario que todos recopilen ideas y, sobre todo, ponerse manos a la obra. Dentro de un mes se celebrará una Asamblea de guerra en Hronople. Cada comunidad, cada granja y cada milicia debería enviar un portavoz para que podamos compartir nuestros planes, nuestras necesidades y nuestros conocimientos”.

Durante mi carrera como periodista, rara vez he tenido la tentación de mentir sobre el papel, pero realmente me hubiera gustado escribir aquí que la multitud estaba jubilosa, que habíamos inflamado los espíritus y habíamos abierto el camino con un sentimiento de renovación y esperanza. Obviamente, ese no fue el caso. Las noticias que trajimos fueron desalentadoras y, aunque hicimos todo lo posible para elevar la moral, el ambiente general era de pesimismo.

Una vez terminada la reunión, nos preparamos para partir. Primero hacia Holl y luego hacia Hronople. Grem y Dory decidieron acompañarnos, en parte para proporcionarnos dos pares de ojos y brazos extra en caso de un ataque en el camino, pero también para llevar a Grem a un protésico.

“No eres tan malo como pensaba”, me dijo Sakana mientras me ayudaba a guardar mis cosas.

– Gracias.

– No, lo digo en serio. Y lo más importante, lamento haberte tratado como lo hice el primer día.

“Ya está olvidado”, respondí. Y le agradezco sinceramente su hospitalidad”.

Ella sonrió de oreja a oreja. “Pronto será mi turno de disfrutarlo. Me voy con Varine. Nos has inspirado y vamos a correr la voz”. “Prepárense para la guerra y envíen representantes a la Asamblea”. Según Varine, podemos ganar seis ciudades, tal vez incluso siete, y llegar a Hronople a tiempo. Mañana hay una reunión para aquellos que quieran ofrecerse como mensajeros, para que no nos olvidemos de ninguna localidad.

– Espero verte de nuevo en Hronople”.

Firmé el libro de visitas a la entrada de la casa de huéspedes, describiendo quizás con demasiado detalle (la maldición del escritor) lo agradable que había sido mi estancia.

Salaz y Repugnante nos dieron una fiesta cuando los recogimos de la perrera antes de salir de Moliknari, y la mujer que los había cuidado pareció aliviada de verlos irse.

“No son perros de ciudad”, si no recuerdo mal sus palabras. “Estoy segura de que son encantadores, pero no pertenecen aquí”.

Este intercambio está más claro en mi memoria que muchos otros encuentros que tuve en Hron, porque fue allí donde me di cuenta de que esta actitud brusca y malhumorada era endémica en este país. Curioso, para gente que comparte libremente y no guarda rastro de deudas o riqueza.

Y luego nos marchamos y recordé lo doloroso que es viajar con una herida de bala en el brazo.

Capítulo XII

“¿Es doloroso?”, me preguntó Nola mientras limpiaba mi herida.

– ¡Sí, maldita sea! Duele muchísimo.

– Lo siento. Voy a desinfectar tu herida. ¿Me vas a arrancar un diente?

“No tengo idea”, admití, probablemente con la boca pastosa.

– No haré nada mientras corra el riesgo de que me golpeen.

– “Intentaré contenerme”.

Derramó alcohol sobre la herida. El dolor era tan intenso que no tenía nada con qué compararlo. Afortunadamente estaba completamente borracho. Ni siquiera le pegué a Nola.

“¿Puedo desmayarme ahora?”

“Todavía no”, respondió ella. “Espera hasta que te cambie las vendas”.

Tomó la compresa recién hervida de su cuenco de hierbas medicinales y la envolvió alrededor de mi brazo. El dolor era agudo pero, al lado del desinfectante, era como la picadura de un mosquito.

“Ahora puedes desmayarte”, dijo. Pero esta vez ten cuidado de no meterte en el barro mientras juegas con un perro.

–Sí, general”. Y puse los ojos en blanco.

Paramos a pasar la noche en una de los cientos, si no miles, de pequeñas propiedades que salpican el país. La mayoría eran granjas o albergues de artesanos. Esta, según nos explicó Sorros mientras nos acercábamos, hacía las veces de biblioteca.

Se escucharon ladridos y un gigante atravesó la puerta principal para llevarnos al establo.

Al ver a Sorros, el hombre oso lo abrazó y lo levantó unos buenos sesenta centímetros. Luego tomó nuestras manos entre las suyas, una por una, mientras nos presentábamos.

“Este es Mol”, dijo Sorros. Tengo mucha experiencia con idiomas extranjeros, pero me tomó tres intentos lograr que estuviera satisfecho con mi pronunciación.

“Los amigos de Sorros son mis amigos”, dijo mientras nos hacía pasar.

Adentro hacía una temperatura de verano y nos pusimos calzoncillos largos en la sala del frente.

La casa, extensa, aunque de una sola planta, estaba construida en parte con cristal. Cada pared que no era también una ventana servía como estantería para libros, y vi obras en no menos de ocho idiomas distintos. Un ambiente cálido y mucha lectura, eso es todo. Realmente quería no irme nunca más.

La “cocina” era sólo una encimera en la sala de estar; Nos sentamos en cómodos asientos mientras Mol regresaba a su estofado. Un gato negro, grande y juguetón, aterrizó en mi regazo en un abrir y cerrar de ojos.

“Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?”, pregunté.

“Tengan cuidado”, advirtió Sorros. “Dimos es periodista”.

Mol se rió cortésmente antes de responderme: “Yo soplo el vaso. Mi esposa Somi, ella está en la ciudad; odia el invierno: es historiadora especializada en estrategia militar”.

Dory y Nola levantaron la vista.

“Todos estos libros... comenzaron primero.

- Historia de la guerra, teoría táctica. Análisis de batallas.
- ¿Podemos...?

“Nada que parezca tener menos de... digamos cien años”, dijo Mol. Y Somi me matará si dañáis algo. Por lo demás, divertíos”.

Intercambiaron una mirada como si fueran dos niños, luego saltaron de sus asientos y comenzaron su exploración.

“Dile a Dimos por qué vives aquí”, lo animó Sorros. Cuéntale cómo calientas la casa.

– Por energía geotérmica, respondió Mol. Toda la finca está construida sobre una grieta que pasa bajo tierra.

– ¿Vives en un volcán?, pregunté. ¿Estoy sentado sobre un volcán?

“No en la cima”, corrigió. En la ladera. Y es cierto: un día, esta casa acabará reducida a cenizas o enterrada bajo roca

fundida. Pero mientras tanto, tengo calor y tengo la estufa de mis sueños.

“Mol suministra ventanas a la mitad del oeste de Hron”, dijo Sorros. Nunca lo había visto tan orgulloso de nada.

“¿Cómo lo haces?”

– Bueno, no soy parte de ninguna ciudad en particular, pero incluso si lo fuera, no sería muy diferente. Las ciudades y las pequeñas granjas se envían bienes entre sí (comercian, si se quiere) tal como lo hacen los habitantes de las ciudades entre sí. Puedo ir a Holl y recoger suministros, y ellos saben que pueden servirse un vaso cuando quieran. Cultivo y cazo mi comida y los comerciantes me dan semillas. Pero no todo el mundo necesita ventanas todo el tiempo, mientras que yo necesito comer todos los días. Entonces no puede ser en ambos sentidos. No es trueque.

– Lo entiendo bien, dije, pero ¿en caso de hambruna? ¿Realmente un granjero de Holl va a darle grano cuando apenas tiene suficiente para su familia? O si la mitad del país sufre sequía, ¿pueden las personas afectadas obligar a otros a alimentarlos?

– ¿Forzarlos? –repitió Mol–. No. Y sucedió varias veces. “Es durante los años difíciles cuando aprendemos quiénes son nuestros verdaderos amigos”.

Pensé en mis años en una pensión y, más aún, en los que pasé en la calle. “Es fácil compartir cuando hay suficiente para toda la mesa, pero menos cuando hay problemas de hambre.

– ¡Nada es más cierto! –exclamó Mol–. Hubo años sin él. Pero así como la adversidad puede alejar a las personas haciéndolas reprimirse, también puede sacar lo mejor de ellas. Al final, todos estamos de acuerdo: si se nos acaba, Hron lo compartirá con Hron. Es difícil y a nadie le gusta, pero lo hacemos de todos modos.

–¿Eso es parte del trato?”

Mol se rió. “No tengo ni idea. Creo que sí, ¿sí?

“Por eso se le pidió a Karak que abandonara Hron”, dijo Sorros.

– ¿Indulto? pregunté.

– Esperamos que una cultura respete el Acuerdo de la misma manera que los individuos. Si algunas personas no quieren compartir, bueno, es su problema, pero el resto preferimos juntarnos con gente que defiende esos valores. Karak era sólo una tierra de cultivo en el extremo sureste de Hron cuando se firmó el Acuerdo, y abrieron sus puertas a cualquiera que anhelara la “verdadera libertad”. Cinco años después, todo el oeste y el norte del país perdieron sus

cosechas y todos colaboraron. Todos excepto Karak. ¿Quieren vivir en autosuficiencia? Muy bien por ellos.

– Entiendo mejor por qué no te gustan.

– ¡Por Hron, entonces!“ proclamó Mol mientras nos entregaba platos de estofado. “Verduras del invernadero, cereales de las laderas y traídas de medio continente”.

Levantamos nuestros cuencos como para brindar y comenzamos nuestra comida. Los viajes largos pasan factura.

Después de cenar, Nola y Sorros se escaparon a dar un paseo a la luz de la luna y nos quedamos despiertos hasta tarde charlando. Grem estaba lleno de espíritu y pude ver su antigua personalidad resurgiendo bajo la oscuridad.

“¿Cómo está tu pierna?” Le pregunté.

“Mi falta de piernas”, corrigió, pero con una sonrisa.

– ¿Cómo está la pierna que te falta?

– Bien. Ya no tengo dolores constantes.

“Todavía tengo tu concertina”, le recordé.

– Es demasiado pronto. Volveré a ello algún día, pero no ahora.

– Mol, dijo Dory, conoces a Sorros desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

– Es cierto.

– “Cuéntanos algunas cosas vergonzosas sobre él”.

Mol miró su cerveza por unos momentos; estaba pensando.

“Sorros Ralm. Crecimos juntos en Moliknari. Él se fue a las Empresas Libres y yo a hacer vidrio.

– ¿Erais amigos de la infancia? –Preguntó Dory.

– ¡No! No es así. Nunca he conocido a un hombre que odie tanto el trabajo como él. Juro por la Montaña que se unió a la milicia porque prefería que le dispararan antes que trabajar duro. Y eso fue sólo después de que la mitad de la ciudad amenazara con cortar los lazos si él no hacía algo. Si querías una historia, aquí la tienes: cuando teníamos, digamos, catorce años, organizamos el Festival de Verano y Sorros decidió que la frenna no era suficiente para él: necesitaba licor fuerte. Cayó la noche y nos reunimos en la plaza. La canción del verano había comenzado. Para presentar el Titan Maple, mis amigos y yo quitamos las lonas. Y allí descubrimos al joven señor Ralm, completamente desnudo y roncando como un campanero, hecho un ovillo en la coronilla. Gritamos para despertarlo y saltó antes de vomitar sobre los cantantes”.

Dory, que había empezado a reír a mitad de la historia, se echó a reír.

“¿Y luego qué pasó?”, pregunté.

– Lo derribamos, le echamos unos cuantos cubos de agua para que se recuperara y la multitud cortó en pedazos al Titán mientras cantaba el himno del verano.

– No, quiero decir: ¿qué pasó entre tú y Sorros? ¿Estáis cerca ahora?

– Ah, dijo Mol. Es una historia mejor. Más divertida, en cualquier caso. Un año después, del incidente en Moliknari... no aquel en el que Sorros estaba desnudo y borracho, aquel en el que mató a alguien... vino aquí a estudiar con Somi. Se quedó todo el invierno y realmente se enamoraron el uno del otro.

“Eso debe haber sido difícil”, dije.

– Esto es lo que salvó mi matrimonio. Sí, no fue fácil en ese momento, pero tampoco fue tan malo. Él fue muy atento con ella y conmigo, y lo discutimos extensamente. Ella y yo llevábamos dos años casados y la llama ya se estaba apagando. Sorros se mudó con nosotros durante unos meses y, de repente, allí estábamos otra vez. Se sintió oprimida y ni siquiera se dio cuenta. Desde entonces, ha pasado el invierno en Hronople y nuestra relación es más fuerte que nunca.

– ¿Eso es común por aquí?

– ¿Relaciones abiertas? –Preguntó Mol. Sí, quizás no sea la norma. Es curioso, después de todos estos años, ver a Sorros y Nola... ¡estos dos realmente están hechos el uno para el otro!

– “Cada uno debe encontrar el zapato adecuado, como dicen”.

Mol levantó su vaso y bebió su contenido, luego miró por la ventana detrás de mí, sonriendo.

Me di vuelta y vi a Sorros y Nola en el patio, de la mano, bañados por la luz de la luna.

Entramos en Holl la tarde siguiente y, por primera vez desde que comenzó mi viaje, nadie nos esperaba en la plaza del pueblo.

“¿Adónde se han ido todos?”, pregunté. Nos habíamos cruzado con algunos pastores que llevaban a sus animales al campo, pero la ciudad en sí parecía casi abandonada.

“En sus casas, sin duda”, dijo Sorros. Es invierno. Una cuarta parte de los vecinos tuvo que ir al festival y no volverá hasta dentro de varios días; los demás deben estar en casa, disfrutando del calor de su estufa de leña”.

Una vez que me acostumbré a este país, comencé a comprender lo diferentes que son las ciudades entre sí. El estilo arquitectónico lo dictan los materiales de construcción disponibles y las condiciones climáticas, pero cada localidad tiene una estética que sus vecinos no tienen. En Holl, la mampostería es impresionante y muchos de los edificios cuentan con gárgolas y adornos que datan de hace un milenio.

Nos dirigimos a la casa de huéspedes y guardamos nuestros caballos en el establo. Hacía mucho calor allí, ya que estaba diseñado como una especie de invernadero: la pared sur, orientada hacia el sol de invierno, estaba formada por un marco revestido con varios gruesos paneles de vidrio, mientras que la pared norte estaba enterrada en la colina para aprovechar el aislamiento térmico. Dejamos a Salaz y Repugnante con los caballos y entramos en la casa de huéspedes, donde lamentablemente la temperatura era mucho menos agradable que en el establo.

Cerca del fuego, una joven en silla de ruedas y un hombre en un gran sillón acolchado levantaron la cara de su lectura para dar la bienvenida a los recién llegados.

“¿Podemos ayudarles?” “Por su voz, pensé que podía adivinar que la mujer tenía una discapacidad física y mental.

“Somos de la Compañía Libre de Andrómeda Azul”, anunció Nola. Vamos a Hronople para convocar una

Asamblea de guerra. Si es posible, también nos gustaría celebrar una aquí en Holl”.

El joven se acercó a nosotros y asintió, luego se puso la capa, le indicó a Nola que lo acompañara y ambos salieron por la puerta.

A la mañana siguiente fumé el tabaco que me quedaba mientras el sol asomaba sobre las cumbres.

“¿Dónde puedo encontrar tabaco?”, pregunté.

“En ninguna parte”, respondió Sorros. No en Hron”.

Me enojé. “¿Habéis prohibido el tabaco?

– No, por aquí no crece.

– Tampoco lo intercambiáis, ¿esa es la idea?

– No tenemos un sistema de trueque institucionalizado. Intercambiamos bienes a través de la ayuda mutua. A menos que descubramos otro país anarquista, dudo que importemos tabaco.

– “¡Esto es absurdo!” Finalmente encontré algo que no me gustó de Hron. “Los países no hacen negocios entre sí por amor a sus vecinos. El comercio enriquece la vida, ofrece variedad, promueve el progreso...”

– “No nos importa”.

Estaba furioso.

“Generalmente tomamos nuestras decisiones de forma independiente, ya sea individualmente o en grupos pequeños”, me dijo Grem mientras él, Dory y yo caminábamos por las calles hacia la asamblea. “Las reuniones de la junta garantizan que las acciones de algunos no molesten a otros. Se utilizan principalmente para la coordinación o el intercambio de información, como la que propusimos a Hronople. Pero a veces, toda la ciudad tiene que decidir; en este caso la cuestión también se plantea durante el Consejo. Cada localidad a su manera. En Sotoris era una vez por semana, más en caso de emergencia. La sesión es pública y se pueden discutir todos los temas. Es muy aburrido.

“Cuéntame más”, les pregunté. No lo aburrido que es, sino sobre lo que se discute.

– Hagamos como si quisiera construir una casa, ¿vale? Este es principalmente mi problema, pero supongamos que mi idea afecta a otros, por ejemplo: ¿voy a ocultar el sol a mis vecinos? Y entonces, será mejor que hable con el Consejo al respecto para que todos sepan cuáles son mis intenciones. Si alguien tiene objeciones, esta es una oportunidad para expresarlas y llegar a una solución.

– ¿Qué tipo de decisiones requieren la opinión de todos?, pregunté.

–Esas son bastante raras, ¿sabes? Aunque quisiera, digamos, cambiar el nombre de Sotoris a Gremsville. De todos modos, ningún lugar tiene un nombre “oficial”; un nombre es simplemente la forma que todos hemos elegido más o menos para designar una cosa. Así que no tiene sentido presentar mi propuesta al Consejo: tendré que llamarla Gremsville y ver si tiene éxito.

– Me gusta ese nuevo nombre.

“Sí, ten cuidado de no prenderle fuego una segunda vez”, bromeó. Bien, hay algo que sucedió aquí en Holl. Hace diez años, todo el mundo enfermó. Se hizo una investigación y se descubrió que era por la mierda. Los viejos pozos negros estaban llenos. Algunas personas estudiaron los detalles técnicos de la instalación de una alcantarilla, pero no podían llamar a las casas de las personas e instalar mejores letrinas sin informarles primero, por lo que acudieron al Consejo. Afortunadamente, no fue difícil convencer a los residentes. Posteriormente, el sistema que crearon, con lombrices para tratar los residuos, se instaló en casi la mitad del país.

–¿Entonces el Consejo es su gobierno?

“Debes estar harto de esa respuesta, pero... sí y no”, se disculpó Grem. Más bien no. Sus decisiones sólo se aplican a él mismo y a las personas que deciden seguir las, en otras palabras: a la mayoría de nosotros, la mayor parte del tiempo. Pero si no estoy de acuerdo con una conclusión de

la junta, por ejemplo, porque es aburrido asistir, entonces no estoy realmente obligado a estar de acuerdo con ella. Dicho esto, como tengo mucho que ganar siendo parte de la sociedad y prefiero seguir por este camino, es de mi interés cumplir.

“Yo no lo encuentro tan aburrido”, intervino Dory. Fue la primera vez que abrió la boca durante este viaje.

“Eso es porque estás senil”, se burló Grem.

Llegamos frente al edificio del Consejo, un quiosco de piedra con una gruesa lona a los lados para aislarlo del frío, y entramos. Allí estaban reunidas unas doscientas personas, aproximadamente un tercio de la población, sentadas en gradas concéntricas, bebiendo té, carsa y alcohol en jarras de gres. Los tres nos sentamos en la fila más alta, cerca de Sorros y los dos conserjes de la pensión, y abrimos los oídos.

Al fondo, en el centro del anfiteatro, estaban Nola y un distinguido hombre de mediana edad que parecía presidir la sesión.

“Ahora daremos la palabra a nuestros invitados”, declaró.

“Gracias”, dijo Nola.

– ¿De dónde eres?, interrumpió una voz después de escuchar su acento.

“No veo qué diferencia hay”, respondió alguien más.

“Vengo de Vorronia”, dijo Nola, “y entiendo que mi origen podría influir en vuestras decisiones. He vivido en Hron durante diez años y he pasado la mayor parte vigilando las fronteras junto con la Compañía Libre de Andrómeda Azul.

“Puedo dar fe de ello”, gritó una mujer entre la multitud.

“Yo también”, añadió una voz.

– Pido a quienes dudan de la reputación de nuestros invitados que hagan sus preguntas al final del consejo, exigió el moderador. Por favor, Nola, continúa”.

El discurso de Nola fue similar al que pronunció en Moliknari, al igual que sus resultados. Cuando dijo mi nombre, bajé al pozo y di mis predicciones sobre la fuerza invasora antes de regresar a mi asiento. Una vez terminado su discurso, Nola vino a unirse a nosotros.

“Así pues”, resumió el moderador, “se celebrará un Consejo de guerra en Hronople y se nos ha pedido que nos preparemos para la ofensiva. ¿Deberíamos empezar a reunir ideas ahora? ¿O plantear la cuestión de nuestra defensa a varios think tanks (centros de estudios) antes de reunirlos pronto, por ejemplo mañana?

– Quienes quieran discutirlo a nivel municipal pueden quedarse, recomendó alguien, sabiendo que mañana nos

reuniremos aquí, y los que prefieran pensarlos solos o en pequeños grupos pueden hacer lo que les convenga.

– Está bien! gritó una voz.

– “¿Alguna objeción? ¿Alguna contrapropuesta?” preguntó el moderador.

No hubo ninguna, y mientras algunos abandonaron la sala, presumiblemente para deliberar en otro lugar, muchos permanecieron charlando durante horas. El moderador se guardó su opinión y se contentó con mantener el rumbo de las distintas conversaciones, tomando nota de las digresiones para volver a ellas más tarde. Quedé tan atónito por el proceso como por el debate. Además, el Consejo no parecía abrumado por la prisa o la desesperación, al contrario de lo que habíamos visto en Molknari. Más tarde comprendí que al acercarnos a la gente de Holl como lo hicimos, al presionarlos para que se unieran, simplemente les habíamos proporcionado información y les habíamos devuelto el poder para encontrar la solución a sus problemas. En lugar de gritar frente a una multitud, a la masa de gente, les hablamos como pares y solicitamos su sabiduría colectiva.

Por primera vez en semanas, sentí esperanza. Esperanza, una ducha caliente, una comida caliente y un médico que vino a examinarme a la casa de huéspedes y parecía pensar

que lo peor ya había pasado. El único punto negativo: la ausencia de tabaco.

Pero cuando me di cuenta de que era feliz, volví a tener miedo: la felicidad no puede durar.

Esa noche compartimos una cena muy agradable en la casa de huéspedes y conocimos mejor a los conserjes. La mujer, Hillim, estaba estudiando para ser planificadora agrícola y pasaba sus días devorando libros sobre el tema. Apenas entendí de qué se hablaba, al no tener casi experiencia en el tema y porque seguir una conversación técnica en un idioma extranjero nunca es fácil. De lo poco que logré deducir, ella aspiraba a crear huertos que funcionaran como bosques, donde la actividad humana se mantuviera al mínimo. Aún así, era fascinante escucharlo y, una vez que te acostumbrabas, su impedimento del habla no era realmente un problema.

Sjolis era sordo, y el lenguaje de signos hroniano aparentemente no tenía nada en común (ni siquiera gramática, curiosamente) con el que yo conocía. Se unió a la conversación haciéndole señas a Hillim, que estaba traduciendo para nosotros. Ayudaba en el campo, dijo, y le encantaba escalar, pero no sabía qué quería hacer con su vida. Había considerado unirse a una Compañía Libre, pero no estaba seguro de estar preparado para pasar un tiempo lejos de Hillim.

Este último y yo hicimos muffins de postre y se los servimos a nuestros amigos con grandes sonrisas. Nadie bebía, pero todos estaban felices. Luego jugábamos a juegos como “Los secretos de la piedra” o “Enfrentando la eternidad” hasta altas horas de la madrugada, y compartíamos nuestras historias, nuestros miedos y nuestros sueños.

Pero para mi gran decepción, decidimos quedarnos sólo una noche en Holl. El invierno sólo iba a empeorar y no había manera de que Grem o yo no estuviéramos esquiando pronto. Si quisiéramos llegar a Hronople, tendríamos que llegar antes de que nevara.

Por la mañana, al firmar el libro de visitas, además de detenerme en la inteligencia del moderador, escribí:

“De todas las ciudades que visité en Hron, Holl es, con diferencia, mi favorita. Pasé un día entero allí y nadie intentó asesinarme”.

Capítulo XIII

El Keleni fluye hacia el suroeste desde la cordillera de Cerracs, hinchada por la nieve derretida de las cumbres de los montes Nisit y Raum. Atraviesa el valle de Keleni, que muchos llaman el corazón de Cerracs, y luego, llegando al borde de la meseta, se lanza al vacío. Sus cataratas se encuentran entre las más grandes del mundo, según me han dicho, con doscientos metros de ancho y desembocando en el cañón situado a casi ochocientos metros más abajo.

Hronople se extiende sobre el río y la cima de las cataratas, de modo que, nada más llegar al valle, pudimos admirar los arcoíris que saltaban en la niebla que emergía de las murallas de la ciudad. Tiene un aspecto más o menos medieval (bastante extraño, teniendo en cuenta que la mayor parte de la ciudad no tiene más de treinta años),

aunque las tendencias arquitectónicas de los Cerracs también están presentes en los patrones de vidrio y piedra de los tejados a dos aguas. Hronople es un trabajo en progreso, pero sus edificios más grandes están al norte, lejos de las cataratas, y descienden a medida que te acercas, lo que hace que la ciudad parezca una enorme escalera. Al parecer, esta disposición fue diseñada para capturar mejor la luz del sol de invierno.

Aquí sale a la luz el diccionario geográfico que dormitaba en mí, porque aquí me siento tentado a hablar en superlativos, como los que otorgué a ciudades que nunca había visitado y que fueron, a pesar de ello, objeto de mis artículos en la sección de viajes. Sí, Hronople es encantador, pintoresco, único –me atrevería a decir: “de visita obligada”– pero el espectáculo del destino es inseparable de mi experiencia del viaje y, más que nada, de la vista de Hronople. También vi esperanza. A pesar de sus murallas a medio terminar, la ciudad era formidable. El paso que habíamos tomado no era propicio para el paso de un ejército acompañado de sus piezas de artillería y la ventaja del terreno era prácticamente insuperable. Entonces la guerra parecía haber quedado atrás.

Cuanto más nos acercábamos a las puertas, más se relajaba Sorros y se convertía en el hombre que había conocido en el frente. Cuando el camino nos llevó a través de un bosque joven poblado de robles y avellanos, se complació en señalar las plantas comestibles que crecían por

todas partes. Me explicó que era más un huerto que un bosque, tal como nos lo había descrito la casera de Holl.

El sol, bajo en el horizonte sur, arrojaba un débil resplandor sobre nosotros a través de la niebla. De vez en cuando sentía su calor en mi cara, pero lo que predominaba era el frío cortante del pleno invierno en las montañas. Sin embargo, en las afueras de la ciudad nos encontramos con residentes en mangas de camisa que se afanaban en enormes invernaderos hechos de paneles de vidrio y hierro forjado.

“¿Cómo funciona esto?” Pregunté, señalando a un grupo de trabajadores.

—El valle está atravesado por tuberías geotérmicas, explicó Sorros. Hronople sirvió como hogar de invierno para la mitad de las ciudades de Cerracs hace quinientos años; sus ingenieros son maestros en explotar el calor de la tierra”. Por sus palabras y sus gestos, parecía claro que estaba muy orgulloso del ingenio de su pueblo.

“¿Qué pasó entonces?”

— ¿Perdón?

— “Sirvió” como residencia de invierno. ¿Por qué hablar de ello en tiempo pasado?

– Oh, la fractura. Una ciudad decidió que Hronople le pertenecía y quiso establecerse aquí de forma permanente. A otros no les gustó tanto y... bueno, a veces las palabras dejan paso a las armas, ¿sabes? Cuando terminó, todos prefirieron abandonar la ciudad. Había demasiados fantasmas para su gusto, literal y metafóricamente.

–Hronople es la ciudad de los espectros, dijo Nola. Hron significa fantasma o espectro en antiguo vorroniano.

“Cuando llegaron los refugiados, debían haber cincuenta mil sin ningún lugar adonde ir”, continuó Sorros. Mi madre, la que me parió, me dijo que infierno fue. Los pueblos no estaban entonces en mucho contacto entre sí, en cualquier caso no existía nada que los coordinara y, si había resentimiento hacia los extranjeros por haber monopolizado uno de los valles más bellos de la región, no tenían ningún deseo de detenerlo.

–Espera, un segundo. ¿“Hron” significa “fantasma”? ¿A tu país lo llaman “fantasma”?”

Nola asintió, pero fue Sorros quien respondió: “Originalmente, creo que el concepto mismo de un nombre, de necesitar designar el lugar donde se vive, no tenía ningún significado, sólo de importancia cuando los comparamos con otros nombres”. ¿Y qué son los espíritus? Son seres que no podemos ver ni herir, pero que nos persiguen a través del recuerdo con su presencia. A los refugiados les gustó mucho

este enfoque: la idea de formar un país invisible que aún afectase a las naciones vecinas. Creo que el nombre se quedó porque a nadie le importaba lo suficiente como para oponerse, y de todos modos no podíamos vernos interactuando con personas fuera de Hron.

“Pero no fue así”, objeté. La otra noche levantamos nuestras copas por Hron. Aquí el patriotismo existe, al menos entre las generaciones más jóvenes.

“Es verdad”, coincidió Sorros.

– ¿Es importante?

“Ni idea”, dijo. Tal vez.

– ¿Tenéis una bandera?

– No.

– ¿Lo habréis considerado alguna vez?

– ¿Para qué querríamos una?

– Los símbolos tienen significado. Como los espectros. No son reales, pero afectan lo que les rodea.

– Está bien. Tengo curiosidad: ¿qué gana Borolia con tener una bandera?”

Pensé en su pregunta durante algún tiempo. Fue bueno poder finalmente distraerme del cansancio del viaje a caballo. “Es más fácil ondear una bandera cuando eres un imperio”, admití. Borolia quiere ver el verde y el oro flotando en cada vez más casas y ciudades. En la sala de guerra del *Gazette* había un mapa enorme en la pared y movíamos pequeñas chinchetas a medida que avanzaba el frente.

– No necesitamos eso. La expansión no nos interesa y, francamente, las líneas imaginarias tampoco.

– Pero ¿y si pierdes territorio? ¿Qué pasaría si Holl estuviera ocupado por tropas imperiales?

– A menos que nos maten hasta el último de nosotros, no “ocuparán” nada en absoluto.

– No respondes a mi pregunta.

– ¿Y cuál es tu pregunta? ¿Qué emblema puede estampar un periódico imperialista en su mapa de guerra para representar a Hron? Si tuviéramos una bandera, sería negra. La negación de una bandera.

“O algo con un lindo fantasma”, agregó Dory. No me di cuenta de que ella estaba siguiendo nuestra conversación. “Como el dibujo de un niño”. Eso es lo que yo elegiría.

– ¿Por qué más lo necesitaríamos? –Preguntó Sorros.

– Cuando vamos a la guerra, respondí, todas mis lecturas me llevan a creer que las pancartas y los estandartes, como símbolos, mejoran la moral. Son los objetos tangibles que representan el ideal intangible.

“Eso es evidente”, dijo Nola. Lo pensé mucho. He dirigido tropas y las banderas inspiran lealtad. Pero dentro de la Compañía Libre no es esta cualidad lo que buscamos, sino solidaridad y coraje. Para nosotros, pasa por la máscara. Lo heredamos de los revolucionarios: las usaban cuando iban a la batalla para que las autoridades no supieran a quién detener a continuación. Pero lo conservamos porque no representa sólo eso. Es a la vez la bandera y el uniforme: en su forma más simple, puedo identificar a mis amigos incluso en medio de un enfrentamiento. Sé a quién disparar. Pero aún más, sé que ellos y yo somos uno, que mi vida es sólo una parte de un todo. Con él me siento poderoso, tanto como cuando tenía soldados bajo mi mando que habían jurado lealtad a los blancos y rojos”.

Nuestra conversación nos llevó a través del campo de invernaderos y a lo largo del Keleni. Capté un fuerte olor a azufre y poco después pasamos junto a unos diez hombres y mujeres de mediana edad que se relajaban desnudos en una fuente termal y se pasaban un cigarrillo. Me vieron mirándolos y algunos me saludaron con la mano. Les devolví el saludo. ¡Tenía muchas ganas de unirme a ellos!

Ante nosotros se alzaban los edificios más septentrionales de la ciudad, construidos íntegramente de piedra en un estilo tardomedieval, con refinados arbotantes y tejados puntiagudos. Algunos estaban hechos de mármol y escombros expuestos, otras estaban decorados con relieves de colores brillantes esculpidos por manos más o menos hábiles.

Una vez que llegamos a la base de la muralla inacabada, pasamos por lo que probablemente algún día se convertiría en una puerta de la ciudad, pero que entonces no era más que un enorme hueco en las fortificaciones. Al otro lado, una decena de jóvenes de entre cinco y quince años jugaban a gritar números primos y tirarse al suelo.

“Buen día!” dijo una niña de diez años, enterrada bajo un montón de niños más pequeños. Ella los apartó y vino hacia nosotros. “¿Acabáis de llegar?”

“Efectivamente”, dijo Nola, desmontando para acercar su rostro al de la niña. ¿Cuál es la noticia?

– Hemos oído que se va a celebrar una Asamblea de guerra, pero no hasta dentro de varias semanas. Y las plantas de tomate están muertas, Jol y Simol han saltado desde lo alto de las cataratas y sus amigos están molestos, así que si vas al distrito de Glas, ¡espera una fría bienvenida!

- Llevas horas planeando esta broma, dijo Nola, ¿me equivoco?
- ¡Tocado!
- ¿Hay alguna buena noticia?
- Mi madre dijo que las verduras de invierno crecen bien, y Myiline dijo esta mañana que ambas partes en la querella de ingeniería sobre quién es más fuerte si el tren o el zepelín se dieron cuenta de que esa disputa es estúpida, así que empezaron a hablar entre ellos de nuevo. Y mi padre volvió de la montaña por unos días y me trajo un saltamontes del tamaño de mi brazo. Bueno, en realidad no tan grande, pero es muy, muy grande.
- ¿A quién podemos confiar nuestros caballos?
- Myiline dice que hay espacio en todas partes, excepto en Trotteur, donde se tropieza.
- Gracias, excelente trabajo. ¿Llevas mucho tiempo haciendo recepción?

“Sólo desde el almuerzo”, respondió la niña. Pero ya lo hice el mes anterior, y Bijji también lo hizo el año pasado, y como era mi mejor amiga, jugaba con ella todo el tiempo cuando estaba de turno”.

Nos despedimos del comité de recepción y entramos a la ciudad.

“¿Los niños trabajan aquí?

“Lo estás haciendo otra vez”, dijo Sorros.

– ¿Hacer el qué?

– Juzgas nuestras costumbres según tu criterio. De donde vienes, hacer que los niños trabajen es algo malo, ¿no?

– ¡Oh sí! Me repudio.

– Pero ¿cuáles son las razones? –Preguntó Sorros. ¿Es inmoral obligarlos a trabajar porque todo trabajo es inherentemente despreciable y peligroso y, por lo tanto, se les debe dar la oportunidad de crecer a su propio ritmo antes de obligarlos a una vida de esclavitud asalariada sistémica?

– Yo... yo no lo hubiera dicho así. Pero sí, algo así”. Profundicé un poco más en la pregunta. “No, en realidad eso no es cierto en absoluto. Es indecente porque los niños no tienen el capital social de los adultos y, de hecho, es más fácil imponerles malas condiciones de trabajo.

– El mismo argumento se aplica también contra el trabajo de los más pobres, observó Grem.

—Los hornonacs trabajan tanto por la satisfacción de lograr algo productivo para la sociedad como por necesidad, explicó Sorros. No obligamos a los niños a trabajar más que a comer, aprender o jugar. ¿Sabes cuál era mi juego favorito cuando era pequeño? Mis amigos y yo lo llamábamos “el Jardinero”. Teníamos que expulsar los insectos del huerto y cazarlos en equipo. Al final del día, amontonábamos los cuerpos de nuestras presas, y los contábamos. Estábamos compitiendo contra nosotros mismos, así como contra las altas puntuaciones de nuestros equipos y de todo el grupo. Apuesto a que en algún lugar de Moliknari todavía hay una tabla de madera con los registros de cada año grabados. Nadie lo consideraba trabajo.

—¿Entonces por qué siempre evitabas las tareas del hogar?, preguntó Dory.

Nola se echó a reír. Incluso Sorros parecía divertido.

“Mol te contó todo, ¿no es así?”

Dory sonrió.

Dejamos las monturas en el establo de las Nueve Golondrinas, en las afueras de la ciudad. Los palfreneros nos trataron como a la realeza, al menos como héroes, cuando Grem les dijo que éramos parte de una Compañía Libre. Luego continuamos a pie. Esta vez, finalmente, Salaz y Repugnante vinieron con nosotros.

“¿Vamos a quedarnos con ustedes dos?” –Preguntó Grem.

“No hemos tenido un hogar desde que nos fuimos para jugar a ser héroes”, recordó Nola.

–¿Dónde vamos a dormir entonces?, pregunté yo. ¿Hay alguna casa de huéspedes aquí?

“Más o menos”, dijo Nola. Pero, francamente, no son tan buenas como en los que nos alojamos nosotros. El espacio es escaso en Hronople, por lo que las casas suelen estar llenas y tienden a atraer a gente...

– ¿Execrable desde todo punto de vista? Terminó Sorros.

– Iba a decir: “a quien le falta limpieza”.

–Prefiero “execrables”, dijo Sorros. Aunque admito que es un poco mezquino.

“Pero pensé que tú...” comenzó Grem.

“Sí, sí”, dijo Sorros. Nos conocimos en Spotted Mare (Yegua manchada), donde vivíamos ambos. Cambiemos de tema.

–¿Dónde nos vamos a quedar entonces?, pregunté.

“Con los amigos de mi madre”, respondió Sorros. Amigos de Ekarna”.

La ciudad, como tantas otras, se disponía siguiendo una mezcla confusa entre una cuadrícula lógica y un complejo y caótico laberinto. Cuanto más nos acercábamos al corazón de la ciudad, más serpenteaban y se retorcían las calles sobre sí mismas y más improvisada se volvía la arquitectura. La mayoría de las carreteras estaban cubiertas con paneles de madera o vidrio en previsión de las heladas, y no pasó mucho tiempo antes de que me echara el abrigo sobre el hombro y deseara haberme puesto una capa de menos lana.

Más de la mitad de las calles eran más bien callejones y perdí la cuenta de los puentes que crucé para salvar los arroyos helados o el Keleni.

Confié en el rugido de las cascadas para guiarme hacia el sur, pero el laberinto de casas ocultaba la fuente del sonido y pronto me encontré completamente perdido. Finalmente llegamos a una residencia de piedra de dos pisos en cuyo dintel había grabado un caballo de dos cuernos.

Nola sonrió, se quitó los guantes y abrió la puerta.

Las dos semanas que pasé en Hronople fueron sin duda las más felices de mi vida. Nos alojamos en una casa con vista a las cataratas y que estaba entre las más antiguas de la ciudad. Ocho personas vivían allí como comunidad y compartían la cocina y cada uno tenía su propio dormitorio. La mayoría eran médicos, y había un jardinero y una mujer llamada Carhi. Cuando le pregunté a esta última a qué se

dedicaba, me dijo que era “vaga” y me criticó por poner etiquetas a las personas según sus preferencias laborales. Después, Sorros me reveló que estudiaba filosofía y ayudaba aquí y allá.

El ático era un estudio de bellas artes en gran parte sin uso, donde instalamos nuestros sacos de dormir entre los caballetes y las buhardillas. Todas las noches en esa casa me dormía sosteniendo a Repugnante en mis brazos, arrullado por el rugir de las cataratas, y cada mañana, el resplandor del sol de invierno en mi rostro y el aroma del desayuno me despertaban. Dory, Nola y Sorros salían todos los días a realizar sus negocios de milicia y Grem dedicaba su tiempo a rehabilitación para aprender a caminar con una prótesis. El primer grupo me invitó a unirme a ellos, pero rechacé su oferta y preferí deambular solo.

Hronople está dividida en “barrios” donde reinan diversos estilos de vida, aunque cada área tiende a extenderse a sus vecinas. Además, el distrito de Filevent y el de Fer estarían algo entrelazados. Es decir que en realidad es el mismo lugar con dos nombres diferentes, donde viven dos tipos de habitantes cuyas culturas sólo se distinguen en muy pocos puntos. La descentralización es un valor clave en la toma de decisiones (quiero escribir “el gobierno”, pero se enfadarían muchísimo conmigo), y haber dividido la ciudad de esta manera juega un papel importante en ello.

Cuando Sorros me explicó cómo funcionaba este sistema, me imaginé algo similar a la cultura de pandillas embrionaria de Borol, donde el nombre y la identidad son de suma importancia y las fronteras que separan a los clanes, aunque fluidas, de hecho están presentes. Para mi sorpresa y deleite, ese no era el caso en absoluto. Las microculturas se formaron en torno a todo tipo de identidades, desde preferencias laborales hasta aquellas en música o sexualidad; pero en ningún momento conocí a nadie que perteneciera a un solo grupo, y nadie (al menos nadie mayor de veinte años) parecía realmente interesado en esas demarcaciones.

Al tercer día me encontré con el barrio de Encre (Tinta), con sus talleres de encuadernación, sus bibliotecas y sus librerías (la peculiar economía de la ciudad hacía que los matices entre ambos fueran bastante borrosos), y temo haber abandonado un poco los demás barrios después de eso. Pasé la mayor parte de mis días leyendo, algo de escritura y, me avergüenza admitirlo, una fracción ridícula de mi tiempo ayudando en las universidades a las que asistía.

Me acosté con un hombre mayor que yo, de unos treinta y tantos años, que regentaba una de estas tiendas, y me hizo jurar por Dios que guardaría para mí los detalles de nuestros encuentros. “Leo para vadirmé”, dijo, “y no me gusta la perspectiva de encontrarme conmigo mismo al pasar una página”.

La cultura urbana era tan cálida como fría la cultura rural, y la gente allí era tan abierta y amable que resultaba casi desconcertante. Hice amigos muy rápida y fácilmente, pero tal vez no amigos para toda la vida.

Empecé a comportarme de nuevo como un periodista y ya no como un soldado herido, y entrevisté a decenas de personas sobre su vida cotidiana. En general, los habitantes de Hronopolitan parecen más felices que los residentes de Borol, pero no vale la pena detenerse en esta brecha. Se preocupan por sus relaciones y su salud, la guerra, la muerte y la vida que les espera después. En definitiva, todo lo que me preocupaba cuando era niño, excepto el trabajo, los jefes y la pobreza.

Pero si bien la cultura de la ciudad contrastaba con la del campo, la política seguía siendo esencialmente la misma. Interrogué a varias personas y comencé a juntar las piezas del rompecabezas de la historia cronológica. Los refugiados vorronianos habían llegado con sus libertarios y republicanos: dos ideales que tenían muy poco en común. Al final, fue el anarquismo indígena el que prevaleció sobre el gobierno oficial. Las ciudades y pueblos esencialmente han rechazado cualquier forma de Estado autoritario; después de un milenio sin ley ni dinero, no tenían ningún deseo de abandonar sus creencias sólo porque estuvieran dispuestos a confederarse. Al final, se erradicaron todos los rastros de republicanismo y la síntesis de los métodos locales y los adoptados por los refugiados dio origen al Acuerdo.

Sin embargo, fue imposible encontrar una sola alma capaz de admitir que conocía de memoria este maldito Acuerdo.

Una semana antes de la Asamblea, Dory siguió mi rastro hasta la biblioteca y me sacó de mi ensoñación.

“Nos volveremos a ver esta noche después de cenar”, me informó.

–¿Y cuándo cenamos?” Comía principalmente en cafés del barrio de Encre y sólo regresaba a casa las noches en las que dormía solo.

“Ahora”.

Miré mi libro. La cubierta interior estaba marcada con una cruz azul, indicando que no estaba disponible para préstamo. Soltando un suspiro, lo dejé y seguí a Dory fuera del edificio.

“¿Qué estabas leyendo?”

– Se llama *Una página de herejía*.

“Es de Vorronia, ¿no?” ¿Una de las obras revolucionarias?

– ¿Lo has leído?

– No. A mis padres les gustaba mucho, era uno de los libros favoritos de mi padre. Era un refugiado; sus padres fueron asesinados durante el Primer Aliento. Mi madre dijo que la

única razón por la que le gustó ese texto fue porque le ayudó a comprender mejor a mi padre. Intenté leerlo una vez, cuando era más joven, pero todos esos pasajes sobre la negatividad y el nihilismo... Probablemente rimaba con algo en Vorronia, pero no tanto aquí. En Hron creo que lo que importa es saber defenderte a ti mismo y a tus amigos.

– La introducción mencionaba ese tema, dije. Era la primera edición en cer y explicaba las tácticas que describía el autor, como asesinatos, sabotaje de máquinas y... ¿cómo se llama? La “degradación de los instrumentos de la banalidad”. Es más probable que todo esto se justifique en el contexto de... de hecho, se me escapan algunas palabras. Mi certeza es bastante limitada, pero la idea es que estos métodos tienen sentido con un gobierno omnipresente, pero no cuando se está rodeado de libertad”.

Dory asintió. “Mis libros favoritos son de naturaleza más práctica. Mi hermano devora las novelas fantásticas, y a mí, personalmente, me gustan bastante, pero para elegir, me quedaría con un tratado de estrategia sin dudarlo. De todos modos, la mayoría de los ensayos filosóficos que he leído parecen escritos para justificar lo que hicieron los filósofos. ¿Por qué necesitamos dar tantas explicaciones para querer seguir nuestros deseos? ¡Bastaría con hacerlo y punto! Los que piensen que lo hemos hecho bien nos felicitarán, los que piensen lo contrario tocarán sus campanas y, a partir de ahí, podremos articular nuestras acciones futuras.

–Parece filosofía.

“Estás tratando de burlarte de mí, no sólo de ser grosero. ¿Me equivoco?

– Justo en el objetivo.

“Bueno, eso no funciona”, respondió ella. Pero creo que finalmente estoy empezando a entenderte.

– “Perfecto”.

Caminamos por las calles caldeadas de Hronople, y en el camino observé a la gente con la que nos cruzábamos apresuradamente; algunos sonreían, otros no.

“Echo de menos la aventura”, dijo Dory.

– Yo también la echo de menos.

–Y mis amigos. Los muertos, y también los vivos.

Después de todo, no íbamos a ir a casa. Me apreté los faldones de mi abrigo cuando dejamos atrás las calzadas cubiertas y entramos en un enorme almacén de techo bajo justo fuera de los muros orientales. El interior albergaba un taller lleno de hornos, cadenas y otros instrumentos de producción industrial. Vi a mis compañeros de viaje de la Compañía Libre en el pequeño salón junto a tres desconocidos. Aunque todos estaban profundamente

recostados en sus asientos, y a pesar de la abundancia de comida y alcohol sobre la mesa, el ambiente parecía tenso.

“Estamos jodidos”, dijo Sorros.

“No estamos jodidos”, dijo el primer desconocido. Era una mujer de unos treinta años, de pelo rojo rizado y brazos de herrero.

“Bueno, eso está por verse”, dijo uno de los otros dos. Era joven, probablemente de mi edad, y una marca de nacimiento color vino cubría gran parte de su rostro.

El tercero, un anciano de piel pálida, no dijo nada y sólo frunció el ceño bajo su capucha negra profunda.

“¡Dimos!” Sorros me llamó cuando entré. ¿Sería tan amable de explicarle a esta buena gente que estamos jodidos?

“Bueno, yo, eh...”, tartamudeé. Después de unos momentos, recuperé la compostura. “Hola, mi nombre es Dimos”.

“Kata”, dijo la mujer. Este es mi marido, Habik, y el que está debajo del capó se llama Jackal (Chacal)”. Ella había usado el término boroliano para el animal.

“Están fabricando bombas”, dijo Sorros. Y veneno.

“Entre otras cosas”, dijo Kata antes de centrar su atención en mí. Me han dicho que eres un experto en tecnología militar boroliana. Realmente me gustaría que me enseñaras lo que sabes.

– Nunca serví en el ejército de Su Majestad, pero fui reportero de guerra durante varios años.

“Es perfecto”, dijo Kata. Nos las arreglaremos. ¿Vehículos?

– La principal fuerza de ataque de Borolia es su marina.

– Ese es un punto “no estropeado” en la columna, anunció Habik, tomando un portapapeles para trazar una línea.

“Tienen globos aerostáticos”, continué.

–¿Portan armas? –Preguntó Kata.

– No me parece. Su capacidad de carga no es lo suficientemente grande. Los utilizan principalmente para reconocimiento. Y tienen carros blindados, tirados por caballos y equipados con ametralladoras.

–¿Qué es una ametralladora? –Preguntó Habik.

– Un rifle de gran tamaño capaz de disparar cuatrocientas balas por minuto.

– Ah... eso está en la columna de “jodido”.

– ¿Necesitan un vehículo para trasladarlas? –Preguntó Kata.

– Sí, un carro, un tren o un barco.

– En este caso las carreteras son nuestra prioridad. Podemos desenvolvernos con esquís y a caballo y conocemos el terreno.

– ¿Vas a destruir tus propios caminos?, le pregunté.

– Si es necesario, sí. Al menos podríamos colocar minas en lugares estratégicos o volar puentes.

– ¿Con qué? –Preguntó Habik. ¿Cartuchos de caza?

– ¿Qué quieres decir?”

Sorros se levantó y sirvió cerveza en un vaso. “Tenemos, por así decirlo, un... pequeño problema de producción, un problema de armamento”, me confió, entregándome la bebida.

“No tenemos ninguno”, espetó Habik.

– Oh, sí, eso es un problema”. Me senté y tomé un sorbo. “¿Y por qué no?

“Es parte del trato”, respondió Kata. Sección sexta, tecnología: “Las tecnologías que dañan el ecosistema son perjudiciales para la biodiversidad y contribuyen a la

creación de espacios homogéneos e insalubres que obstruyen las libres relaciones entre los pueblos”.

– En otras palabras, ¿no fabricáis armas porque son malas para la tierra?, pregunté.

“En una palabra, sí”, respondió Kata.

– ¡Así que no nos importa el Acuerdo! –exclamó Grem–. Entiendo por qué no echamos toneladas de carbón al río, pero al final del día, ¿por qué dejar que las palabras escritas nos impidan hacer lo que tenemos que hacer para sobrevivir?

– Mucha gente se toma muy en serio el Acuerdo, recordó Kata, especialmente en Hronople. Es más necesario aquí que en cualquier otro lugar, porque somos demasiados. Incluso estoy de acuerdo con lo que dice: me interesa la ingeniería, me parece importante producir nosotros mismos lo que necesitamos, pero haciendo de Hronople una ciudad industrial, industrializándonos, perderíamos el alma.

“Entonces, ¿qué están haciendo ustedes tres?”, pregunté.

“Oh, fabricamos armas, bombas, armaduras, veneno y todo tipo de implementos de guerra y combate”, respondió Kata. Pero respetamos estrictos criterios de producción. En las colinas hay minas de hierro, pero no producen minerales en grandes cantidades. En Hronople no hay más de diez

armeros y fabrican sus armas de fuego a mano. En cuanto al carbón... no utilizamos carbón.

“Antes de que vinieras”, continuó Nola, “estábamos hablando de cómo estos tres pueden contribuir a la batalla y qué puede hacer la Compañía Libre para ayudarlos. Lo que nos llevó a la conclusión de que, como tan elocuentemente dijo Sorros: “estamos jodidos”. Pero si esta posibilidad existe, no nos sirve de nada insistir en ella. Y entonces... ¿qué hacemos?

—Ampliamos la participación en el esfuerzo bélico, propuso Sorros. Se pide a todos que extraigan, fundan y conviertan rocas en armas lo más rápido posible. Se enlatan alimentos, se ahuma la carne y cada fibra de lana se transforma en ropa lo suficientemente abrigada para sobrevivir a las frías noches de primavera.

“Podemos hacerlo”, dijo Kata. No me preocupo. Pero no nosotros tres. Somos el grupo de Investigación y Desarrollo... y mucho desarrollo ha estado en suspeso desde que Bahrit se fue.

—¿Bahrit? Repetí.

“Trabajó aquí”, dijo Sorros, “hasta que decidió que ya no le importaba Hron.

“Eso es... probablemente correcto”, admitió Kata. Bahrit es una persona brillante, pero no quería ser responsable de cómo utiliza su inteligencia.

– ¿Y?

“Se fue a Karak”, dijo Kata.

“Lo necesitamos”, dijo Habik.

“Por supuesto que no”, replicó Sorros.

“Lo necesitamos”, insistió Habik.

–¿Por qué suspendieron el Desarrollo? Pregunté, ansioso por cambiar de tema aunque fuera un poquito.

“Después de que uno de nuestros compañeros de trabajo se volviera antisocial, decidimos ser aún más cuidadosos con nuestros experimentos. Nuestra reputación se había visto afectada.

– ¿Entonces su obsesión por el medio ambiente y las opiniones de sus vecinos significa que si el centro de investigación de su país abandona los avances militares es porque causaría mala impresión?

– Bahrit liberó un agente biológico en el suministro de agua en el distrito de Glas que mató a catorce personas y dejó a más de doscientas con efectos psicológicos permanentes,

dijo Kata. Tienen pesadillas cuando están despiertos. Cada día.

– Oh.

“Bahrit escapó inmediatamente”, continuó Kata. Si pensara que fue intencional, lo perseguiría y lo eliminaría yo misma... no por venganza, entiendes, sino porque un hombre que hace este tipo de cosas deliberadamente es un peligro para todo lo que vive. Pero no fue su intención. Fue descuidado, incluso desconsiderado, y no debe estar aquí.

“Lo necesitamos”, dijo Habik nuevamente.

“Ni hablar”, respondió Kata, y el tema quedó cerrado.

Durante la noche, ideamos planes para robar armas al enemigo, y Nola mencionó una idea que no podía esperar para revelarla al resto de la Compañía Libre después de la Asamblea. Pero a medida que avanzaba la noche, se nos acabó la bebida. Me parece recordar que antes de acostarme, me había ofrecido como voluntario para asesinar al mismísimo Rey. Afortunadamente, estas declaraciones no son vinculantes.

El día antes de la Asamblea, volví al establo de Las nueve golondrinas para montar a caballo y admirar el valle –y también para hacer una excursión a las aguas termales que habíamos visto cuando llegamos. Allí encontré una cara familiar cuidando los caballos.

“¿Vin?” “Era el herrador que había huido del ejército de Su Majestad.

– ¡Dimos!” exclamó y corrió hacia mí, dejando caer su martillo para abrazarme. Me besó en la boca a modo de saludo.

“¿Cómo diablos estás vivo?” Me preguntó y le conté mi historia, al menos los detalles relevantes.

“Y tú?

– Mis amigos que lograron desertar me dijeron que para escapar había que correr a un pueblo y ponerse a merced de los habitantes. Parecía una locura, pero quedarse también lo era, dijo, escupiendo en el suelo. No tuve el coraje. Pero espera, pregúntame cómo encontré fuerzas para huir y olvidar la horca.

– ¿Cómo?

– ¡Con alcohol! Fue mi padre quien me enseñó el truco. Te concentras en lo que quieras con todo tu corazón, en lo que tienes demasiado miedo de hacer, y te sientas con una petaca y piensas en lo que esperas lograr. Es en el fondo de la botella donde se encuentra el coraje, me dijo, y tenía razón!

– ¿Le funcionó?

“Bueno, mató a su jefe, así que en cierto modo sí. Y luego lo atraparon y lo ahorcaron inmediatamente después, así que, por otro lado, no.

“Y sin embargo, aquí estás tú”, concluí.

Un frasco apareció en la mano de Vyn. “¡Por los dos, por haber sobrevivido a los desgraciados que nos querían muertos!”

Brindé por eso y él me acompañó en mi paseo por el campo; Al día siguiente, mi alegría llegó a un fin tan inmediato como aterrador.

Capítulo XIV

La cámara del Consejo era un anfiteatro ubicado en un antiguo edificio de madera con corrientes de aire que no tenía nada en común con los majestuosos edificios que había visto hasta ahora en Hronople. Pero en realidad era uno de los edificios más antiguos de la ciudad y, como se utilizaba la mayor parte del tiempo para representaciones teatrales y artísticas, nadie se había molestado en realizar reformas para cerrarlo.

El anfiteatro cumplió bien su propósito. Las filas de asientos estaban talladas en piedra caliza que absorbe el sonido, y los paneles colgados de las vigas del techo aseguraron que la acústica fuera lo más clara posible. Sorprendentemente, a pesar de los dos mil oyentes que podía albergar la sala, la mayoría de los altavoces permanecieron perfectamente audibles.

Los bancos delanteros estaban reservados para los portavoces de los grupos que habían elegido acudir a la convocatoria. Dory, en representación de la Compañía Libre. Nos sentamos al fondo.

Dos personas moderaron la sesión: una mujer de pelo blanco apoyada en un bastón y hablando con una voz llena de autoridad, y alguien más joven cuyo género no estaba seguro y que no tenía la apariencia de estar allí sólo para susurrarle información a la señora mayor.

“Estamos reunidos aquí para una Asamblea de guerra”, declaró este último a modo de introducción. El primero de nuestra historia. Hemos determinado un enfoque y, tanto durante la pausa del almuerzo como después de la cena, cualquiera que desee discutir las modalidades será bienvenido. Pero queda mucho por resolver y nuestros numerosos participantes de todo el país tienen una enorme carga de trabajo por delante, por lo que las cuestiones relativas a aspectos no esenciales esperarán hasta el final de esta asamblea.

» Antes de comenzar, quisiera señalar a quienes nunca han asistido a un Consejo confederal que éste no es un órgano de toma de decisiones. Sólo hacemos coordinación. Las resoluciones se tomarán dentro de los grupos de los que formen parte. Algunos testigos y expertos nos explicarán la amenaza que enfrentaremos y luego escucharemos las propuestas de los portavoces. Se pueden plantear preguntas

relacionadas con estas propuestas, pero nuestro objetivo no es controlar las acciones de otros, solo compartir información para estructurar nuestra defensa. Los portavoces informarán lo que aprendan hoy a su grupo focal e implementarán sus planes, luego celebraremos un Consejo de Confederación cada mes para discutir estos desarrollos hasta que ya no sea conveniente.

– ¿Es realmente eficaz? Le pregunté a Nola. Eres un oficial. ¿Puedes librar una guerra sin nadie que lidere?

“No lo sé”, admitió. Nunca hemos tenido que hacer esto, hasta ahora. En teoría, nuestro método tiene muchas ventajas. Fomenta la iniciativa... la cadena de mando es notoriamente lenta. Lo peor de ambos mundos, por otro lado, sería un Comité: una especie de organismo central de toma de decisiones que se supone debería llegar a un acuerdo con todas las partes. Me alegro de que no hayamos ido en esa dirección”.

Me llamaron al escenario para exponer el mismo material, como había hecho tantas veces hasta entonces, dando mi estimación de las fuerzas enemigas y su fecha probable de llegada; luego Nola bajó para explicar la estructura de mando del ejército contra el que había luchado durante tantos años. Luego otros hablaron sobre las condiciones de las carreteras y la geografía. Vyn describió el servicio militar obligatorio y los caballos.

Entonces Dory, en nombre de la Compañía Libre, se puso de pie y reveló nuestro plan de patrullar los pasos de montaña y acabar con los soldados que encontráramos. Su manera de hablar fue clara y elegante, y casi cada frase fue interrumpida por aplausos, hasta que el moderador pidió al público que guardara las ovaciones para el final de su discurso. Después de revisar nuestra estrategia relativamente simplista, Dory anunció lo que teníamos para ofrecer a los otros grupos (inteligencia sobre los movimientos de tropas y recursos que se podrían rescatar de los cadáveres que sembráramos) y lo que ello podría aportarnos: reclutas, municiones, refugio y provisiones.

Por turnos, portavoces de los cuatro rincones del país se acercaron para presentar sus ideas. Entiendo que ciertos detalles, como las ubicaciones, se omitieron intencionalmente para compensar la posible presencia de espías. La multitud parecía estar formada por la mitad de grupos de apoyo (mineros, agricultores e ingenieros) y el resto estaría destinado al combate.

Después del almuerzo, Vyn regresó a la audiencia. “Represento a un colectivo de unas cuarenta personas que aún no tiene nombre. Mis amigos y yo somos de Tar. Somos nuevos en su país y lo amamos y lo que simboliza como solo los inmigrantes pueden hacerlo. Fuimos reclutados y entrenados para luchar en el ejército de Su Majestad. Nuestro plan es regresar a Tar y, si es necesario, destruirlo”.

Sus palabras fueron acompañadas de vítores.

“Ya nos habéis dado mucho. Todo lo que os pedimos hoy es confianza y consejo sobre lo que podemos lograr una vez que lleguemos a Vorronia”.

Algunas personas del público se levantaron y formaron una fila a lo largo del pasillo para responderle a Vyn, una tras otra, hablando en voz alta para que todos pudieran oírlos.

“¡Maten a sus oficiales!” “sugirió el primero, un hombre meciendo suavemente a un bebé en un portabebé que llevaba cruzado sobre el pecho.

“¡Saboteen sus fábricas de armas y las líneas ferroviarias que abastecen el frente! –añadió una joven... o más bien una niña que no tendría más de trece años.

“Fomenten una revuelta”, dijo la participante que la sucedió.

Kata, la última de la fila, fue la siguiente en levantarse. “Roben sus esquemas de ingeniería.

– ¡Al diablo con Tar! ¡Vayan a Borol! ¡Maten al rey!” alguien gritó desde las gradas. El moderador lo fulminó con la mirada por no respetar el turno de palabra.

“Gracias”, dijo Vyn. Revisaremos sus recomendaciones”.

Después, un anciano se puso de pie para discutir el papel que podría desempeñar el Sindicato de Trabajadores del Cuero en el esfuerzo bélico, pero apenas había comenzado cuando Joslek de la Compañía Libre irrumpió en la sala, corrió por las gradas y luego contuvo el aliento con dificultad antes de susurrar algo al moderador.

La persona que lo ayudaba le susurró algo al curtidor, quien asintió y se alejó un paso. Joslek dio un paso adelante.

“Están aquí”, dijo, apenas lo suficientemente alto. La habitación quedó en silencio. “Hace tres días. Diez mil hombres. Llegaron a Moliknari. Extermina...” Hizo una pausa y se inclinó hacia adelante para respirar profundamente y controlar sus emociones. “Exterminaron a las Compañías Libres de Cataratas, Betulaia, Calavera de Búho, La Risa y Andrómeda Azul”.

Toda la habitación empezó a rugir. Dory corrió hacia Joslek y lo abrazó. Sorros estaba llorando y Nola le pasó un brazo por los hombros.

“¿Cómo responderemos?” preguntó la moderadora mayor.

Grem se levantó y cojeó hacia el escenario con la ayuda de un bastón. Se quedó de pie frente a la multitud hasta que hubo suficiente silencio para ser escuchado.

“Los mataremos”, dijo. Los mataremos a todos”.

Capítulo XV

“Estas son buenas noticias para nosotros”, dijo Nola una vez que regresaron a casa. El salón estaba en un estado deplorable y por todas partes estaban las pertenencias de una docena de personas dispuestas a regresar al frente con las primeras luces del día.

“Diez mil soldados nos están invadiendo mientras apenas recuperamos el aliento, ¿y eso es algo bueno? Mi madre está muerta, mi casa destruida... La voz de Sorros se hundió, demasiado entumecida como estaba para albergar su propia ira.

Nola le apretó la mano entre las suyas. “El invierno en Cerracs es mortal, incluso para nosotros que lo conocemos bien”, le recordó. Los imperiales nos tomaron por sorpresa, es cierto, y nos asestaron un duro golpe. Pero uno de

nosotros en esquís vale por diez a pie. Las condiciones para la guerra de guerrillas son ideales.

“Me importan una mierda tus condiciones”, escupió Sorros.

– “¿Vas a rendirte?”

Apartó la mano y salió furioso.

Entraron los tres investigadores de armas. Habik estaba tan tranquilo que casi daba miedo, pero los ojos de Kata estaban rojos de tanto llorar y apenas podía mirarnos a la cara. El rostro de Jackal estaba tan inescrutable como siempre.

“¿Qué hay de nuevo? –Preguntó Nola.

“Tres mil personas están listas para partir mañana”, respondió Habik. Jóvenes que llevan años entrenando con la milicia y otros con edad suficiente para decirles a sus padres que irán, pase lo que pase. Cientos de hombres y mujeres de unos 20 años que nunca habían empuñado un arma en su vida se ofrecieron como voluntarios. Se darán la mano durante el camino durante la noche y los supervivientes redoblarán sus esfuerzos más tarde. Y, finalmente, más de mil que se autodenominan “La brigada Gris”: veteranos de la revolución, ninguno de los cuales tiene menos de cincuenta años”.

Nola asintió.

“Me gustaría preguntarte algo”, dijo Kata en voz baja. A cualquiera de ustedes, de verdad.

“Lo que quieras”, respondió Nola, “si eso nos ayudará a llevarnos a la victoria”.

– Encuentra a Bahrit. Rally Karak. Supongamos que la Brigada Gris y estos niños logran repeler la primera ola, ¿qué sigue? Borolia tiene cinco veces más soldados que nosotros, ¡y era un estado militar incluso antes de que tuviéramos el Acuerdo! Bahrit se negará a hablar con nosotros, estoy seguro, pero es posible que acceda a verte. Convéncelo para que nos preste su fuerza.

– ¿Cómo? –Preguntó Nola.

– ¿Amnistía? sugirió Habik.

“Eso nunca funcionará”, replicó Sorros, que acababa de entrar en la habitación. A la gente de Karak no le importa una amnistía, quieren vivir a su manera. No importa lo mierda, desleal y antisocial que sean.

“¡Entonces por favor encuentra algo!” –suplicó Habik–. Allí hay más de ocho mil habitantes y, francamente, son buenos luchadores. ¿Y quién sabe qué se le habrá ocurrido a Bahrit si ya no respeta el Acuerdo?

—Si les dejamos formar un ejército y establecerse, ¿qué les impedirá quedarse?, protestó Sorros. No, me niego.

“Precisamente tú. Pensé que lo entenderías”, dijo Habik.

Nunca había visto a Sorros tan enojado. En su defensa, sabía controlar sus emociones mejor que nadie. Su cara y sus puños se apretaron y relajaron rítmicamente, y sólo volvió a hablar después de cinco o seis exhalaciones. “Yo, más que nadie, entiendo lo que significa comprometerse a ser mejor. Yo, más que nadie, sé cómo piensa un hombre que ha decidido traicionar a sus seres queridos. Yo, más que nadie, me niego”.

Nola intervino: “Recluté a Sorros para algo especial. Iremos al frente y, si sobrevivimos, avanzaremos hasta Vorronia con los antiguos reclutas. Golpearemos las cárceles y liberaremos a los presos. Estas personas fueron condenadas a morir en celdas y nunca tuvieron la oportunidad de ser aceptadas en una sociedad libre. Es a ellos a quienes ofreceremos esta oportunidad, no a Karak.

“Iré”, declaré.

— ¿Qué? dijo Sorros.

— Iré a Karak. Mañana. No sirvo para nada en un tiroteo y, para ser sincero, espero no tener que volver a pasar por eso nunca más. Pero lo que dijo Habik me parece correcto.

“No puedes hacer eso”, protestó Sorros.

– ¿Por qué no? ¿No soy libre?

– Eres libre, y periodista. Nunca te até, ni una sola vez. Pero simplemente no se puede conceder amnistía a quienes han elegido vivir fuera de la sociedad que hemos construido. Sólo puedes perdonarlos en tu nombre, pero tengo la sensación de que una vez que los conozcas, cambiarás de opinión.

“No voy a negociar con ellos”, me defendí. No tengo nada que ofrecerles. Por otra parte, pretendo hablarles de los diez mil extranjeros que avanzan hacia ellos, quemando y matando todo lo que encuentran, y veremos qué hacen.

“Sí, ya veremos”, dijo Sorros.

“Voy contigo”, dijo Jackal, para mi sorpresa y la de todos los demás. Tenía una voz de barítono que pareció sacudirnos hasta la médula. Lo miré fijamente esperando que diera más detalles, pero no dijo nada más.

“Jackal aún no estaba con nosotros cuando Bahrit huyó”, observó Kata. Quizás Bahrit no tendrá nada que reprocharle.

“Está bien, entonces empaca tus cosas también”, dijo Sorros. Parece que todos nos vamos mañana. Si puedes convencer a esta carroña para que luche, ve a Holl. Sin duda allí es donde estableceremos nuestra sede”.

La mayoría de los habitantes de Hronople acudieron a presenciar la partida de la Brigada Gris. Los viejos veteranos en realidad no desfilaron, pero alzaron con orgullo sus rostros enmascarados. Algunos se tomaron de la mano, otros caminaron hacia adelante, con los brazos como eslabones de una cadena. Otros caminaron solos. Un tercio de ellos portaba un arma de fuego, el resto portaba lanzas, espadas o explosivos improvisados. Algunos iban acompañados de perros de guerra, o de perros que se habían convertido en perros de guerra, o de ningún perro.

Mis amigos habían salido al frío, al atardecer, tanto para no llamar la atención como para que nadie requisara sus caballos, y se habían llevado consigo doscientos guerreros curtidos. Hasta que los volví a ver no pasó un momento sin que la preocupación casi se convirtiera en un ataque de pánico.

La guerra venía hacia nosotros desde el norte y el oeste, pero ese día cabalgué con Jackal hacia el sureste en dos ponis de montaña. Estuvimos presionando a nuestros caballos todo el día por caminos forestales de los que sabíamos poco, a riesgo de agotarlos prematuramente, y acampamos para pasar la noche en las ruinas de una iglesia de piedra abandonada hacía mucho tiempo cuyo techo se había derrumbado.

“No eres muy hablador”, comenté, encendiendo un fuego con trozos de madera de los escombros.

- No hablo cer.
- ¿Hablas boroliano? Pregunté en ese idioma.

Me miró sin entender. “No hablo cer”, repitió en cer. “Mi nombre es Jackal. Soy de Dededeón.

“No hablo dedoniano”, respondí, también en ese idioma. Conozco unas diez palabras en diez idiomas diferentes.

Él asintió.

Asé una liebre que él rechazó, prefiriendo nueces y frutos secos que sacó de su bolso antes de preparar suficiente té para los dos. Era a base de hierbas, con clavo, nuez moscada y otro ingrediente que no pude identificar pero que hizo maravillas con la piel que se me había puesto de gallina.

Después de cenar sacó una pequeña flauta vertical y tocó una melodía, una melodía escasa en un estilo que me era completamente desconocido pero cuya belleza pude apreciar. Luego dejó su instrumento y comenzó a cantar con una fuerza y una pasión que nunca había escuchado en un músico. Sus canciones eran largas e irregulares, desde frases entrecortadas hasta un ritmo alegre y operístico. Me dejé arrullar por sus canciones de otra tierra.

Al día siguiente le rogué que me enseñara el dedoniano por el camino. Tengo facilidad para los idiomas pero, evidentemente, sin apoyo escrito ni un dialecto común,

aprendí principalmente verbos y sustantivos. Sin embargo, tuvo el mérito de proporcionarnos algo en qué centrarnos además de las muertes probables e inminentes de nuestros amigos, nuestro país de adopción y, presumiblemente, los nuestros.

Al tercer día salimos a los cañones y Jackal abrió el camino con confianza a través de un laberinto excavado por los ríos y la lluvia. El frío minimizó el riesgo de una inundación repentina, pero hizo que cruzar el arroyo más pequeño fuera un peligro mortal.

Según el mapa que miré en Hronople, Karak estaba ubicado en el extremo sureste de Hron, cerca de la frontera de Ora, al menos a dos días de viaje desde la ciudad más cercana lo suficientemente grande como para estar marcada en un mapa. No sabía nada sobre Ora excepto lo que había leído –y escrito– en los periódicos: que era una tierra salvaje en guerra consigo misma, y que allí vivían los piratas que hacían espuma en el Mar Jet. La demarcación social allí habría hecho que Borol pareciera una utopía: los príncipes residían en torres de plata y marfil, mientras que los pobres se contentaban con cabañas hechas con las costillas de bestias titánicas. Y todos ellos, si las historias eran ciertas, habían desarrollado un gusto por la carne humana. A pesar de esto, eran una de las sociedades tecnológicamente más avanzadas del mundo, y los comerciantes borolianos recorrían las rutas comerciales hacia Ora a través del Océano Austral y el Mar Jet, desafiando ventiscas y piratas para

tener la oportunidad de “intercambiar su bronce y oro por valiosas máquinas y planos”.

Los bandidos de Orán nos atacaron la cuarta noche. Tan lejos del frente, no habíamos organizado una ronda de vigilancia y hacía tanto frío que no nos atrevimos a apagar la fogata. Éste era uno de los peligros de vivir en una sociedad tan civilizada como Hron, me di cuenta cuando me desperté con el cañón de una pistola apuntando a mi garganta: es muy fácil relajar la vigilancia.

Eran seis, todos hombres, con la cabeza afeitada y barbas largas y pobladas. Llevaban chaquetas y abrigos de lana y no llevaban máscaras; claramente no eran de Hron.

“¿Qué deseáis?” “Pregunté en cer.

La mayoría no entendió, excepto uno, un adolescente con acné severo. “Nosotros nos lo llevamos todo”, respondió. Tus ponis, tus armas, tu comida, tu ropa. Vas a venir con nosotros hasta que decidamos qué hacer contigo, y si puedes ser de alguna utilidad, tal vez no te matemos”.

Miré a Jackal, que no entendió ni una palabra de nuestro intercambio. Le temblaban las manos como las de un borracho y trató de ponerse de pie tambaleándose. “No los dejes beber el brandy”, dijo en un rudimentario dedoniano para hacerme entender su punto.

“¡Aléjate de allí!”, “gritó uno de los bandidos, golpeando con la culata de su rifle el brazo de Jackal, haciéndolo caer al suelo.

“¿Qué dijo el viejo?” preguntó el chico.

“No los dejes beber el brandy”, repitió Jackal.

“Es un alcohólico”, dije. Mira sus manos. Tiene una botella de brandy en su bolso; él la necesita.

– ¿Qué?” dijo un bandido vestido de oro.

El chico respondió, demasiado rápido para que yo pudiera seguirlo. En este idioma, puedo simplemente presentarme y soltar un puñado de malas palabras.

El hombre que había golpeado a Jackal rebuscó en los bolsos de éste y regresó con una botella de vidrio ahumado. La destapó, la olió y tomó un sorbo.

“¡Está bien!” dijo antes de pasar una ronda. Todos bebieron de la botella, pero se negaron a pasársela al más joven, riéndose de sus protestas.

Empezaron a revisar nuestras cosas. Menos de un minuto después, todos, excepto el niño, murieron retorciéndose de dolor. Jackal metió la mano en su abrigo, sacó un huevo y se lo arrojó a la cara al adolescente. El proyectil explotó al impactar, destruyéndole la mitad del cráneo.

“Huevo de Dios”, dijo Jackal en cer.

– “¡Mierda!” Juré en dedoniano. Sentí náuseas y la bilis me subió a la garganta, pero me la tragué.

Recogimos comida y armas de los cadáveres y luego, ya más cargados, continuamos nuestro viaje bajo la luz de la luna.

Capítulo XVI

Sentí la ciudad antes incluso de verla; era la primera vez que respiraba los vapores de la industria desde que dejé Tar. La quinta tarde dejamos atrás los cañones y desmontamos para descender una ligera pendiente por un camino traicionero cubierto de hielo y barro. No había ningún árbol a la vista, pero donde la nieve era más fina, podía ver un bosque talado. El camino siguió la curva de la colina y, pronto, Karak se reveló ante nuestros ojos.

El pueblo era más grande de lo que imaginaba y ocupaba buena parte del valle. Parecía una pera cortada en dos por una sola avenida. En el extremo norte, la mitad más delgada de la fruta, un barrio de chabolas de lona y madera se extendía a ambos lados de la carretera; pero más al sur, Karak se parecía a cualquier ciudad fronteriza vorroniana, con sus casas de madera de uno y dos pisos y sus fábricas que escupían smog al cielo.

Inconscientemente, verifiqué que mi pistola estuviera bien sujetada en su funda a mi cintura y mi puño de latón en mi bolso. Nuestras otras armas estaban escondidas bajo mantas en las espaldas de nuestras monturas.

Llegamos a la ciudad en nuestros ponis; los ojos nos seguían desde ventanas de cristal o persianas de madera sin cristal. El primer edificio sólido que pasamos fue una escuela de un solo piso, con techo plano, donde la nieve había sido barrida y donde muchos niños jugaban. La tensión abandonó gradualmente mis hombros.

A dos cuadras de distancia, atamos nuestras monturas al poste dispuesto a tal efecto frente a lo que parecía una taberna borolana, con sus azulejos cubiertos de escarcha y sus paredes blancas. Entramos en una nube de humo –una mezcla de tabaco, opio y hierbas exóticas– que de inmediato me transportaron a mi juventud en las calles.

Veinte personas, hombres y mujeres por igual, llenaban la sala, descansando en taburetes y sillones mientras un hombre se sentaba en una mesa, encaramado de manera inestable entre varias jarras llenas de cerveza. La mitad del pub tenía sus ojos puestos en nosotros, y sólo la mitad de ellos parecían tener buenas intenciones.

“¿Horacki?” Al escuchar mi nombre, me volví para ver a un cliente que había conocido mientras viajaba junto a Wilder. El joven que había conocido a la Broyeuse.

Di un paso atrás y tomé mi puño de bronce. Con mi brazo herido, probablemente debería haber sacado mi pistola, pero los viejos hábitos son lo que son.

“Cálmate”, dijo en boroliano. No estoy buscando problemas.

– Eres un soldado.

– Era un soldado.

Éramos el centro de toda la atención. Las conversaciones cesaron y, a falta de música, lo único que oí fue el goteo de un grifo invisible.

“¡Una pinta para mis dos amigos!” “lanzó el exsoldado. La sala volvió a funcionar, pero esta vez no estaba dispuesto a bajar la guardia.

Un niño, que no tendría más de ocho años, nos trajo a cada uno una jarra alta de cerámica llena de cerveza. Agarré la mío pero no bebí. Jackal hizo lo mismo.

“Realmente no confías en mí, ¿verdad?” dijo.

“De hecho, no”, respondí.

Tomó mi taza y tomó un sorbo, luego se limpió la espuma de los labios.

“Que se joda el ejército”, escupió. Que se joda Su Majestad. ¿Sabes qué? Nunca antes había tenido un hogar real, pero ahora lo tengo”.

Pensé que me había pedido prestada mi cerveza para demostrar que no estaba envenenada, pero no me la devolvió.

“Y una cosa más. Te consideras mejor que yo porque el Rey no te dio un arma. Te imaginas que no tienes tanta sangre en tus manos como yo. Bueno, vete a la mierda tú también”.

Me dio la espalda y se dirigió a un rincón de la habitación para buscar a sus amigos.

Caminé hasta el mostrador. El niño estaba sentado detrás, en un taburete.

“¿Dónde puedo encontrar a Bahrit?”

– “En la fábrica”.

Probablemente podría haberlo adivinado sin ayuda. Salimos del bar y guiamos a nuestros ponis por la ciudad sin que nos molestaran.

El sol ya acariciaba el horizonte y sólo una fábrica aún tenía luz en su interior, por lo que era fácil saber hacia cuál dirigirse. Cuando nos acercamos a las puertas, salió un

hombre de mediana edad que llevaba un sombrero de copa y un abrigo de cuero.

“¿Puedo ayudarlos, caballeros?” preguntó con acento vorroniano.

“Estamos buscando a Bahrit”, respondí.

– ¿Qué queréis de él?

– Preferiría hablar con él en persona.

– ¿Y qué pasa con sus preferencias?

– Mis disculpas. No quise ser grosero. Traemos noticias urgentes de Hron y tenemos mucho que contarle.

“Está bien, entonces dejadme vuestras armas”, dijo el hombre. Hay más de una persona en Hron a la que le gustaría intercambiar unas palabras con él, sin preocuparse de que este intercambio pueda ser unilateral. Palabras como “represalias”, “venganza”, o alguna otra bonita noción en ese sentido, como ‘responsabilidad’”, tal vez.

Asentí y le entregué mi arma. Jackal me miró antes de seguir mi ejemplo.

“¿Sus nombres?” preguntó nuestro interlocutor.

– Dimos Horacki. Y este señor que me acompaña se llama Jackal. ¿Y tú?

– Olevander Bahrit, pero todos me llaman Bahrit. ¿Entramos? Hace frío afuera.

El interior de la fábrica ofrecía un espectáculo como nunca había visto durante mis aventuras. En muchos aspectos (como las cintas transportadoras, las pirámides de máquinas indeterminadas o el calor del horno) no se diferenciaba de las fábricas de Borol. Pero los trabajadores, alrededor de una docena a primera vista, parecían trabajar a su propio ritmo, ya que la mitad de ellos estaban ocupados en la línea de montaje mientras que los demás se relajaban en cómodas sillas, con bebidas en la mano y encogiéndose de hombros o hablando fuerte para ser escuchados a pesar del rugido de las máquinas.

“¡Esto es mucho mejor!” se alegró Bahrit, señalándonos asientos alrededor de una pequeña mesa de café ubicada en un rincón del taller.

Me quité el abrigo, coloqué el sombrero sobre la mesa y me pregunté si el hombre estaría parcialmente sordo para que esa fuera su idea de “lo mejor”. Personalmente, me concentro más fácilmente en el frío que en el clamor de una fábrica.

“¿Qué le trae por Karak, señor Horacki?”

– Borolia ha invadido Hron, le dije. Quemaron a Sotoris y capturaron Moliknari. Diez mil soldados, con toda

probabilidad, están marchando sobre Hronople en este momento, masacrando a todos aquellos que se interponen en su camino”.

Bahrit asintió y cogió una jarra con tapa para servirse un vaso de alcohol espeso que olía a quitaesmalte.

“Me han dicho que eres el hombre más inteligente de Hron”, mentí.

“Aquí ya no estamos en Hron”, respondió. Estamos en Karak, en territorio independiente.

–Hron corre el riesgo de caer sin tu ayuda. La tuya, en particular, así como el apoyo de todos aquellos capaces de luchar.

–¿Has venido a ofrecernos amnistía? preguntó, tomando pequeños sorbos.

– No. Soy sólo un hombre, no puedo prometerles el perdón de todo un país. Supongo que tendrían en más consideración a los luchadores, pero sobre todo...” Esta era la apuesta que había formulado en silencio durante el viaje. “No creo que ni usted ni sus conciudadanos estén interesados en una amnistía.

– ¿Oh, no? ¿Y qué crees que nos interesa?

– “No pretendo saberlo”.

Mi respuesta hizo sonreír a Bahrit. “Un día, en Hronople, pedí carbón a los mineros que viven en el norte. Sé que lo extraen de la montaña al mismo tiempo que los demás recursos, pero se negaron a dármelo. Dijeron: “¡No podemos quemar carbón, contaminará el aire!” Luego intenté construir una fábrica para producir municiones más rápidamente que los artesanos. El sindicato de la construcción me prohibió hacerlo porque “se supone que los humanos no deben enajenar las cosas que fabrican”. Entonces sí, soy feliz en Karak, soy libre de hacer lo que quiera aquí”.

Señaló a los trabajadores de la línea de montaje, que parecían ocupados con su trabajo. “No todo el mundo quiere ser armero. Yornos, allí, escribe canciones. Hli diseñó el aserradero; ayuda en él de vez en cuando. Notra... mató a un hombre en el camino y nadie en Hron se puso de su lado. Es cazadora, pero pasa el invierno trabajando en fábricas para mantenerse ocupada. Karak no es un paraíso, ni nunca pretendió serlo. El año pasado tuvimos diez asesinatos en la ciudad, y antes de que empezara a dormir en la fábrica, alguien, probablemente alguien a quien conozco y en quien confío, irrumpió aquí y robó toda nuestra producción de balas, presumiblemente para vendérselas a Ora. Y lo que le hice a Hronople es completamente imperdonable. Nadie debería perdonarme por esto. ¿Pero sabes qué? Mi vida continúa, aunque he acabado con decenas de otras.

“¿Entonces no ayudarás?”, pregunté.

– ¡Oh sí! Sólo quería que me entendieras. Voy a echaros una mano porque los bandidos de Orán son cada vez más audaces y más violentos, y si hasta hoy hemos conseguido repelerlos, un pacto de defensa mutua nos vendría muy bien. Entre anarquistas tenemos que permanecer unidos, incluso si la gente de Hronople es un grupo de imbéciles engreídos que me consideran un loco asesino. Siento que vamos a reunir una fuerza significativa.

–¿Puedo tomar algo de beber?, pregunté yo.

“Pensé que eras demasiado distinguido para nuestras agallas”, se disculpó, sirviéndome un vaso. ¿Y uno para este señor? ¿Quién es, de todos modos? Aparte de un cadáver andante, quiero decir. Él no entiende cer, ¿verdad?

–Viene de Dededeón. Realiza investigaciones militares en Hronople.

“Un hombre como a mí me gusta”, decía Bahrit mientras servía a Jackal.

Brindamos y me tragué el licor de un trago. El olor a quitaesmalte no me engañó.

Sólo nos llevó un día movilizar a la milicia de Karak. La noticia de la invasión circuló durante la noche y mantuvieron una reunión por la mañana. No tuvo la formalidad de los consejos a los que había asistido en Hron, y se hicieron pocos esfuerzos para dejar espacio a las voces menos audibles,

pero los Karaks llegaron a un acuerdo de principio con bastante rapidez: se animó a todos los que lo deseaban a unirse a la resistencia contra Borolia. Lucharían para liberar a Hron, para asegurar un pacto de defensa mutua y, como se ha dicho más explícitamente, para recordarle a la ciudad de refugio que no habría sobrevivido sin los hombres y mujeres de Karak.

Dal, una mujer que hablaba dedoniano y cer con fluidez, se ofreció a interpretar para Jackal y Bahrit, y pasé el día con ella, preparando cajas de municiones y hablando de máquinas de guerra.

Finalmente tuve la oportunidad de preguntarle a Jackal: “¿Qué pasó con esos bandidos?”

“He estado experimentando con veneno de serpiente cardiotóxico durante décadas”, respondió a través de Dal. Hoy soy inmune a ello. Y debo decir que le he cogido cariño a este brandy que sólo yo puedo beber.

–¿Y el huevo?

– “Pólvora y un cebo. El cebo se aloja en un huevo de colibrí insertado en un huevo de cuervo. Todo se hace añicos con el impacto, provocando una explosión. El huevo más grande está cubierto de una gruesa capa de savia para no romperlo accidentalmente”.

Bahrit y Jackal continuaron hablando de producción industrial durante un rato, luego Bahrit nos llevó desde la fábrica de armas a una segunda fábrica llena de armaduras al otro lado de la calle.

“Toma”, me dijo Bahrit, entregándome un plato de cerámica blanca de unos cinco centímetros de ancho, “mira esto. Admira la finura de la veta”.

Lo acerqué a mi cara para buscar imperfecciones, pero no se veía nada. De repente, escuché un estallido y el bloque se dislocó entre mis dedos, lanzando fragmentos hacia mí. Afortunadamente, ninguno me cortó la piel ni me sacó los ojos. Dejé caer las piezas restantes de mis manos y encontré a Bahrit apuntándome con un arma.

“¡Estás completamente enfermo!” Grité.

– Calor generado por hornos de carbón; por cierto, se obtiene saqueando trenes en Ora; nadie quiere extraerlo por aquí, incluyéndome a mí. Es tan intenso que puedes cocinar una cierta variedad de arcilla hasta que pueda detener las balas”.

Estaba tan commocionado como lo había estado en la batalla, y comencé a caminar de un lado a otro mientras la adrenalina que bombeaba por mi cuerpo disminuía.

La manifestación no pareció inquietar a mis compañeros, y Jackal incluso se mostró especialmente encantado.

“Por el momento sólo detiene armas pequeñas”, dijo Bahrit, “y sólo el primer disparo, pero es más ligero y más fuerte que el acero”. Insertamos estas placas en bolsillos dentro de nuestros chalecos o moldeamos la arcilla para hacer cascós”.

Poco después, los dos investigadores empezaron a hablar de todo y nada y Dal anunció que se iba a casa.

“¿Vienes con nosotros?” Le pregunté.

– No.

– Por qué no?

“Porque no me apetece”, respondió ella antes de irse.

Esa noche hubo una fiesta en el cuartel de la milicia, el espacio interior más grande de la ciudad. Hacía mucho frío en aquel edificio lleno de corrientes de aire: las paredes estaban sin terminar y los barriles llenos de carbón o madera proporcionaban el único calor. Había muchos ánimos y, durante las primeras horas, todos parecían felices. Pequeños grupos de músicos se turnaron para pasar frente a la multitud entusiasta, en su mayoría tocando jigas y danzas salvajes con estribillos pegadizos que hablaban sobre la muerte, el honor, el alcohol y el sexo.

Jackal permaneció en su rincón y bebió de su botella de veneno, así que me moví entre la multitud en busca de nuevos amigos.

“Tú eres ese tipo Hron, ¿no?” “La persona que me hizo esta pregunta era una mujer pequeña con un vestido largo negro y una sombra de ojos llamativa. Ella era parte de un círculo de personas andróginas con ropa similar.

“Supongo que sí”. Fue divertido ser de repente “el hombre de Hron”, un país en el que había pasado muy poco tiempo.

“¿Qué opinas de Karak?”, me preguntó ella.

–Es diferente.

– Puedes llevarte tu diplomacia al culo. ¿Cómo encuentras esta ciudad?

– Sinceramente, no tengo ni idea. Soy de Borol, ya ves, y no sé qué pensar de este lugar. ¿Y tú?

– No está mal. Mejor que en casa. Dejé Hron porque quería, ya lo entenderás, estaba buscando la verdadera libertad.

Me ofreció un vaso de su odre y admito fácilmente que el whisky que contenía sabía infinitamente mejor que el que había bebido con Bahrit.

Detrás de mis nuevos compañeros, vi a dos hombres intercambiando palabras de enojo. Muy rápidamente, se empujaron y la multitud formó un círculo para observarlos.

El atacante principal, de casi dos metros de altura y constituido como un oso, lanzó el primer golpe, pero falló. Su oponente, un cliente distinguido y corpulento con bigote de morsa, le dio una patada en la rótula; un momento después, ambos estaban agarrándose en el suelo. La multitud los aplaudió.

“¿No deberíamos hacer algo?”, pregunté yo.

La mujer se encogió de hombros. “Parece que tienen una disputa que resolver”.

Karak era una ciudad de pilluelos callejeros adultos. Fue como volver a ver una escena de cuando tenía quince años, pero con adultos.

El más grande de los dos, por el que habría apostado si me apasionara un deporte tan macabro, acabó de espaldas, y el hombre morsa empezó a golpear con los puños las sienes del otro. Una y otra vez.

“¡Va a matarlo!” exclamé.

“Es posible”, respondió la mujer. “Probablemente no”.

El vencido perdió rápidamente el conocimiento –al ver una burbuja de sangre estallar en su nariz, me di cuenta de que aún respiraba– y el otro se alejó cojeando entre la multitud, borracho y herido.

“¿Qué hubiera pasado si lo hubiera matado?”

– Probablemente nada. Podría haberse vuelto amargo si se hubiera llevado al público con él. Pero por lo demás, no mucho.

Un joven emocionado se acercó a nosotros. “Aquí tienes: le dijo Roka a Sar que se enteró de que el hermano de Sar había traicionado a Karak por Ora”, dijo, obviamente con la esperanza de impresionar a mis nuevos amigos con su conocimiento. “Y dijo que soñaba con matarlo con sus propias manos”. Entonces Sar intentó darle un puñetazo y iguai! ¡Para ser un anciano, Roka pelea bien!”

Todos se echaron a reír. Me fui.

El sol había superado su cenit cuando las Compañías Soberanas de Karak (ya que ese era el nombre que habían elegido para burlarse de las Compañías Libres de Hron) tomaron el camino hacia el norte, contando con dos mil quinientos combatientes. La mayoría iban esquiando y habían cargado sus suministros a lomos de ponis o los habían hecho tirar de trineos. Jackal y yo montamos nuestras monturas y nos mantuvimos separados. Tocaba

música todas las noches y me enseñaba la letra. Nunca había pasado tanto tiempo con alguien con quien el diálogo era imposible, y me frustraba no tener un manual de gramática conmigo, pero creo que de todos modos nos hicimos cercanos.

No podía esperar a llegar a Holl, volver a ver a mis amigos y confirmar que todavía estaban vivos. Las tropas de Su Majestad habían tenido que avanzar por la fuerza para desembarcar menos de un mes después de la muerte de Wilder, y dudaba que hubieran hecho el viaje con la perspectiva de una larga campaña invernal.

Las dos semanas que pasé con las Compañías Soberanas me enseñaron casi todo lo que sé y aprecio sobre la anarquía, principalmente mediante el ejemplo de lo que no se debe hacer. La libertad, en mi opinión, no es suficiente. Está atada a la responsabilidad. Como diría Sorros, la libertad es una relación entre personas, no un estado absoluto e inmutable limitado a un individuo.

Oh, claro, los hombres y mujeres de Karak (porque eran en su mayoría hombres, alrededor de tres por cada dos mujeres) eran personas decentes, o al menos mejores que con las que me había codeado en el ejército de Su Majestad, pero nunca me sentí seguro con ellos. No más que en la calle. Tuve algunos encuentros maravillosos mientras dormía en la alcantarilla, pero las alimañas siempre pelearán por las migajas. Cuando la policía y toda la sociedad te han

rechazado, la única seguridad que queda es la que tú mismo creas, y es peligroso ser visto como débil o bajar la guardia. La vida del sinvergüenza puede ser una forma de anarquía, pero no la que me conviene. Karak no me parecía diferente.

Después de quince días, llegamos a los valles que había llegado a conocer y nuestro ritmo disminuyó después de duplicar el número de exploradores. El decimoséptimo día, durante la cena, nos contaron lo que habían visto.

“Las Compañías Libres están refugiadas en Holl”, dijo una joven. Levantaron barricadas y cavaron trincheras, pero están acorraladas. Hay alrededor de mil soldados cubriendo su flanco occidental y paulatinamente eludiéndolos.

“En ese caso, nos abalanzaremos sobre ellos y los exterminaremos”, susurró un hombre de mi edad con la arrogancia de la juventud. Y salvamos la situación”.

Esa noche nos bebimos la mitad de la bebida que habíamos traído. Y por la mañana, saliendo con resaca, con el final del camino a la vista, dispuestos a ser héroes, nos tendieron una emboscada.

Capítulo XVII

Levantamos el campamento como de costumbre: tranquilamente, arrastrando el desayuno y los coches, luego esquiando a lo largo de la orilla de un arroyo sin nombre, congelado y cubierto de nieve. Yo estaba al frente de la formación, como de costumbre, y los primeros disparos llegaron desde lejos.

Los dos primeros informes que recibí me hicieron creer que había estallado un conflicto dentro de una de las Compañías. Hubo pocas peleas en el camino, lo que para mí fue sólo una feliz coincidencia. Pero cuando los disparos continuaron y se escuchó más desde otra dirección, supe que la lucha había comenzado.

“¡Poneos a cubierto!” gritó un hombre.

– ¡No hay nada de qué preocuparse! ¡Matad a esos cabrones!” gritó una voz.

Habíamos dispersado nuestras fuerzas formando una columna de más de un kilómetro y medio de largo. Las detonaciones procedían del centro del convoy. Desmonté, bajé la máscara sobre mi rostro, revisé mi pistola, desenganché mi rifle y, para bien o para mal, seguí al grupo de milicianos que esquiaban apresuradamente hacia el alboroto.

El primer ataque había sido certero. Acababa de estallar la confusión en nuestras filas cuando una ametralladora manual abrió fuego contra nosotros desde una posición elevada no muy lejos de las colinas; el rugido de las armas fue ensordecedor. Toda la montaña vibró con el sonido de los cañones, y pronto la sangre derritió la nieve como si fuera orina.

Me refugié en una roca. Jackal estaba cerca, agazapado detrás de su pony muerto.

“¡Dimos!”

– ¡Jackal!

– ¡Atrapalo! “, y arrojó un huevo de dios. O mejor dicho hacia mí, y tuve toda la dificultad del mundo para contener un movimiento hacia atrás para atraparlo al vuelo. Mis dedos se cerraron sobre él y no me mató. Lo dejé en el suelo

y me puse unos crampones debajo de las botas antes de volver a coger la bomba. Saqué mi pistola de la funda, pero pensando que tal vez necesitaría una mano libre, la enfundé nuevamente. Esperé una tregua en el ra-ta-ta-ta de la ametralladora y corrí. Subí la pendiente lo mejor que pude y observé la posición de la artillería. El tirador debió haberme visto porque los diez cañones giratorios del arma apuntaban hacia mí. Me tiré al suelo y respiré hondo, saboreando la que seguramente sería mi última bocanada de aire.

Escuché una explosión cerca: el propio Jackal debió haber arrojado una bomba en la colina. Me levanté y di unos pasos más aprovechando la distracción del tirador, luego lancé mi huevo con todas las fuerzas que me quedaban. Golpeó el arma y la explosión dislocó el nido de artillería hecho de piedra y nieve. Cargué, vi a dos soldados en estado de shock y les disparé a cada uno en la cabeza antes de tomar sus pistolas.

Mi bomba había destruido la ametralladora, pero de todos modos no habría podido usarla. Jackal, incapaz de subir la colina helada, permaneció escondido, sólo mirando hacia arriba para lanzar explosivos y disparar a los soldados lo suficientemente atrevidos como para acercarse a él.

Pensé en esperar a que terminara la batalla en el atolladero así cavado, pero sabía que entonces nunca más podría enfrentarme a mí mismo. Pensé en eliminar a los invasores en el cuerpo a cuerpo de abajo uno por uno

usando mi rifle, pero me di cuenta de que con mi falta de entrenamiento, tenía tantas posibilidades de golpear a mis aliados como a mis enemigos. Así que, en cambio, acepté una vez más la posibilidad de mi propio fin y corrí colina arriba para correr detrás de la siguiente posición de artillería. El soldado que manejaba el arma estaba demasiado ocupado sembrando la muerte entre los de abajo, pero su compañero se dio cuenta de mí y me disparó dos veces. El primer disparo me dio en el pecho y me derribó, pero el chaleco cerámico que llevaba me salvó la vida. Salté hacia adelante. Sosteniendo mi pistola con ambas manos, golpeeé al tirador en el pecho y me giré justo a tiempo para ver un sable caer sobre mí. Al momento siguiente, estaba matando a golpes a mi atacante con la culata de mi arma. Y de repente la batalla terminó.

Luego me lavé las manos en la nieve mientras respiraba profundamente.

“¿Cuál es el resultado para nosotros?”, pregunté. Éramos un centenar de personas formando un círculo, protegidos del viento y de las balas perdidas por la pared de un acantilado.

“Doscientos muertos. Cincuenta heridos, respondió alguien.

–¿Y el enemigo? dijo una voz.

– Cien muertos.

– ¿Algún superviviente?

– Ya no.

– ¿Querían atrapar a dos mil combatientes con sólo cien hombres? ¿Son imprudentes o están completamente locos?

“Ninguna cosa de las dos”, replicó alguien. Era el ex soldado, al que había rechazado accidentalmente en la posada de Karak. Todavía no sabía su nombre. “Son soldados. Hacen lo que se les ordena.

– “Completamente locos, entonces”.

Una hora más tarde estábamos de nuevo en la carretera. Los heridos, junto con un equipo de médicos y enfermeras que los atendieron, se quedaron para enterrar a los muertos.

Antes de que terminara la tarde estábamos en la cima del paso y Holl se tendía ante nuestros ojos.

Mi único amigo en la empresa era Jackal y no teníamos ningún idioma en común. Ochocientos metros más abajo, cubriendo más de la mitad del valle, se encontraba un asedio de mil combatientes enemigos. No conocía el plan, ni siquiera sabía si existía uno. A juzgar por el miedo que crecía

en mi corazón, podría haber jurado que no teníamos ninguno. Sin embargo, existía y era muy bueno.

Cuatro compañías enteras, compuestas cada una por cien milicianos, se habían separado del ejército el día anterior, cuando los exploradores regresaron con sus informes. Se habían perdido la fiesta y la emboscada y, vestidos con capas blancas, se habían deslizado hacia los lados y detrás del enemigo mientras esperaban nuestra señal.

Esta última consistía en abrir fuego desde lo alto del paso usando ametralladoras capturadas hasta que nos quedamos sin munición, luego cargar gritando a todo pulmón, lanzándonos cuesta abajo sobre nuestros esquís, con los rifles en alto. Los ponis no fueron obligados a descender una pendiente helada a un triple galope; desafortunadamente, la batalla terminó antes de que yo llegara al final.

Bueno, casi terminado. Una bala perdida se llevó mi montura y cuando me levanté, me encontré frente a frente con un hombre enojado con uniforme verde. Su sable cayó y perdí el conocimiento.

Capítulo XVIII

Abrí los ojos a un mundo sin forma, oscuro e incoloro.

“¡Está despierto!”, exclamó una voz familiar. Después de unos momentos, pude reconocerla. Nola.

“A tu amigo le gusta que lo desgarren, ¿eh? Dijo Kata.

– La última vez fue una bala.

–“Todo se reduce a lo mismo. ¡Buenas noches Dimos! Bienvenido de nuevo entre los vivos”.

Intenté hablar. Quería preguntar “¿Estaba muerto?”, pero tan pronto como abrí la boca, un dolor punzante me lo impidió.

“No intentes hablar, ni moverte, ni respirar demasiado”, dijo un extraño con voz de contralto. Te golpearon en la cara con una espada. No puedes ver nada por la venda que tienes en el ojo derecho y... y ya no tienes ojo izquierdo”.

Sentí una mano sobre la mía. Probablemente la de Nola.

“Pero sobrevivirás”, dijo el extraño.

Volví a caer en el calor de la oscuridad.

Cuando recuperé la conciencia nuevamente, estaba sentado en un sillón en medio del círculo de mis amigos: Sorros y Nola, Grem y Dory, Kata, Joslek, incluso Vyn estaba presente. Me habían quitado el vendaje y podía ver relativamente bien. A mi ojo bueno le colocaron un cono de papel con una base truncada en ángulo, dejándome sólo un campo de visión extremadamente reducido. Tenía que girar la cabeza para mirar a mi alrededor.

“Es para que no muevas el ojo”, me explicó Nola. La enfermera me advirtió que cuando mueves la mirada, los músculos del ojo izquierdo también se contraen, y yo diría que esto se debe a que “no han terminado de sanar”, si es que recién han comenzado.

– “¿Puedo hablar?” Intenté decir. Sin éxito.

“Y no digas nada”, continuó Nola. Y cuando puedas, quizás mañana, lo primero que deberás hacer será agradecerle a Jackal.

“Él te trajo hasta aquí”, dijo Sorros. ¿Crees eso?”

Después de lo que había pasado con él, por supuesto que le creí.

“No sé qué te perdiste”, continuó Sorros. Pero bueno, parece que voy a tragarme mi orgullo y proclamarlo alto y claro: ja la mierda, chico! ¡Salvaste el día otra vez! Si Karak y sus “Compañías Soberanas” no hubieran aparecido, no sé qué habríamos hecho.

“Estás en Holl”, me dijo Nola.

“Antes de que nos atraparan, lo estábamos haciendo mejor de lo que temíamos”, me dijo Sorros. Mejor de lo que deseábamos, pero peor de lo que esperábamos. Teníamos la ventaja de jugar en casa y la moral era alta, pero nos faltaban recursos y números.

“La columna vertebral de esta guerra resultó ser una banda de pastores de cabras montados sobre esquís y armados con rifles, con los que eliminaban al enemigo cada vez que su cabeza asomaba detrás de un muro”, señaló Nola.

“Pero salieron y nos cortaron la retirada”, continuó Sorros. Se veía mal. Pero ahora... municiones, armas de fuego... ¡y

por la Montaña, armaduras! ¡Retiro todo lo malo que dije sobre Karak!” Lo reconsideró por un segundo. “La mitad de lo que dije”.

“Podemos retenerlos aquí indefinidamente”, dijo alegremente Nola.

Dory se levantó y caminó por la habitación. “Pero nuestra ventaja desaparecerá en primavera”, señaló.

“La nieve no se derretirá hasta junio”, respondió Sorros.

“Habrán traído refuerzos mucho antes”, insistió Dory. ¡Debemos atacar ahora!

– No. La tierra es nuestro único activo. No podemos abandonarla para cargar imprudentemente.

“Dory podría tener razón”, dijo Nola. El enemigo puede atrincherarse y esperar tropas adicionales. Nosotros, en cambio, sólo podemos contar con nosotros mismos.

“Si podemos recuperar Moliknari, podremos avanzar y retomar Steknadi”, dijo Dory. Es sólo un pequeño pueblo, pero desde allí podemos cerrar los dos pasos de acceso a Hron y evitar que entren. Será fácil de defender.

“No podremos establecer una posición fuerte”, respondió Nola. No en una guerra de guerrillas. Si construimos muros, tendrán que derribarlos. Debemos seguir moviéndonos.

—¿Qué necesitaríamos para ganar?, pregunté. Hablar era doloroso y mi pregunta era ininteligible, pero tenía que hacerla.

“¿Qué?” dijo Nola.

Dory me trajo papel.

“¿Qué haría falta para que ganáramos? Escribí. ¿Deberíamos exterminar a todos los soldados imperiales? ¿Invadir el imperio? ¿Asesinar al Rey? ¿Cuál es el propósito de esta guerra?”

Dory leyó mi mensaje al grupo.

“Deberíamos hacerte la pregunta”, respondió Dory.

“Pregúntale a Nola”, agregué. Yo sólo soy un periodista. Ella es general”.

Dory hojeó el periódico en silencio y se echó a reír, luego lo leyó de nuevo en voz alta.

“Cuando luchamos contra Borolia”, dijo, “fue con miras a conquistarla. Se suponía que ese sería nuestro imperio. La guerra se prolongó porque ambos bandos estaban convencidos de que su país no sobreviviría a menos que subyugaran al otro. Pero hace un mes, Borolia ni siquiera sabía de la existencia de Hron.

“Nos sentimos más seguros de esa manera”, dijo Sorros.

– Estuvimos más seguros, al menos por un tiempo.

“Los Estados no son diferentes de los individuos”, señaló Vyn. Según tengo entendido, así es como trabaja la mayoría de la gente: si creen que pueden darte una paliza para quitarte tus cosas, lo harán. Dejarlos hacerlo es un método de perdedores. Pero si les haces frente, la mayoría de las veces retrocederán. Simplemente dales suficiente espacio para retirarse. Ésta es la única manera de vivir en paz.

“Tiene razón”, dijo Nola. Esta es una de las bases de la estrategia. Nunca rodeas completamente a un enemigo. Con la espalda contra la pared, luchará como el infierno.

– ¿No empujó la Compañía Libre de Andrómeda Azul la última fuerza invasora al borde de un precipicio antes de arrojarla allí? –Preguntó Dory.

“Bueno, sí”, admitió Nola. Pero eso es porque pensamos que nos saldríamos con la nuestra fácilmente. Y luego, si no recuerdo mal, Wilder todavía intentó escapar”.

Sorros agitó su chistera.

“¿Entonces tenemos que patearlos lo suficientemente fuerte para enviarlos a casa, pero tampoco demasiado fuerte, para que no se les meta en la cabeza masacrarnos a todos? –Preguntó Sorros.

“En general, sí”, respondió Nola. A menos que estemos seguros de que podemos matar hasta el último de ellos y, me entristece admitirlo, ese no es nuestro caso.

—¿Qué significa esto para los revolucionarios de Tar? —preguntó Vyn.

—Si los anarquistas lideran una revolución y piden ayuda, iremos, dijo Sorros. Incluso si es un suicidio. Porque quizás los estados sean como los individuos, y en ese caso Hron hará lo que siempre hace.

“Entonces ... ¿Ataque frontal a Moliknari?” preguntó Dory.

Sorros suspiró y todos los demás sonrieron.

Al día siguiente presentamos nuestra sugerencia ante el consejo; Como estaba atrapado en la clínica, escapé del debate de once horas que siguió. Según Sorros, convencer a la gente para que atacara de frente fue fácil, pero muchos estaban desesperados por pulverizar por completo a las fuerzas invasoras. Por supuesto, nadie tenía la autoridad para impedir que alguien pasara por alto las posiciones enemigas y ejecutara a los fugitivos, pero finalmente se determinó que tal acción frustraría el plan. Los participantes del Consejo concluyeron que siempre existiría la posibilidad de exterminar a las tropas de Su Majestad si por casualidad regresaban. Además, el ataque ya era bastante suicida.

Una vez implementada la estrategia, se enviaron mensajeros para advertir a todos los fuertes y lugares que desistieran de emboscadas a lo largo de la ruta de retirada del Imperio. El ejército de Hronos les dio tres días de ventaja antes de partir. Estos tres días se dedicaron al entrenamiento, al libertinaje o a ambos, según el gusto de cada uno.

Después de una noche más, me permitieron salir de la clínica, con instrucciones de nunca, bajo ninguna circunstancia, hacer nada que pudiera ponerme en riesgo de infección, como ir a la guerra.

“Grem”, le grité a mi amigo una tarde, cuando salía de la casa de huéspedes transformada en cuartel. “Apenas me has dicho una palabra desde que llegaste. O incluso antes de tomar el camino a Karak”.

Él asintió. La juventud había abandonado sus rasgos. Ahora se movía con facilidad sobre su pierna de palo.

“Cómo estás? Le pregunté.

“Una vez me dijiste, hace un millón de años, justo después de que perdiera la pierna, que no había vida después de la muerte. No recuerdo quién de nosotros mencionó el tema, pero llegamos a la conclusión de que lo único que me quedaba de mis amigos era la libertad que ellos me habían dejado.

– Hmm, no estoy seguro de que fuéramos tan elocuentes.

– Cuando entré en la Compañía Libre, la muerte no me molestaba, porque yo era sólo un niño y mi casa acababa de ser destruida. Y luego, durante mucho tiempo, quedé paralizado por la idea de morir. O perder la otra pierna, o algo peor. Pero ahora ya no tengo miedo. Voy a volver a luchar, y esta vez mis amigos están conmigo en mi corazón. Ya sea que viva o muera, continuaré con su legado. Mientras exista Hron, mejor: mientras haya anarquistas, estaré vivo.

Lo miré durante un largo rato.

“Creo que ese es el camino que voy a seguir”, concluyó. Ahora todo es tan serio, tan pesado. Cuando todo esto termine, espero encontrar algo de ligereza en mi vida. Eso sería bueno.

– “Echo de menos la aventura”.

Estalló en lágrimas. Yo también, pero me dolió muchísimo.

Entonces me abrazó. Noté que este gesto es bastante raro en Hron. Cuando se abrazan, ponen todo su corazón en ello.

El día antes de la partida, me senté en una silla dentro del cuartel, bebiendo demasiada carsa y tratando de compensar con infusiones de hierbas. Durante el día, casi todas las personas que había conocido en Hron vinieron a verme.

Cuando vino Varine, el autor del festival de mediados de invierno, se sentó cerca de mí y casi me dejé cautivar por el olor de su piel. También intenté, sin éxito, no sentirme cohibido por tener la cara cubierta de vendas.

“Estoy casi celoso”, me dijo.

Lo miré sin decir nada.

“Lo siento, eso fue muy incómodo. Es que... la guerra se acabó para ti, ¿no? No tendrás que montar con las primeras luces del día con un pesado chaleco de arcilla y un trozo de metal a tu lado diseñado para matar gente. Me gusta deambular, me gusta la aventura, pero dudo sinceramente que pueda mirar a alguien a los ojos cuando apriete el gatillo. O peor aún, contemplar la matanza y precipitarme hacia ella, con la esperanza de que mi vida sirva para proteger la de mis camaradas.

“Nada te obliga a ir”, le dije. Eres un hombre libre.

– Pasé mucho tiempo pensando en ello. Pero eso no es cierto. Tengo que ir. Por Hron, sí, pero también por mí. Tengo que hacer esto precisamente porque no sé si podré hacerlo. Quiero ser escritor y los escritores necesitan conocerse a sí mismos al menos tanto como conocen a los demás. Entonces, tal vez en unos días lo sepa, como tú”.

Quería decirle que yo tampoco lo sabía, pero no estaba seguro. Francamente, no había tenido tiempo de pensar en ello.

“¿Dónde está Sakan?”, pregunté yo.

– “Ella rompió conmigo”. Se echó a reír. “Ella me dejó por un miliciano. ¡Pero te juro que no tiene nada que ver con esta historia!”

– Te creo. Cuídate. ¡No, qué diablos! En lugar de eso, cuida a tus amigos y deja que ellos te cuiden. Haz cosas estúpidas por ellos.

“Tienes veintitrés años, pero aparentas setenta y cuatro”, dijo con una amplia sonrisa.

– ¡Sí, mis pobres huesos viejos!”

Tomó mis manos entre las suyas y volvió a sus preparativos.

Desde mi silla frente a la chimenea observaba a las personas que se acercaban, me hablaban y se marchaban. Al no poder tragar nada sólido, Dory me trajo un puré de nabos con verduras hervidas. La gente lloraba, bebía, se pavoneaba, jugaba y esperaba nerviosamente. Mol entró y me presentó a su esposa, Somi.

“¿Pensé que eras soplador de vidrio?”

“Por supuesto”, respondió. Pero ella va y la amo más que a mi vida. Entonces yo también voy.

“Parece que ha llegado el momento de poner a prueba lo que aprendí en los libros”, dijo Somi. Ambos intentaron parecer serenos. Estaban aterrorizados.

Todo el pueblo estaba aterrorizado. Siete mil combatientes contra nueve mil soldados atrincherados detrás de las fortificaciones. Se enfrentaban a la muerte. Fue el farol más arriesgado que jamás había visto.

Nola vino a hablar conmigo temprano en la mañana. Ni siquiera había intentado acostarme. “Escríbeme un discurso”, me pidió.

– ¿Qué?

– Nunca he sido buena agitando multitudes. Y sé que no soy una general y que todos somos iguales, pero, verás, la gente recurre a mí cuando está a punto de atacar al enemigo y dispararle en cuanto lo ve. Y quiero tener algo más que decirles que: “Dispara a cualquiera que intente matarte, por favor, y también ¡Viva Hron!”. Porque, a decir verdad, intenté escribir algo hace un tiempo, y eso es más o menos lo que salió.

– Empezar con un chiste es bueno para los políticos. Un discurso de batalla exitoso, según tengo entendido, está lleno de los superlativos más grandilocuentes, pero no

obstante verdaderos. Es el tipo de cosas que no tienen sentido a menos que estés rodeado, invadido por el enemigo y a punto de ser acribillado a balazos.

– “Perfecto. Entonces depende de ti. No lo alargues demasiado. Me voy a la cama”.

Escribí su discurso para ella.

Sorros fue el último. Las únicas personas que seguían de pie eran aquellas que no podían dormir debido a la perspectiva de la batalla, hablaban en voz baja en el gran salón, leían o miraban fijamente la pared sin moverse.

“Aquí estás”, dije.

–Aquí estoy”.

Se sentó a mi lado, tomó mi mano entre las suyas y nos quedamos en silencio durante un largo rato.

“Me salvaste la vida”, dije finalmente. Nola y tú.

–Me has devuelto el favor doblemente.

–Solo quería agradecerte.

–Créeme, fue un placer.

–¿Vamos a superar esto?

– Probablemente no.

– Deberías estar con Nola.

“Estaré con ella en el camino”, dijo. “Y no puedo dormir”.

Repugnante se acercó a nosotros en ese momento, meneando la cola y se tumbó sobre mis pies.

“Supongo que lo que intento decir es: pase lo que pase a continuación, espero que cuenten nuestra historia.

– Absolutamente.

– Y hazlo honestamente. No quiero ver propaganda. Somos sólo humanos. Las personas deben poder tomar decisiones informadas. Mentir no serviría de nada.

– ¿Cómo fue crecer libre?

– No tengo ningún marco de referencia. Es imposible para mí imaginar algo más. Peleaba con mis madres todo el tiempo, odiaba trabajar duro, amaba el bosque y amaba el invierno. Si no me hubiera unido a la milicia, probablemente habría terminado siendo leñador. Recoger plantas y setas, para mí no era un trabajo, era una búsqueda del tesoro.

Se levantó de su silla y se sentó en el suelo para frotar el vientre de Repugnante.

“Mentí un poco cuando te dije que no conocía los términos del Acuerdo”, admitió. No quería que te concentraras en eso. Pero ahora entiendes este país. La parte más importante del Acuerdo provino de los pueblos, no de los revolucionarios. Dice esto: “Todos los individuos son libres. La libertad se define como una relación entre los miembros de una sociedad. Esta relación tiene su origen en el respeto mutuo, el reconocimiento de la autonomía de los demás, así como la capacidad de responsabilizarnos de nuestros actos. Todos los individuos son libres y todos tienen una responsabilidad hacia sí mismos y hacia los demás”.

“Lo siento en lo más profundo de mi ser. Crecí con esta definición, al igual que mi tatarabuela. No puedo entender cómo se puede vivir de manera diferente. Me gustaría, pero se me escapa. En realidad, ni siquiera puedo culpar a los borolianos porque no puedo entenderlos. Nunca me he enojado por una fiebre, como tampoco he odiado una tormenta de nieve, una sequía o una hambruna. Son cosas que pasan y contra las que tenemos que luchar”.

Las primeras personas en despertar ya se habían levantado y un puñado de ellas se dirigían hacia las cocinas.

“¿Por qué vinieron?” preguntó Sorros. Su voz era quejumbrosa, casi como la de un niño. “¿Por qué nos invadieron?”

– Me dijeron que era para gloria del Rey, y sin duda también por el hierro y el carbón. Y estas son sólo algunas de las razones. Pero están aquí porque son parte de un Imperio. Para ellos, es expansión o muerte, y esta noción es parte integral de su economía. Las tensiones sociales allí están en su punto más alto. La paz simplemente no funciona”.

Sorros le dio a Repugnante una última palmadita en el lomo y se levantó. “Te ayudaré con el desayuno”. Dio unos pasos antes de cambiar de opinión y volvió a abrazarme. “Espero que nos des un buen discurso”, dijo y luego se fue.

Capítulo XIX

Somos anarquistas y somos inmortales. Somos de la tierra de los espíritus y seremos eternos. Nos enfrentaremos a ellos hasta la muerte y nuestros huesos continuarán la lucha tras nosotros. El recuerdo de nuestra existencia los perseguirá. Los empujaremos de regreso a Tar, los empujaremos de regreso a Borol, y en lo más profundo de sus corazones les enseñaremos que los hombres y mujeres libres nunca se rinden. ¡Seamos sombras hoy! ¡Seamos espectros!

Vi su salida por las murallas al amanecer, con sus rostros hoscos, paralizados y decididos. Los que se quedaron se despidieron con lágrimas en los ojos.

Tenía una mano apoyada en el parapeto de madera y la otra en el reposabrazos de mi silla. Reclamé esta última y pedí a tres extraños que la trajeran hasta aquí para poder hacer guardia. Ekarna habría tenido un ataque, pero Ekarna estaba muerta, y pensé que si alguien aprovechaba la ausencia de nuestro ejército para capturar Holl, de todos modos no tendría tiempo de sucumbir a una infección. Así que me senté en mi asiento con mantas, una pistola y una canasta llena de huevos.

Me quedé despierto mucho después de que el último desapareciera, hasta altas horas de la noche, y luego me acurruqué bajo las sábanas para dormir. Me desperté helado bajo la luz de las estrellas hasta que volvió el sol. Luego seguí haciendo guardia en mi silla todo el día y toda la noche. Era lo mínimo que podía hacer, me dije. Les debía mucho.

La culpa del superviviente es algo terrible, ¿sabes? En cierto modo, habría estado menos nervioso si hubiera ido con los demás. Pero yo ya era un mal tirador antes de que un soldado imperial me cortara el ojo dominante en dos, y con mi reciente lesión, habría sido más una carga que una ventaja. La mayoría de las personas, en el fondo, quieren apoyar a sus amigos y a su comunidad. Si Hron me había enseñado una lección, era ésta.

Pensé que podría quedarme en esa silla, esperando en el puesto de vigilancia de la empalizada hasta que nos llegaran

noticias, pero el frío y, debo admitirlo, el aburrimiento, se apoderaron de mí, y volví al calor del cuartel y me sumergí en la escritura. Casi todos los días.

Estaba durmiendo cuando los primeros milicianos esquiando alcanzaron el muro y atravesaron la puerta, pero el alboroto me arrastró fuera de la cama y llegué a mi puesto de observación a tiempo para ver a mil personas cruzar el paso para salir al valle y regresar a Holl.

Bajé para encontrarme con el pequeño grupo de los que se habían quedado conmigo, esperando en la carretera principal que conducía a la ciudad.

Lo haría, a menos que fuera otra persona.

– ¿Mis amigos? Pregunté cuando pasaron Vyn y sus camaradas.

– En la parte trasera; escoltan a los heridos, respondió.

– ¿Y ...?

– Moliknari es nuestro. O lo que queda de ello”.

La información debió haberse extendido entre la multitud al mismo tiempo, porque se escucharon vítores entrecortados. Primero unas voces, luego otras. Poco a poco, los combatientes de rostro hosco comenzaron a gritar, formando un huracán catártico que laceró nuestras

gargantas y consumió nuestros miedos más oscuros. Habíamos ganado.

“Tu discurso funcionó”, dijo Nola. La abracé mientras ella lloraba. “Pero Sorros lo tomó literalmente”.

Mis amigos se habían unido a la vanguardia junto a un escuadrón de la Brigada Gris. Nola, Dory y Joslek escaparon. Grem y Sorros, no.

“Dijimos que, si era necesario, los enfrentaríamos con nuestros huesos”, recordó Dory. Y eso es lo que hicimos”.

Tomé mi manto periodístico para superar mi dolor y logré juntar las piezas de la batalla.

Dado que la armadura de arcilla sólo era eficaz contra calibres pequeños y sabiendo que el ejército imperial estaba equipado con ametralladoras, el combate cuerpo a cuerpo se consideraba más seguro. Kata, Habik, Jackal, Bahrit y algunos otros expertos en explosivos se arrastraron por la nieve vestidos con capas blancas bajo la luna nueva, y cavaron debajo de las paredes, primero por delante y luego por detrás. Al hacerlo, Habik y Kata resultaron heridos de bala. Habik sobrevivió, pero Kata no.

La vanguardia cayó sobre las puertas del valle, a modo de señuelo, mientras el resto descendía de la montaña para atacar al enemigo por la retaguardia. Probablemente Sorros fue el segundo que murió de nuestro lado, justo después de

Kata, baleado desde un campanario cuando acababa de entrar en su ciudad natal.

La lucha avanzó calle tras calle, edificio tras edificio. La vanguardia, que incluía más francotiradores y veteranos, tomó una torre y comenzó a eliminar todo lo que vistiera de verde y dorado. Grem recibió un disparo en el hombro; la bala cortó una arteria y murió rápidamente y sin dolor. Nunca volvió a tocar su concertina.

Vyn y los antiguos reclutas capturaron la plaza central y la mantuvieron, lo que posiblemente resultó ser el golpe más decisivo de toda la batalla. Afirma que fue idea de Somi. Ella y Mol murieron juntos, cortados en dos por la ráfaga de una ametralladora.

Sin embargo, la milicia dejó libre la puerta principal y finalmente obligó al enemigo a retirarse.

Cerca de quinientas personas permanecieron allí: los que estaban demasiado heridos para regresar al camino y los que se habían comprometido a reconstruir y fortificar la ciudad. Todos aquellos que han perdido a un compañero en el campo de batalla se han hecho un collar de dientes, una costumbre anticuada que ha vuelto a ponerse de moda.

Se celebraron funerales en todo Hron y Karak, y durante una semana el país estuvo de luto, vestido todo de blanco en honor a los nuevos espíritus. Viajé a Molknari para asistir

a la ceremonia donde se recogieron los cadáveres y, con la ayuda de Nola, también llevé el ataúd de arce de Sorros a las catacumbas, debajo de la Montaña, para que descansara junto a sus madres.

Las Compañías Soberanas de Karak sufrieron las pérdidas más graves, a excepción de la de Vallon que, poniendo en juego sus posibilidades, se negó a luchar. Los representantes de Karak y Hron hablaron extensamente y, aunque, naturalmente, nadie podía hablar por los demás, Hron aceptó en general un pacto de defensa mutua.

Me quedé dos semanas más, entrevistando a los supervivientes y brindando ayuda a quien la necesitara. Pero estaba esencialmente a la deriva, perdido en el dolor, y sabía que necesitaba tomar cierta distancia. Así que partí hacia Hronople.

Capítulo XX

Han pasado seis meses y la nieve se ha derretido en los valles. Hemos quitado los paneles de vidrio de los enormes invernaderos y puedo arreglármelas con una sola camisa de manga larga mientras trabajo en el campo, podando árboles, arrancando malezas y reparando sistemas de riego. Podría haber disfrutado un poco más del prestigio de un “héroe de guerra”, pero tenemos mucho que hacer y es bueno ensuciarse las manos.

Vyn y yo nos enamoramos, o al menos nos hechizamos mutuamente, en el camino de regreso a Sotoris. Me cambiaba las vendas todas las noches, me aplicaba ungüentos en las heridas y me preparaba comida. Ha abandonado su idea de regresar a Tar para fomentar la revolución, al menos de momento. Creo que él está haciendo todo esto por mí y temo que dentro de uno o dos años me deje para seguir esa vocación. En cuanto a mí, tengo

muchas posibilidades de ir con él, si está de acuerdo, pero no planeo regresar a Borol a corto plazo. Allí sólo tengo malos recuerdos y el pueblo está lleno de gente que sólo quiere matarme.

La libertad es una relación entre personas, y la mía me la dieron Sorros y Ekarna Ralm, Grem, Desil Tranikfel y cuatro mil hombres y mujeres de estas montañas que perecieron durante la guerra. Las fuerzas de Su Majestad pueden regresar, pero no hoy.

Estoy feliz en Hron. Tengo un parche en el ojo y una cicatriz mortal en la cara; Vyn cree que eso me hace parecer rudo. Vivo con Jackal y estudio Dedonian. Nola, Dory y Joslek han descubierto nuevos reclutas para la Compañía Libre de Andrómeda Azul, incluidos unos diez Karaks. Habik permaneció en Moliknari y compite en ingenio para producir armas de fuego, municiones y armaduras sin dañar el ecosistema. No he vuelto a ver a Sakana ni a Varine, pero supe que sobrevivieron y espero sinceramente que hayan encontrado lo que buscaban. Vyn pasa la mitad de su tiempo herrando caballos y el resto ayudando a Jackal a volar cualquier cosa, y sus amigos rápidamente se convirtieron en míos.

Este libro, por otra parte, no es para Hron. Lo imprimiré en Hronople, pero está destinado a la gente de Borolia, para que puedan descubrir el país que sus líderes intentaron invadir. Lo escribí para aquellos que desean aprender que

los vínculos que nos unen no siempre dependen de la autoridad del poder económico o político. Para que sepan que otra forma de vida es posible y que ya existe.

Agradecimientos

Se necesita más de una persona para escribir una novela. Estas páginas no existirían sin: Kate, por explicarme la importancia de la utopía y por un millón de razones más. Parks, por enseñarme lo que sucede cuando te disparan o te apuñalan. Melissa, por su información sobre los caballos. Miriam, Kelley, María y April, por sus comentarios. La Orquesta Catastrophe, sin la cual la trama habría sido mucho peor. Amy, por su aliento. Ceightie, porque siempre. Bueno, por enseñarme el significado de la libertad. John, por la mitad de mis conocimientos de economía. Mi familia, porque es mi familia. Kelsey, por explicarme lo que es ser un anarquista luchando por tu país. La persona detrás del fanzine *Orc*, por su amor a la fantasía y por entender por qué este género literario es tan importante. Ursula K. Le Guin, Starhawk y Graham Purchase, por explorar estos territorios antes que yo. *El Bugaboo*, *Delta Loop*, *Arthoose* y todos aquellos que acogieron a un autor nómada. Leviatán, mi máquina, mi camarada.

A pesar de los numerosos consejos de expertos recibidos, todos los errores y simplificaciones son míos.



ACERCA DE LA AUTORA

MARGARET KILLJOY es una autora y editora transgénero que vive en una comunidad en los Apalaches, cuyo debut fue destacado por escritores como Alan Moore y Kim Stanley Robinson.

A medio camino entre *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift y *Los desposeídos* de Ursula Le Guin, *Tierra de espectros* es una utopía que cuestiona las normas sociales y explora otras posibilidades.